ESTVDIOS AMERICANOS

20

REVISTA DE LA ESCVELA
DE ESTVDIOS HISPANO
AMERICANOS ~ SEVILLA

SUMARIO:

Páginas

ARTICULOS

José Guerrero Lovillo: *La pintura mejicana de hoy* . . 479

José M.ª de Romaña García: *César Vallejo y lo absoluto.* 499

NOTAS

Ladislao Gil Munilla: *Los estudios geográficos en América* 533

Arnaldo Musich: *Un historiador argentino* 537

COMENTARIOS

Jornadas internacionales Católicas. – El empréstito a Brasil. – La educación del niño en El Salvador. – También nosotros inventamos. – La enseñanza y los católicos en Méjico. – Amistad peruano-brasileña. – Problema universitario en Colombia. – Exilados y asilados en la O. E. A. – Ciudadanía cultural hispánica. – La J. O. C. y los movimientos obreros americanos. – La crisis guatemalteca. 543

INFORMACION CULTURAL

Manuel Romero Gómez: *Situación política de Cuba* . . 593

Carlos Barney Almeida: *La colonización Menonita en Chihuahua* 581

CRONICA

Noticias. 591

P. P. S.: *Una labor científica* 597

Dibujos de José Alvarez Gámez.

CORRESPONDENCIA:

Secretario de Redacción de «Estudios Americanos»

Escuela de Estudios Hispanoamericanos

Alfonso XII, 12. – SEVILLA

ESTVDIOS AMERICANOS

REVISTA DE SÍNTESIS
E INTERPRETACIÓN

VOL. V
NVM. 20

MAYO
1953

CONSEJO DE REDACCION

Presidente: Vicente Rodríguez Casado. *Vicepresidente:* Antonio Muro Orejón. *Secretario:* José Antonio Calderón Quijano.

Redactor-Jefe: Octavio Gil Munilla. *Secretario de Redacción:* Patricio Peñalver Simó.

Redactores: J. Arellano Catalán, A. Cossío Corral, G. Céspedes del Castillo, M. Aguilar Navarro, C. Corona Baratech, M. Luengo Muñoz, Manuel F. Clavero, C. López Núñez, José Guerrero Lovillo, J. Cruces Pozo, F. Luis Otero Nieto, Ana M.ª Gómez Rubio, A. Benito Jaén, Raquel Gil Beviá, M.ª Dolores Vicente Alarcón, M. Peñalver Simó, Guillermo S. Pérez Delgado, Carlos Deústua, Miguel Maticorena Estrada y Agustín de Asís Garrote.

PUBLICACIONES

E. E. H. A.

S E V I L L A

LXXIII

Las noticias, asertos y opiniones contenidas en estos trabajos son de la exclusiva responsabilidad de sus autores. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos sólo responde del interés científico de sus publicaciones.

ARTICULOS

La pintura mejicana de hoy

NOSOTROS los mejicanos —declaraba hace un año David Alfaro Siqueiros— no fuimos a la Bienal de Venecia a recibir el espaldarazo del arte europeo, sino a abrir brecha". Con esta frase quedan suficientemente destacados los alcances actuales de la más grande escuela pictórica del continente americano, cuya trascendencia internacional es ya un hecho merced al rotundo triunfo obtenido en la ciudad de las lagunas en 1950. Allí llevaron los mejicanos, en medio de una atmósfera de polémica, pasión, estupor y, en última instancia, de admiración, todo un caudal nuevo de experiencias, un mensaje originalísimo y definitivo, cuyo universal reconocimiento ha tenido lugar otorgándose a uno de sus representantes más calificados, justamente el propio Siqueiros, el más alto galardón del Certamen. Este hecho supone la coronación de los más cumplidos esfuerzos de renovación artística que se haya dado en los últimos treinta años, circunscritos exclusivamente al campo de la pintura.

te de arte popular, no erudito ni culto, se comprende fácilmente el desenlace final de esta corriente artística. Preocupados por los destinos políticos de su pueblo, los artistas iniciaron y encauzaron una vasta revolución ideológica, cuya trascendencia no puede vislumbrarse aún en toda su extensión. Por lo pronto es el primer impulso autóctono de la América hispana, en un sentido de absoluta independencia, con bríos e inspiración propios y con unos resultados que ciertamente han hecho honor a los esfuerzos puestos a contribución en los años heroicos.

El vehículo que utilizan los nuevos credos estéticos para manifestarse fué el muro, una extensa superficie virgen que sólo esperaba el grito, optimista o desgarrado, del pintor. El muralismo ha sido, de esta forma, la magna aportación de Méjico a la Historia del Arte Universal. Méjico ofrecía, por otra parte, un terreno en extremo favorable para el cultivo de la pintura mural, pues una tradición fuertemente arraigada y apenas interrumpida, se manifiesta a partir de las ancestrales culturas prehispánicas. Recordemos los recientes hallazgos murales de las ruinas de Bonampac, las decoraciones que en los conventos de Nueva España dejaron los frailes misioneros del siglo XVI. Todavía más cerca, a comienzos del siglo XIX, Ximeno pintaba la cúpula de la catedral de Méjico y la capilla de la Escuela de Minería; Ramón Sagredo decoraba las galerías de Bellas Artes; Clavé y sus discípulos pintaban la cúpula del templo de la Profesa, para no citar sino lo más importante. Es decir, que el procedimiento de pintura grandiosa, discursiva, estaba allí bien cerca. Sólo faltaba un nuevo impulso ideológico que le comunicase nueva savia para un resurgimiento cierto.

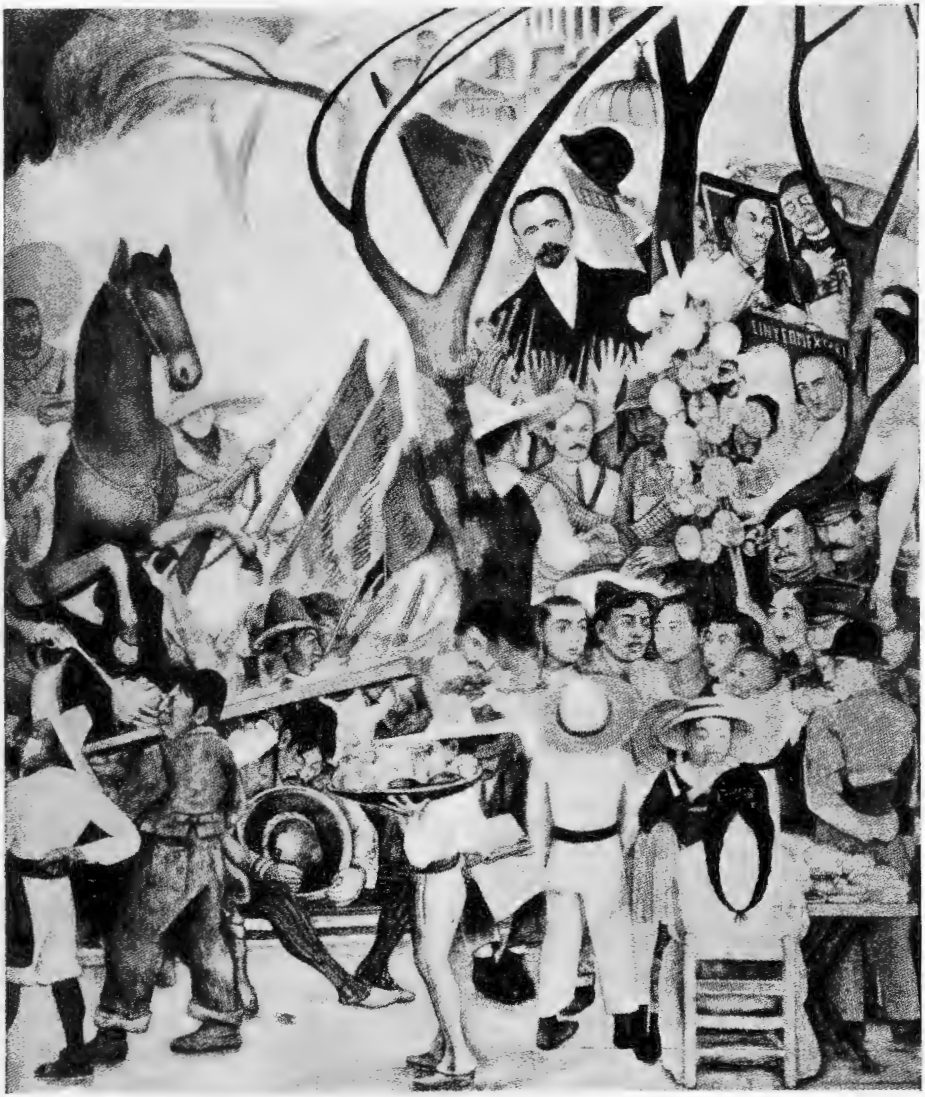
Entre 1908 y 1910 ya se manifiestan, aunque aisladamente, algunos conatos de pintura nacionalista, desarraigada de cualquier tradición cercana, inspirándose en motivos populares, sencillos y de diaria observación. Aquí habría que destacar las figuras de dos precursores, el grabador José

Guadalupe Posada y el pintor José María Estrada. Dentro de esta nueva concepción, y como avanzada, figuraron Francisco de la Torre y Saturnino Herráiz.

En 1911 ocurre un acontecimiento de capital importancia. Toda Europa se hallaba bajo el influjo del neoimpresionismo, pero en la Escuela de Bellas Artes de Méjico se empleaban aún los viejos métodos académicos. Los alumnos se lanzan, en son de protesta, a la huelga. Querían el establecimiento de escuelas de pintura al aire libre. Triunfó la huelga y se abrió la primera en el pueblo de Santa Anita, bajo la dirección del pintor impresionista Alfredo Ramos Martínez. En estas escuelas al aire libre surgen los primeros fermentos de revolución política en un ambiente de conspiraciones, guerra, persecución, etc... Se advierte en este momento, y ello quizá por el fervor nacionalista de que estaban imbuídos sus componentes, por una hiperestesia de la tierra como padecían, una pasión por conocer al hombre y a la tierra mejicanos: la idiosincrasia de un pueblo, su arqueología, su arte, su cultura en suma. Entretanto la revolución mejicana estaba en marcha; algunos de estos pintores intervienen en ella con las armas, tal el caso de Siqueiros.

Pero a la vez se imponía un conocimiento exacto del arte europeo. En 1919, un grupo, en que figura Siqueiros, marcha a París, y allí encuentra a Diego Rivera. No tardarían en concretarse los nuevos postulados para tomar cuerpo en un célebre *manifiesto*. En efecto, en 1921, y en una revista española, *Vida Americana*, de Barcelona, aparece el famoso *Manifiesto a los Plásticos Americanos*, producto tanto del movimiento renovador del París de entonces, reflejado en Rivera, como del revolucionario integral que es Siqueiros. Su intención última se cifra en frase como ésta: "Constituir un arte monumental y heroico, un arte humano, un arte público con el ejemplo directo y vivo de nuestras grandes y extraordinarias culturas prehispánicas de América". Luego veremos que este exclusivismo prehispánico desapareció: en

Mural principal del Palacio Nacional de Méjico. Diego Rivera



Frescos del Hotel del Prado, Méjico (detalle). Diego Rivera

la pintura del coloso José Clemente Orozco hay ya un cierto sabor humanista, ciertos sentimientos de ternura y sencillez que él plasmó en unos frailes franciscanos.

En este mismo año de 1921 se funda y organiza el *Sindicato de Pintores, Escultores y Obreros intelectuales,* al que prestó su decidido apoyo el entonces Ministro de Educación José Vasconcelos, filósofo y ensayista, quien ofreció a los miembros componentes los muros de los edificios públics de la nación para decorarlos. Es entonces cuando surge en todo su furor el movimiento muralista mejicano, pletórico de afanes de superación artística y a la vez impregnado de una gran pasión política. A partir de aquella hora quedó consagrado tal movimiento como el más orgánico, el de más amplias promesas y, sobre todo, como el único movimiento pictórico actual en posesión de un programa consciente y definido, en contraste evidente con las vacilaciones y tanteos que presiden en el desenvolvimiento de las últimas tendencias. El programa pictórico del Sindicato, aun gozando de la protección oficial, no pudo hacerse mucho tiempo en son de paz. La intransigencia de su credo combativo, su ironía en el ataque, sus fustigaciones mordaces, provocaron reacciones violentas de las que Anna Brenner, en su libro *Idols behind altars* (1930), habla cumplidamente. Fueron los mismos estudiantes quienes ahora adoptan contrarias actitudes y se lanzan en motín a la destrucción de los murales recién hechos, y muchas de estas pinturas desaparecieron para siempre en aquellas algaradas. El Sindicato recurrió incluso a la fuerza armada, y todo ello queda como indicio del clima de lucha en que surge el nuevo arte. Se invocó entonces incluso el Derecho Internacional, estableciéndose el reconocimiento del arte como propiedad internacional. Disuelto el Sindicato sobreviene la dispersión de sus miembros: Orozco trabaja en la prensa con caricaturas; Charlot y Mérida se van al extranjero; Siqueiros continúa con sus soflamas en el periódico *El Machete,* antiguo órgano de la aso-

ciación, y ahora publicación independiente. Ultimamente ha sido el propio Siqueiros, siempre inquieto, quien ha resucitado el espíritu del Sindicato.

Un precursor: el Dr. Atl

El Dr. Atl es una personalidad compleja y agitada. Hombre activo, trabajador infatigable, investigador de nuevos recursos técnicos, poeta, escritor, dibujante. Hoy está ya un tanto de vuelta de muchas cosas e incluso políticamente ha experimentado una gran reacción. Empezó incluso renegando de su propio nombre, Gerardo Murillo, quizá por ser muy colonial, para adoptar este pseudónimo absurdo de *Dr.*, que no lo es, y el nombre azteca *Atl* que significa agua, expresando con ello su mejicanismo de ancestral raíz. Un viaje a Europa enardeció su temperamento, fácilmente sugestionable, en la contemplación de los frescos italianos, a la vez que le inflamaron las teorías socialistas de Enrico Ferri. En Méjico actuó como un gran promotor de ideas y es mucho lo que se le debe en orden a la implantación y desarrollo de la pintura mural. David Alfaro Siqueiros ha puesto bien de relieve los alcances de esa deuda: atacó los sistemas de enseñanzas academicistas, destacó el papel del artista civil contrario al bohemio montparnassiano, atrajo la atención, con la consiguiente estima, hacia el arte popular mejicano, significó su disconformidad con los materiales pictóricos tradicionales e investigó el uso de otros nuevos, y, como pintor paisajista trajo una visión poética y plástica del paisaje. Su mundo de experiencias ha sido incorporado al movimiento pictórico actual por las generaciones más jóvenes, entre los cuales dió ejemplo José Clemente de Orozco, adhiriéndose a su afán renovador. En suma, el Dr. Atl queda como un gran fermento de ideas. No ha sido él quien dió su credo al nuevo movimiento, pero se le considera, como ha hecho Siqueiros, precursor teórico y político del mismo.

Los tres grandes: Rivera, Orozco y Siqueiros

Tres grandes personalidades marcan hoy la cima de la pintura hispanoamericana. De ellos, Diego Rivera figura cronológicamente en primer lugar. Su verdadera historia se inicia en 1921 con el nacimiento del muralismo. Fechas y hechos anteriores poco importan. Nacido en Guanajuato, ingresa en las clases nocturnas de la Academia de San Carlos, y sus primeros cuadros, entre ellos la copia de un conocido bajorrelieve, revelan sus extraordinarias dotes pictóricas. En París establece contacto con los más grandes artistas, Picasso entre ellos. Trabajó mucho, realizando una vasta producción agrupable en épocas diversas: Renoir, Rousseau, Seurat, Cezanne y Gauguín fueron estudiados larga y cuidadosamente. Viajó también mucho y en Italia se saturó de las mejores cualidades de los grandes fresquistas del Renacimiento. Con razón pudo escribir Concha Meléndez: "Como Rubén Darío en la poesía y con un americanismo que el nicaragüense no poseyó, Rivera incorpora a Méjico y a Hispanoamérica la historia occidental del arte que cultiva. El solo hecho de haber realizado esta síntesis da a su obra una categoría que nadie puede discutirle."

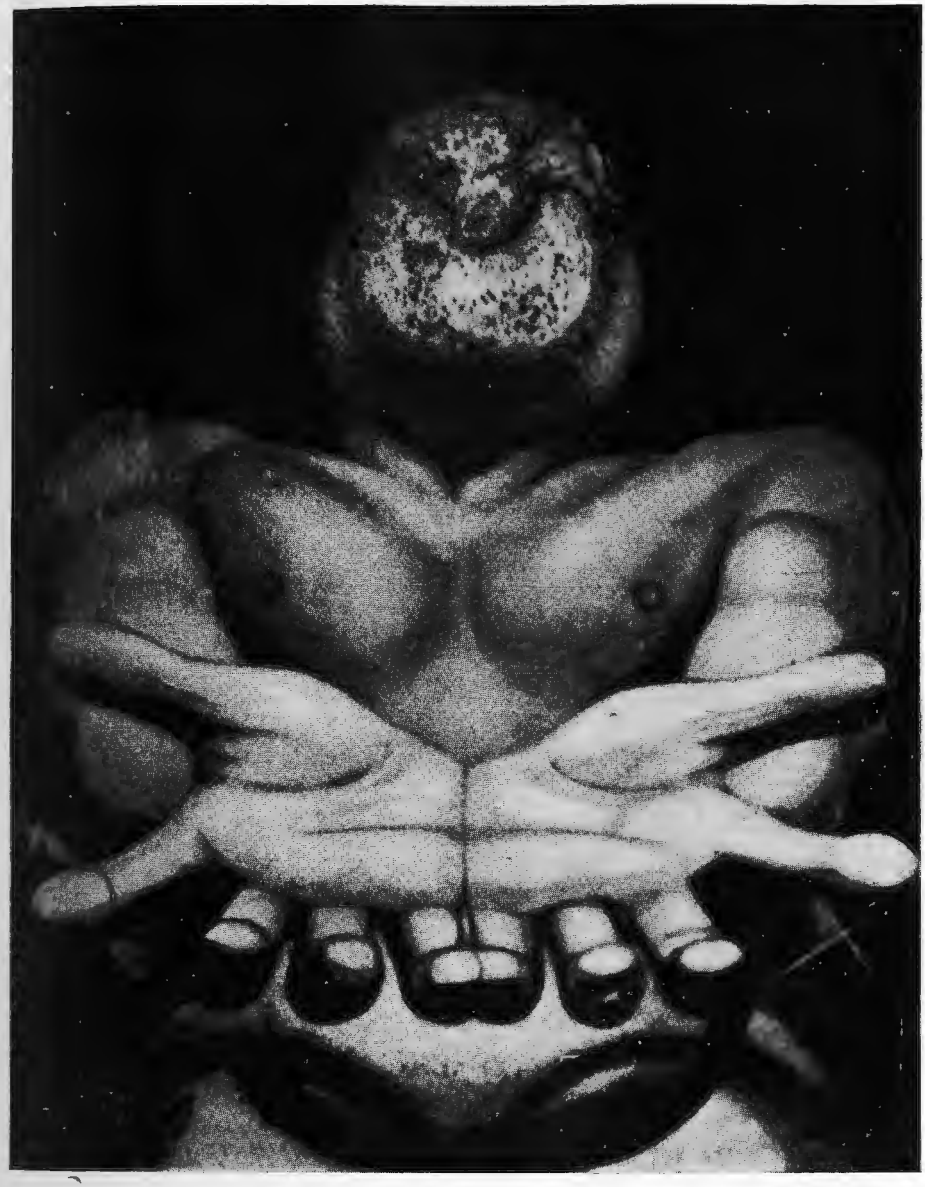
Vuelto a Méjico, trabajando rápida e intensamente con una habilidad y resistencia envidiables (ha llegado a permanecer hasta 36 horas en un andamio y ha cubierto más de 3.000 metros cuadrados con decoraciones), Rivera ha ido acumulando una obra de envergadura dispersa en la Secretaría de Educación Pública, en la Escuela Nacional Preparatoria, en Chapingo, en Cuernavaca, en el Palacio Nacional de Méjico, en el Instituto de Cardiología, en California, en Detroit, en Nueva York. En estos últimos lugares desarrolló una extensa labor, especialmente los 27 murales de Detroit, llamados en conjunto *El retrato de Detroit,* con una apología de la América industrial, así como en la New-Worker's School de Nueva York. Todo un idealismo revolucio-

nario, matizado de anécdotas, se expone en los murales del Anfiteatro de la Preparatoria y de los patios de la Secretaría de Educación, en que desarrolló la idea del trabajo, de la repartición de tierras, de la vida en los trópicos, manos crispadas y cactus fantasmales, de las fiestas del pueblo humilde y del futuro Méjico. En el Salón de Actos de la Escuela de Agricultura de Chapingo se alza por encima de la mera alegoría con asuntos relacionados con la germinación, el florecimiento, los frutos, etc..., conceptos opuestos a los equivalentes de agitación, lucha armada, organización, etc... En la escalera del Palacio Nacional trata de sintetizar y simbolizar la historia de Méjico, señalándole el mañana. En otros murales, como los del Instituto de Cardiología, el pintor se ofrece con un dibujo preciso, claro, emocional y delicado, así como en otra de sus composiciones en el Hotel Prado deja una interpretación de fácil y divertida anécdota acerca del paseo de la Alameda de Méjico en 1900. Su composición adolece en ocasiones de excesiva e innecesaria complicación y colorido muy brillante aunque armonioso. Su técnica del fresco, dominada maravillosamente, hace de él un pintor de valía singular, pero a quien sin embargo, y según juicio de Justino Fernández, no conviene poner tan alto que se le pierda de vista. En su arte alienta un espíritu optimista cuya raíz última podría encontrarse en su contacto temprano, todavía en edad infantil, con aquel jovial y amable José Guadalupe Posada.

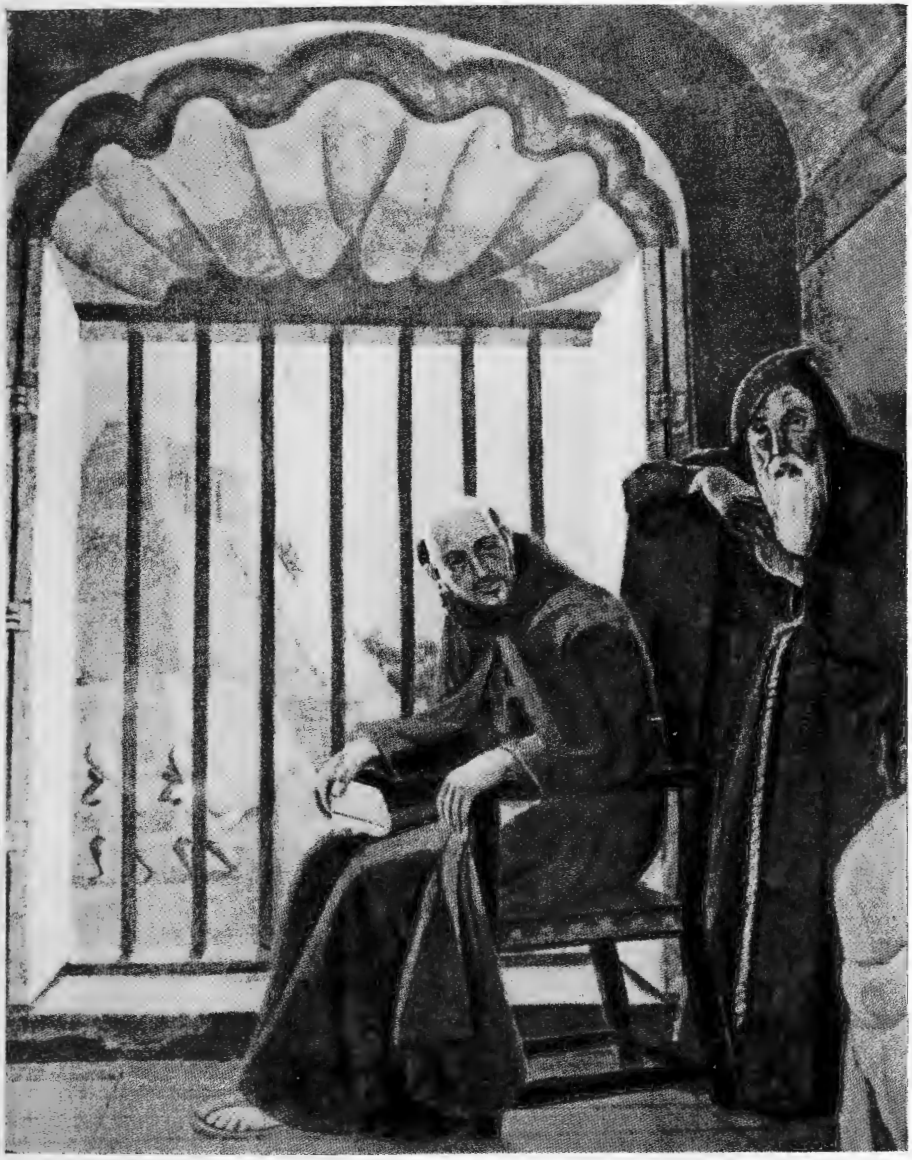
Esta cualidad, últimamente registrada, del arte de Rivera establece un eficaz contraste respecto a la obra del atormentado y convulso José Clemente de Orozco. Su historial artístico arranca, como en Rivera, del momento de su adhesión al movimiento muralista. Lo único estimable de su etapa anterior es su postura personalísima, reacia tanto al academicismo como al impresionismo francés, y puesta de manifiesto en pequeños óleos y acuarelas con escenas de los bajos fondos en sórdidos recintos y tipos execrables.

«La destrucción del viejo orden». Mural en la Escuela Nacional Preparatoria, Méjico.
José Clemente Orozco

«Alegoría de la Mexicanidad». Mural en la Biblioteca «Cabino Ortiz» de Jiquilpan, Méjico



«El hombre de nuestra época». (Estudio para mural). David Alfaro Siqueiros



«Fray Juan de Zumárraga», Mural de la Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe.
Fernando Leal

En esta época cultivó también, con notable acierto, la caricatura política en el periódico *La Vanguardia* dirigido por el Dr. Atl en momentos en que el país ruge bajo la revolución, circunstancia ésta que determina en el artista, para siempre, una vasta red emocional donde se mezcla indignación sorda hacia los derroches inútiles de humana energía, ternura piadosa hacia las víctimas inocentes, sarcasmo hacia las frases y símbolos huecos, diatriba feroz hacia los necios y crueles, y todo ello con recia repercusión en lo más íntimo de su ser. Por esto Angel Guido ha podido hablar en torno a su arte de una "estética de lo torturado". Y son asimismo aleccionadoras las frases que repetía cuando, en Nueva York, ya en el ocaso de su vida, realizaba unas composiciones monstruosas en que aparecían trozos de hombres como descuartizados y en loco desorden: "Ya no hay hombres, no más que trozos de humanidad, pegados de cualquier modo. Así somos hoy, un rompecabezas".

La misma inquietud perpetua que embargaba su alma determinaba en el artista un cambio continuo de estilo. Las etapas de su arte se suceden pródigamente. La primera arranca en 1922 con los frescos de la Escuela Preparatoria, el primer trabajo de pintura mural que el Gobierno contrataba con el Sindicato. Allí Orozco se mantiene respetuoso con las formas naturales porque, merced a una transfiguración simbólica favorecen mejor que obstaculizan su ímpetu expresivo. Es aquello, según definición de Justino Fernández, un monumental discurso sobre el hombre, en su lenguaje rotundo, en una trilogía sin par desarrollada en los tres pisos del edificio, destacando los murales *Maternidad, El Viejo orden, La trinchera* y *La huelga*. La segunda etapa se inicia con el famoso *Prometeo* del Colegio de Pomona, California, 1930, donde aflora un grave expresionismo que ya no estará ausente en su obra futura. Allí, con un alto sentido filosófico, el artista se siente perplejo ante la falacia de la civilización, en una apoteosis de cadenas, máquinas, poderes ocultos, oro,

falsos honores, y el parto de muerte de un esqueleto en un lecho de libros, simbolizando la Ciencia. Los tres grupos de frescos de Guadalajara significan otra etapa en que su sabiduría del hombre reviste aspectos más sombríos y desoladores. Las falsas ideologías y la rebelión hacia los "leaders" así como los miserables que arrastran sus pobres carnes enflaquecidas y extenuadas componen su trama. En la cúpula de la Universidad dejó al hombre atiborrado de saber, con las profundas arrugas de un continuo meditar en su propia destinación.

Vienen luego conjuntos tan desconcertantes como los de la Escuela Nueva de Investigación Social de Nueva York, con concesiones a las teorías de simetría dinámica de Jay Hambridge; el Palacio de la Suprema Corte de Justicia con el tema central de *La falsa Justicia,* y por último las decoraciones del Hospital de Jesús en que desenvuelve en torbellinos de tempestad una visión fulgurante del Apocalipsis. Su pintura queda así, en esta alucinante complejidad, determinada por una fuerza poética irreductible, fiel a su ministerio ancestral gravitando sobre lo más recóndito del hombre que es, en suma, el único objeto de su obra.

David Alfaro Siqueiros es el benjamín de la gran trinidad compuesta con Rivera y Orozco. Por su existencia agitada, inquieta, turbulenta, ha sido comparado a un artista del Renacimiento y se ha hablado de él como un condottiero tanto en la vida como en el arte. Es la personificación de la protesta, ya a voz en grito, ya velada con la ironía, lo que comunica a su pintura un acento dramático indudable. Todo en él es una pura rebelión: sus disconformidades ideológicas, o técnica, y también personal, apta siempre a encauzar otras rebeliones colectivas. Esta actividad suya es de siempre: adolencente aún —16 años— forma parte de un grupo de artistas conspiradores perseguidos por la policía de Victoriano Huerta. De 1914 a 1919 forma parte del Estado Mayor del General Diéguez y participa activamente en la Revo-

lución, peleando en Jalisco. En un paréntesis de tranquilidad, en 1920, va a París como miembro del Consulado Mejicano y viaja hasta 1922 por Francia, Italia, Bélgica y España, exaltándose aún más su mejicanismo como lo reconoció a su regreso en un manifiesto en que habla de su descubrimiento de Méjico, puntualizando la necesidad de acercarse a las obras de los antiguos pobladores de los valles mejicanos, a los pintores y escultores indios. Este viaje no es de mera contemplación y absorción como en tantos artistas, sino de reacción airada contra los ideales artísticos europeos, encauzando la nueva estética revolucionaria hacia un retorno al arte primitivo. Esta fué su labor en el Sindicato antedicho y en los murales que patrocinados por el Ministro Vasconcelos realizó en la escalera del patio del Colegio Chico en la Escuela Preparatoria, constituída hoy en la única muestra existente en Méjico de la pintura mural de Siqueiros. La decoración no se concluyó quizás por los continuos incidentes que provocó y hoy aquellas pinturas están muy maltratadas, conservándose en buen estado sólo el ángel que simboliza a la naturaleza, realizada a la encáustica, y que no es sino un intento fracasado. Dentro del Sindicato redacta el segundo manifiesto suscrito unánimemente, donde se clama por la socialización del arte, por la pintura mural, execrando la producción intelectualista y exaltando el arte que promueva lucha. Luego viajes a Suramérica, a Rusia y reclusión en la cárcel donde se ensaya en el grabado con obras muy constructivas, recias, pero amargas, dolorosas en su temática. Desterrado de Taxco, imposibilitado de la lucha política se da a otra por la técnica, afanándose en interesantes búsquedas, disconforme siempre con los procedimientos tradicionales. Muchas veces expresó que la moderna pintura tiene que ser realizada con los materiales que le ofrece la industria de la época, con la consiguiente novedad técnica sincrónica a las novedades estéticas. Sus palabras son éstas: a nueva estética, nuevos procedimientos de ejecución. Y no se detiene

en puras teorías, sino que se ha lanzado en seguida a la acción. Y así ha mezclado copal a los colores y él prepara sus telas a base de blanco y goma sobre gruesas telas de henequén, con lo que consigue una más enérgica sensación de volumen. En cuanto a la pintura al fresco considera caduco el fresco tradicional sobre mezcla de cal y arena por su calidad destructible y lo sustituye por el muro de concreto y revoque de cemento. Pero el cemento fragua antes que la cal y es preciso cuadruplicar la velocidad del trabajo, cosa que no detiene al pintor, que destaca el cemento como el material pictórico por excelencia de esta hora y se atiene simplemente a dominarlo. Desecha el clásico pincel y trabaja con brocha de aire comprimido, es decir con pistola, que difunde el pigmento sobre la superficie. Los colorantes y disolventes son también nuevos. Emplea la piroxilina, líquido en que se disuelven los colores para pintar en la forma denominada "al duco", palabra que proviene de la fábrica Dupont de Nemours. La vinelita es otro cuerpo (acetato de vinilo), base de los productos conocidos por nylon, que mezclado en cierta medida y sometidos a ciertas manipulaciones en los pigmentos, da una materia transparente y elástica, además de impermeable, de enorme duración y fuerza.

Ese turbio fondo ancestral que preside en la gestación de este nuevo arte llevó a Siqueiros al Yucatán obsesionado por problemas arqueológicos. Fué allí afanoso de ver con sus ojos ruinas mayas y descubrir nuevas. Gravita con fuerza y de manera misteriosa el atavismo del indio mejicano que hace que no se arredre ante los peligros de la selva. De los bosques tropicales trae, además de una malaria, una admirable documentación sobre la que fundamenta su propia teoría sobre el arte azteca y maya. De allí marcha a Estados Unidos, donde en Los Angeles, y en compañía de un equipo de pintores americanos, pinta en el exterior de edificios públicos unos frescos empleando medios mecánicos. Así surgen los de la Chouinard School of Art de Los Angeles y el de

la Plaza Art Center, de la misma ciudad, donde dejó temas y alegorías industriales revolucionarios. En Santa Mónica, California, llevó a cabo decoraciones en un corredor de la casa del director de cine Dudley Murphy. El ideario político de estas pinturas provocan su expulsión y va a América del Sur donde expone y da conferencias. Tan incansable actividad en pocos años, en ambiente de perpetua contienda, hacen de este pintor una personalidad en extremo compleja, reduciéndose sus afanes a dos razones fundamentales: la pasión social y la pasión americana.

Su ímpetu incansable, su eterna contienda han ido edificando su obra sobre las bases del dolor rebelde, la sed de acción, la protesta dramática, la libertad en el empleo de los elementos plásticos y la concreción de audaces gamas coloristas, transformando los grandes espacios libres en poemas impresionantes en que su lirismo estalla como una flor del trópico. Utiliza hábilmente el ritmo geométrico de las curvas, los planos yuxtapuestos y los misterios mórbidos de la penumbra. Su maestría arquitectural, la geometría de sus concepciones no logran nunca desbordar su sensibilidad de artista que revela un alma atormentada por lo absoluto, afanándose sin cesar, si no en alcanzarlo, al menos de aproximarse a ello. De aquí la emoción profunda y terrible que provoca Siqueiros en sus murales al volver por los fueros eternos de la pintura a la que concibe sólo sirviendo en propósito mágico, religioso o social. Como ha escrito un crítico —Enrique F. Gual— "esos clamores arraigados en los muros de un país redivivo en el terreno del arte, exhibirán siempre, con el musgo de los viejos monumentos, el valor de una personalidad y el de un gran instante de eclosión artística". No es posible definir su estética sin penetrar su ideología, como tampoco se comprende su ideología, como expone Anna Brenner, sin el complemento de su orientación estética. Por esto ha podido escribir Angel Guido: "Se podrá discutir ideológicamente con Siqueiros; pero hay en Siqueiros artista

y en Siqueiros hombre una consanguinidad tan franca y tan limpia, una pasión igual, fervorosa y casi mística que el investigador de arte debe respetar. Solamente así cabe conocer su obra, penetrarla, descubrirla".

Dos independientes

Fernando Leal es otro de los grandes muralistas mejicanos, si bien su personalidad es absorbida igualmente por el grabado. Se formó en la Escuela Nacional de Bellas Artes y fué luego alumno de la Escuela de Pintura al Aire Libre de Coyoacán. Realizó un buen mural en la Escuela Nacional Preparatoria en que desarrolla el tema de las danzas indígenas de Chalma, rindiendo así tributo a ese fondo ancestral que tanto influye en el desarrollo de esta pintura. Los murales que hizo para el edificio del Departamento de Salubridad Pública, donde desarrolló *La escala de la Vida,* fueron destruídos e igual suerte corrieron otros, muy interesantes, que pintó en la ciudad de Panamá. De gran interés es la serie del vestíbulo del *Anfiteatro Bolívar,* donde el tema reviste carácter histórico y simbólico a la vez. Ha intentado también la escultura, obteniendo un galardón en un concurso en 1934.

Su última gran empresa como muralista es la decoración de la Basílica de Guadalupe en el cerro del Tepeyac. Era su primera experiencia de pintura religiosa. Le fueron encargadas las pinturas por el P. Castañeda, después de haber decorado al fresco los muros de la estación ferroviaria de S. Luis de Potosí, con el *Triunfo de la Locomotora* y *La Edad de la Máquina.* Leal fué muy discutido. Conocido su antiguo historial, un sector de la prensa católica se lanzó sobre él, pero salieron en su defensa los dominicos que le ofrecieron los muros de la iglesia de Santo Domingo de Guzmán. Allí preside, junto a su formación impresionista, la lección de los italianos, Giotto, Cennini, los venecianos. La temática de los murales guadalupanos la extrae Leal de

la crónica indígena más completa de la aparición, el "Nican Mopohua" del cacique don Antonio Valeriano. Son seis frescos: 1.º La doctrina de Santiago Tlaltelolco; 2.º La primera aparición a Juan Diego; 3.º La visita a Fr. Juan de Zumárraga; 4.º La curación de Juan Bernardino; 5.º El milagro de las rosas, y 6.º La aparición en el obispado. En la bóveda un coro de ángeles músicos muestran su alegría por las apariciones: ángel del Caracol, el ángel negro (poema del venezolano Andrés Eloy Blanco), el ángel del Güiro, el ángel Oriental, el ángel del atabal.

Leal ha sido uno de los animadores de la revista "30-30", órgano de los pintores revolucionarios de Méjico (1928), de ideas contrarias al academicismo. Ilustró libros y ha ejercido la crítica de arte con buen sentido y amplia información en *El Nacional Revolucionario.*

Rufino Tamayo fué otro de los descontentos ante el rumbo de la enseñanza oficial. Decide estudiar solo aunque atento a las orientaciones que entonces seguía la pintura universal. No se afilió a la tendencia *mexicanista* a cuyos componentes censuró el haber eludido los grandes problemas de la pintura. De ahí su tendencia a profundizar en busca de una mayor pureza pictórica. En Estados Unidos expuso formando grupo con otros compañeros de análogas inquietudes, así como también en Méjico, donde fué profesor y jefe de la Sección de Artes Plásticas de la Secretaría de Educación Pública, donde realizó una interesante recopilación de pinturas infantiles. Nótese en este hecho su afán de pureza expresiva en el arte.

Su primer mural lo realizó en la decoración de la escalera del Conservatorio Nacional de Música, donde desarrolló como tema la música y sus elementos, llegando a superar las dificultades que entraña dar cualidades plásticas a temas abstractos.

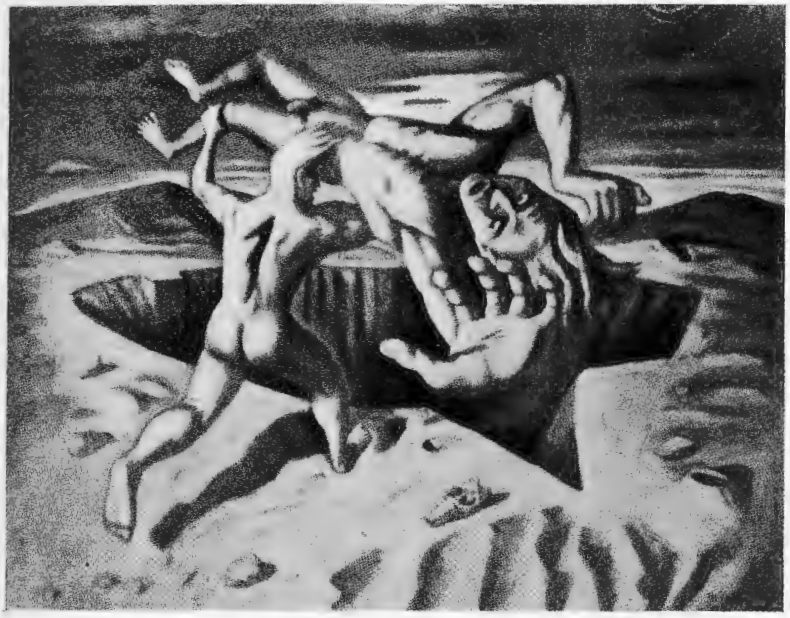
Sus primeras composiciones con temas de Oaxaca, su ciudad natal, tienen un gran sabor popular y contrastan so-

bremanera con los temas, medios expresivos y técnica de su obra posterior en que todo es "naturaleza, instinto y sensualidad". Ha trabajado también el grabado en madera y la litografía. Siqueiros le considera como un desviado del movimiento. Estas son sus palabras: "Han aparecido en México nuevas generaciones de pintores teóricamente adictos a nuestro movimiento, entre ellos Rufino Tamayo. Pero estos pintores, al margen de la lucha política en que nosotros habíamos venido operando, acentuaron el carácter cristianista, arqueologista, folklorista, pintoresco en suma, de nuestro primer período. Además, iniciaron de manera más directa que nosotros, el paso de la pintura mural a los cuadros transportables. De hecho su concepción dejó de ser política para hacerse exclusivamente *mexicanista*. Constituían el embrión del "artepurismo actual", la forma más grave de la desviación dentro de nuestra particular corriente".

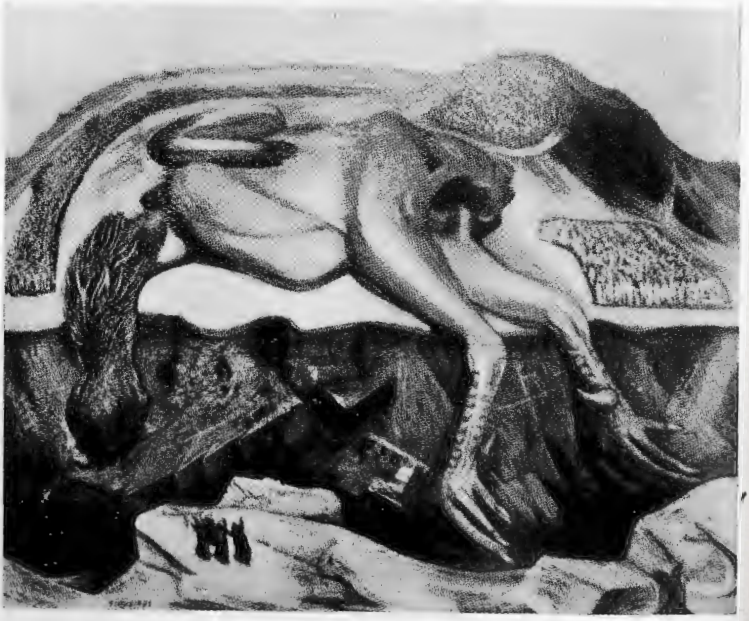
La última avanzada

En la línea más reciente de la nueva pintura se sitúa Raúl Anguiano (nacido en 1915). Por imperativo cronológi- en la vida de Anguiano ya no hay lugar a la efervescencia revolucionaria de la generación anterior, ni posturas extremas o situaciones propicias al desconcierto. Como ha escrito Justino Fernández, "nacido de un mundo cultural, artístico, en que ya todos los gritos detonantes han sido dados y en el que las grandes innovaciones han tenido lugar, Anguiano se vincula con la vida del pueblo con naturalidad, con sentido observador". Su actitud de paciente observador realista lo presenta a veces poseído de cierta malicia y otras de cierta sencillez ingenua, y siempre como artista íntegro, maestro en el dibujo, que expresa en vigorosas y certeras líneas de ritmo muy personal, y que le ha llevado a experimentar las dificultades de la pintura mural, así como la litografía, arte

«El hombre de la Mandolina». Raúl Anguiano



«Caín». Raúl Anguiano



«Muerte y funerales de Caín». (Estudio para mural). David Alfaro Siqueiros

este en que ha lucido su espléndida imaginación y una sana crítica social libre de extremismos. En la litografía Anguiano ha encontrado sus mejores aciertos.

Característica bien acusada del arte de Anguiano ha sido la de mantenerse al margen de las corrientes extremas y unilaterales del arte de nuestros días, de la que ha aprovechado, sin embargo, su sentido más profundo y constructivo, pero sin vincularse a ninguna de ellas, por considerarlo obstáculo grave para el encuentro de sí mismo. De ahí su insistencia en desenvolverse dentro de un naturalismo saludable en que aflora su honradez y sinceridad sin perjuicio de que su admirable capacidad de imaginación transforme la realidad objetiva, que aparece entonces cargada de agudas intenciones.

Anguiano se preocupa fundamentalmente de la vida del pueblo pero sin propósito flagelante. Se limita a presentar el gran drama humano tal cual se desenvuelve cada día, en el trabajo y en las fatigas, en los vicios, a veces tratados con verdadera gracia, en las fiestas y jolgorios, en la resignación o estoicismo de la gente del pueblo. Esta preocupación popular, desarraigada de una intención social, se manifiesta en ese fondo complejo, misterioso y turbio de rancio sabor y vieja sabiduría congénita con el alma del pueblo: espectros, Cristos caídos con caras horripilantes y fondos de pitas o cactus, los designios del bien y el mal, mitos y consejas, sexualidad maliciosa y como coronación de todo la muerte representada en un plano de familiaridad cotidiana, todo ello en conjunto abigarrado pregona la más pura esencia de lo que se ha llamado la mejicanidad. En sus retratos, de una precisión, de un carácter y de una serenidad admirable, alienta una nobleza clásica, especialmente en sus retratos de niñas, que irradia además una gran ternura y delicadeza hasta remontarse a la expresión de los más complicados entresijos del alma humana. Todas estas circunstancias hacen

de Anguiano un pintor completo en cuya obra el único "ismo" que se localiza es su mejicanismo.

Este es, en rápido bosquejo, el desarrollo y panorama actual de la pintura muralista mejicana. Resucitando una vieja técnica, perdida entre sudarios de arqueología, en un alarde originalísimo de pensamiento y recurso, han llevado a cabo una empresa de positivos alcances, según reconoce de manera unánime la crítica europea cuando llega a expresarse de esta forma: "Nosotros considerábamos definitivamente terminado el uso de temas sociales y políticos en el arte, y los mejicanos dan obras de plástica extraordinariamente poderosas con temas sociales y políticos; para nosotros, el claroscuro ya estaba excluído de la pintura y los mejicanos presentan obras extraordinarias con claroscuros; nosotros habíamos suprimido totalmente las figuras escorzadas, y los mejicanos, mediante el uso del escorzo, nos dan obras de gran potencia; nosotros habíamos adoptado los colores planos, y ellos, los mejicanos, nos entregan obras particularmente valiosas con colores compuestos hasta el infinito; nosotros habíamos expulsado de la pintura los aspectos psicológicos, y ellos hacen obras esencialmente psicológicas, que son las que más estremecimientos nos produjeron en el conjunto de centenares de obras ajenas a la psicología; nosotros considerábamos definitivamente muerto el realismo en la pintura, y es el caso que los mejicanos nos presentan a criaturas nuevas y saludables del nuevo realismo".

De esta manera un arte de pura raíz ideológica, social, neorrealista, abre fácil brecha en los reductos del formalismo fraguado en la escuela de París. El propio Siqueiros ha insistido sobre este fenómeno en su *Crítica a la crítica del Arte,* hecho que por lo demás, viene ya reconociéndose en el viejo mundo. En realidad los valores de esta nueva pintura han venido a ser exaltados en su hora justa: cuando se coronaba una serie de cumplidos esfuerzos y cuando en Europa,

sacudida por las consecuencias de dos guerras, se incuba, como ha escrito Alfred Frankfurter, "un estado de ánimo especialmente propicio a gustar de una obra con sentido dramático, con inclinaciones de crítica social".

José Guerrero Lovillo

César Vallejo y lo absoluto

Es un hecho la vigencia de César Vallejo en la actual poesía española e hispanoamericana. Con una revolución mucho menos extensa pero más profunda que Rubén Darío, se ha adelantado en varios lustros a los nuevos equipos de poetas religiosos y sociales. Cada día se le lee y estudia más por su contextura tan americana y tan española, que repite la fusión de Garcilaso el Inca. Se habla de su *socialidad,* de su peruanidad, de su españolidad, de su humanidad, de su religiosidad. Trato aquí de poner algunos márgenes a este último aspecto.

César Vallejo, "este gran peruano, cuyo nombre parece un quicio en que gira la lengua lírica española abriéndose hacia nuevas llanuras de tiempo" (Valverde), de creador aliento social casi estrenados en letras castellanas, y de poesía religiosa no vivida con tal fervor desde hacía siglos: hombre y poeta sufriente, social y escatológico, está con más hondura quizá que Amado Nervo, en la línea de los poetas religiosos. Conservando, por cierto, en una orografía de

cumbres tan dominantes y tan dominadoras como Juan de la Cruz, Lope, Gertrude von le Fort, Peguy, Max Jacob, Gabriela Mistral y Tagore, por citar sólo nortes opuestos, un modo personalísimo fraguado en su propia tormenta interior y, a lo sumo en las fuentes mismas de la poesía religiosa: Job y los profetas hebreos.

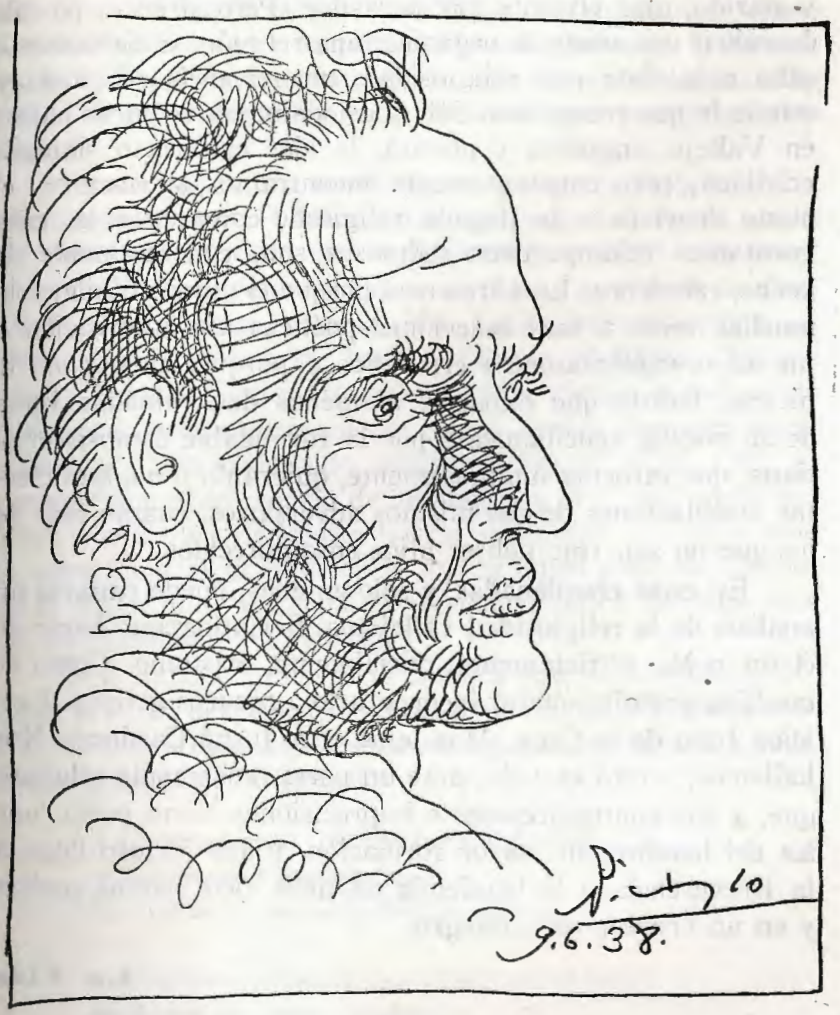
Tratándose de una materia tan amplia y cordial, propicia a la niebla, permítaseme trazar antes, aun a riesgo de desnaturalizarlo algo, el panorama religioso de Vallejo, en un sólo golpe de vista.

En la vertiente o, más bien, entraña religiosa del *hombre* Vallejo, anotamos una infancia cristiana y, en su vida, un clima propicio para lo religioso, el dolor, que lo hará pensar en Dios y, más ampliamente que Copée, en el dolor ajeno, poniéndolo en el camino de la hermandad cristiana. En este clima fructifican dos vivencias que, en sí, son fundamentalmente cristianas: la humildad y el amor. Todo esto en medio de una dogmática imprecisa y una moral, en muchos aspectos, bohemia.

En el *poeta* Vallejo se incorpora indiscutiblemente, a despecho de él mismo y de sus simpatías marxistas, que más que comunistas son sociales, un hondo y constante trascendentalismo, una fervorosa proa hacia el más allá: más allá de sí mismo —el prójimo, la vida de los hombres—, más allá de la vida —la muerte—, más allá de la muerte, aunque no por el camino de la muerte —Dios—. Tres objetos religiosos —prójimo, muerte, Dios— que polarizan intrínsecamente toda su obra. Extrínsecamente, en la piel de su poesía, encontramos una desconcertante abundancia de terminología religiosa e incluso ritual y un influjo marcadísimo de la Biblia, que no es mero tatuaje, sino resonancia y respuesta de exigencias íntimas.

Dos precisiones. Después de un ineludible breve apunte de su vida religiosa, me fijo sobre todo en la obra. Desaparecido el hombre, lo que cuenta para el lector es el poeta.

Prescindo, por tanto —en cuanto es posible, puesto que no puede comprenderse al poeta sin comprender al hombre—,



de lo que Vallejo pensase o hiciese. Me ciño a su obra que es lo que actúa sobre el lector.

En segundo lugar, no se puede hablar de catolicismo o

cristianismo, ni aun de religión, sistemática y totalmente expuestos por un poeta, y menos por un poeta de intemperie y alarido, más viviente que pensador. Pero si no es posible descubrir una doctrina orgánica, una religión, sí ciertamente salta a la vista una religiosidad, una vivencia religiosa, y esto es lo que recogemos. Sólo ocasionalmente se puede hallar en Vallejo, angulosa y precisa, la idea católica o siquiera cristiana, pero constantemente encontramos la reacción, el punto de vista o de llegada religioso; con esta nota, esos constantes relampagueos religiosos son, concretamente de hecho, cristianos. Lo afirmamos porque el mismo Vallejo da muchas veces a esas reacciones poéticas una motivación o un sabor explícitamente cristianos y porque, aunque no lo hiciese, habría que explicar, al menos determinadas vetas de su poesía, sencillamente por la formidable ósmosis cristiana, que informa luminosamente, quiéranlo o no, aun ciertas orientaciones de sus mismos adversarios, cuanto más de los que no son sino pobres hijos ensombrecidos.

En estas coordenadas, y sólo en ellas, puede situarse un análisis de la religiosidad vallejiana. Sería ingenuo hacer de él un poeta estrictamente, oficialmente, cristiano. Como es también gratuito querer incorporarlo a oscuros grupos. Está lejos Juan de la Cruz. Más lejos está Josué Carducci. Nos hallamos, y esto es todo, ante un poeta tenazmente religioso que, a sus contradicciones e imprecisiones como poeta, une las del hombre sin mayor formación, y que incluso llega a la irreverencia o la blasfemia en unos siete versos sueltos y en un breve poema íntegro.

La Vida

Destaquemos los elementos religiosos de la biografía temporal de Vallejo. El ambiente de su hogar, un hogar de doce hijos, es el rancio y cristiano ambiente patriarcal de las familias provincianas del Perú. "Hay soledad en el hogar,

se reza" (HN 74). [1] Nos habla de cuadros de santos en las paredes (HN 73), del rosario en familia por la tarde (HN 74). Pero no es sólo eso, que podría ser más o menos externo: *Los Heraldos Negros,* su primer libro de poemas y, lo mismo, aunque menos exteriormente, los otros tres publicados a lo largo de su vida, están saturados de motivos rituales y dogmáticos.

Cierto que es una moda de ese momento modernista la alusión religiosa y bíblica; pero no recuerdo, fuera quizá de Valencia, un poeta que la frecuente tanto en esos años, y este insistente retorno indica algo más que mera aquiescencia a una moda literaria. Nos habla frecuentemente de Dios, Jesús, comunión, Jordán, Olivos, Epifanía, Nochebuena, Viernes Santo, Hostia, Oración, incluso términos rituales, ascéticos o jerárquicos: clavos, cruces, bronces, leños cristianos, "día espléndido, solar, arzobispal" (PH 178); el verano "con gran rosario de amatistas y oro" es "un obispo triste que llegara de lejos a buscar y bendecir los rotos aros de unos muertos novios" (HN 35); y aquel gracioso apunte de la mujer que "agranda las pupilas como en las sanciones del confesionario" (PH 232).

Se le impone su herencia católica que, en uno de sus últimos poemas, después de todo su caminar por calles de París y campos de Rusia llega a esta alusión poética sugerida nada menos que por el Purgatorio:

Los cementerios fueron bombardeados
y los muertos inmortales,
de vigilantes huesos y hombro eterno...

. . . . . .

reanudaron entonces sus penas inconclusas,
acabaron de llorar, acabaron

(1) Hacemos las referencias a POESIAS COMPLETAS, recopilación y prólogo de César Miró. Losada, Bs. As. 1949.

Siglas: HN—*Los Heraldos Negros* (1918), T—*Trilce* (1922), PH—*Poemas Humanos* (1923-1938), E—*España, aparta de mí este cáliz* (1937-1938).

de esperar, acabaron de sufrir, acabaron de vivir,
acabaron, en fin, de ser mortales (E. 256).

Otro dato interesante. Vallejo es un espontáneo lector asiduo del Antiguo Testamento y el Evangelio. De ahí el hondo sabor bíblico, muy acorde con su carácter, que logran sus momentos más intensos en *Poemas Humanos* y en *España, aparta de mí este Cáliz,* precisamente los libros en que aparece menos la terminología externa religiosa. Este añejo y ardoroso regusto bíblico llega hasta su técnica: dísticos, paralelismos, letanías, contrabalanceos. Recuérdese *La Rueda del Hambriento, Altura y Palos, Traspiés entre dos estrellas, Redoble fúnebre a los escombros de Durango.* Y hasta los mismos títulos: *Epístola a los transeúntes, Sermón sobre la Muerte, Salutación angélica, Nómina de Huesos.* Escriturismo menos luminoso que el de Claudel; más próximo a Job, Ezequiel y Jeremías; más moderno que medieval.

Todo esto no denota, sin embargo, una gran formación religiosa, que se echará de menos en casi toda su obra. Esta falta de formación se traducirá en la falta de práctica religiosa en muchos aspectos, a pesar de su constante imprecisa vivencia interna. Su vida en Trujillo, Lima, París, Madrid, será una desgarrada bohemia, poco propicia para la coherencia de la obra con la idea. Aunque, desde luego, no es un disoluto y mantiene, excepto poquísimos versos, una dura nitidez en su obra, a bordo casi toda de lo sufriente y de lo combativo y , en su vida, cierta nobleza y altura. Baste el dato de su fidelidad hasta la muerte a Georgette, su compañera de hambre y de arte. Y he aquí unos versos emocionados en los que arde el vacío nostálgico de paz y orden en la vida, considerados como algo hermoso y difícil:

Pureza amada
... convite heroico de luceros.
Alejaos de mí, buenas maldades.
. . . . . .

Yo la recuerdo al veros, ¡oh mujeres!
pues de la vida en la perenne tarde,
nació muy poco, ¡pero mucho muere! (HN 39).

Respecto de su vida podrían darnos datos valiosos los amigos que lo acompañaron: Larrea, Huidobro, Gerardo Diego, Porras Barrenechea, Picasso, Bergamín, Alberti y, sobre todo, Georgette. Es de esperar una biografía suya antes que desaparezcan esas fuentes. En este sentido esperamos mucho del anunciado libro del francés Coyné.

De hecho se habla repetidamente de la caridad y humildad de Vallejo. ¿En qué sentido lo son su sencillez y su interés social? Creo que únicamente en esta tesitura gradual: estas dos actitudes, en la entrega, el extremo y la continuidad con que las vive Vallejo, son desconocidas fuera del cristianismo. De hecho podrían darse fuera de él, en un plano natural por supuesto, en un grado menor; pero si se llegan a dar de hecho, en determinado grado desinteresado y costoso, en hombres incluídos en un ambiente cristiano, sobre todo si han tenido su educación y desarrollo en esa religión, habrá que atribuirlas desde luego a filtraciones del Evangelio, que todo lo atrae hacia sí. Hay más; Vallejo se sitúa y sitúa esas actitudes suyas, formalmente, en algunas ocasiones, dentro del cristianismo. Encontramos una vez más un Vallejo religioso en muchos aspectos, y también explícitamente cristiano en muchos momentos de su obra. Sin embargo, todo eso no basta para hablar rigurosamente de virtudes cristianas, que suponen una entrega más compleja y absorbente a la sobrenaturaleza. Sí puede hablarse de actitudes de inspiración cristiana.

Georgette nos habla (*Caretas,* núm. 9, junio 1951. Lima) de su "piedad crística, no cristiana". ¿Qué quiere decir? ¿Una piedad que prescinde protestantemente del aspecto externo (Iglesia, sacramentos, jerarquía...) para quedarse, imposiblemente, con un cristianismo puramente interno,

con Cristo prescindiendo de lo cristiano?' Desde luego, más que a modernismo o a racionalismo religioso —Vallejo estaba lejos de esa problemática técnica—, habría que atribuirlo, como en Gabriela Mistral, a abulia respecto a lo religioso social, o quizás a confusión de lo externo temporal de la Iglesia (tal costumbre, tal hombre...) con lo externo perenne de la Iglesia (Sociedad, Sacramentos, sacerdocio...); confusión que le llevaría a prescindir de ambas cosas al querer prescindir de una.

A continuación nos dirá Georgette cómo, de hecho, Vallejo practicaba ascéticamente la justicia y el amor, no sólo en los grandes gestos que lo llevan a combatir, con toda su buena voluntad equivocada, en la ideología que él cree salvadora de los oprimidos, sino en la rueda cotidiana, y aun en un perfil tan avanzado y fino como es la prescindencia de sí mismo y la difícil ascesis de la lengua: "demasiado cargado de humanidad [...], de amor universal, en fin, en toda la acepción de la palabra, para dar libre curso a sus sentimientos íntimos[...]. A medida que avanzaba en la vida, pude comprobar, conforme crecía su obsesión de justicia social, cómo refrenaba sus sarcasmos que podían ser rotundos; cómo, detenido por un remordimiento fulgurante, acallaba su risa que yo había conocido azotando el aire como un latigazo. Cualquiera podía acercarse a Vallejo, a un Vallejo común, a quien decían "cholo" [término afectuoso y familiar, que puede usarse en sentido despectivo y que, objetivamente significa mestizo de sangre india y blanca] al primer apretón de manos, al primer vaso de cerveza tomado juntos".

Las últimas palabras apuntan otro fuerte rasgo de la cristianidad de Vallejo: la sencillez, la humildad, llamándola por su nombre cristiano cuando pasa al plano sobrenatural. César Vallejo no ha escrito vidas de santos como el recién fallecido Teixeira de Pascoais, pero nos resulta más profundamente cristiano. No hay en Vallejo esa ausencia de amor

y de humildad que nos produce una sensación tan vacía y acristiana en el vate portugués.

Y no se nos diga que ese amor es papanatismo humanitarista, como casi se ha insinuado. Vallejo estaba equipado precisamente en una ideología tan poco humanitarista y sensible como el comunismo —"Ande desnudo en pelo el millonario" (PH 193). Ni es tampoco, como veremos después, el interés masivo comunista; el comunista no se interesa por los mutilados y débiles, mal factor económico, ni por el individuo concreto. Ni se nos diga que esa humildad y sencillez, como parece indicar algún crítico, es apagamiento y renuncia india. Eso, o más bien un hermetismo y escepticismo hecho segunda naturaleza por siglos de coca y desilusión y horizontes infinitos de meseta, frío y silencio a tres mil metros, se dará en el inca del sureste peruano, pero no en las vérdes serranías norteñas, cüya rebeldía y alegría de vivir ha captado rudamente Ciro Alegría. Además de que Vallejo es mestizo, con toda la hirsutez arisca y violenta del mestizo que, bien logrado, hereda la audacia del blanco y el estoicismo del indio.

El motivo, más que de orden biológico, es espiritual. Quiera o no, consciente o inconscientemente, aflora en Vallejo la marea de veinte siglos de cristianismo. Sería infantil querer hallar perfección literalmente cristiana en ese hombre turbio y bueno, pero, en un sentido práctico y de hecho, sí podemos ver en sus virtudes naturales, heredadas o conquistadas, un reflejo sobrenatural qüe, en algunos versos, llega a hacerse buscado y consciente.

Otro dato cristiano en su raíz, aunque no siempre en su formulación refleja: la aceptación del dolor como clima de la vida.

Estas tres vivencias: amor —que lo hace ser uno de los más recios y alertas poetas sociales—, sencillez humilde —que lo hace cantar con rara delgadez la infancia y la debilidad humanas— y aceptación del dolor, son inimaginables

en un pagano o ateo; son religiosas, cristianas al menos en su inspiración, a despecho de los que quisieran, consecuentes con su ideología, inhumana a pesar de dirigirse a sólo el hombre amputado y vacío, un Vallejo materialista y ateo. Como son, caso análogo, Juan Ramón, Federico y Antonio, cristianos o, al menos, integralmente humanos, que ya es estar en camino de cristianismo, más cerca de nosotros que de la materia roja en que quedaron por casualidad trágicamente envueltos. Siendo inseparables español y católico, no está fuera de lugar una nota: la pasión española de Vallejo, que llega hasta poblar sus delirios últimos, sólo casualmente, geográficamente, por una relativa coincidencia de mentalidad social, se centra en la España roja; pero es evidente que su pasión va recta hacia la España auténtica y eterna.

El Dolor

Vallejo acepta el dolor como clima de la vida —y con esto entramos en el poeta sin salirnos del hombre—. Aceptar el dolor como el aire en que respira y de que se nutre y fabrica su eternidad la existencia humana, es en sí una actitud, al menos objetivamente religiosa. En Vallejo esta actitud no es propiamente cristiana porque, al menos reflejamente, no baja a los motivos profundos y reales que nos muestran el dolor como el camino trazado por la mano de Dios para la reconquista del Paraíso perdido; es cristiana en cuanto que provoca en él reacciones trascendentales hacia el más allá y lo urge al alivio del dolor ajeno por motivos, varias veces explicitados, aunque no siempre cristianos.

Ante todo, lo aceptase o no, el dolor fué derrochador con Vallejo. Vacío y desprecio en Lima, cuando irrumpe en el mundo crema del postmodernismo con la voz dislocada y sangrante de *Los Heraldos Negros*. Calumnia y cárcel en su pueblo natal, poco después de la muerte de su madre. Luego la ausencia, el peregrinaje y la extranjería hasta la muerte. El hambre en una ciudad cosmopolita. La visión de la

Rusia de 1929 y de la España roja de 1937. La enfermedad. La soledad. El apunte de Picasso hecho en junio del 38 nos ha dejado un rostro crispado como un puño.

Yo soy el coraquenque ciego
que mira por la lente de una llaga (HN 48).

Este hospital de nervios,
... el desfiladero de mis nervios (HN 53).

Madrugar, poeta nómada,
al crudísimo día de ser hombre (HN 59).

Fósforo y fósforo en la oscuridad,
lágrima y lágrima en la polvareda (T. 126).

Yo nací un día que Dios estuvo enfermo. (HN 77).

Que no hay nadie en mi tumba
y que me han confundido con mi llanto (PH 211).

Y la angustia y el hastío psicológicos:

Cesa el anhelo, rabo al aire. De súbito, la vida se amputa, en seco [...]. *En una sala del Louvre un niño llora de terror* [...]. *¿Qué ocurre aquí en este hijo de mujer?* [...]. *Cesa el anhelo a la altura de la mano enarbolada.* (PH 229).

Y la angustia metafísica:

Es para terminar,
mañana.
. . . . . .
en rostro geométrico, en difunto
. . . . . .
es para eso, qué morimos tanto?
Para sólo morir,
tenemos que morir a cada instante? (PH 173).

Esta es ya, al menos como duda, una reacción religiosa, trascendentalista. El estoico o el kantiano aceptarán en cierto modo, siquiera teóricamente, el dolor porque sí. Pero el cristiano, que vive en la religión más ensangrentada y exigente, vive, paradójicamente, en la religión más impetuosa y alegre, para la que todos los días son fiestas y el dolor tiene sólo valor de medio, instrumento de redención o expresión de amor.

aquello, para lo cual nací.

. . . . . .

por este indecible, endemoniado cielo,

. . . . . .

me esfuerzo, palpito, tengo frío (PH 191).

Antes de esta reacción trascendente, podríamos distinguir en Vallejo otros pasos previos que acaso se puedan considerar religiosos en el sentido que exponíamos más arriba. El primero es la aceptación tajante del dolor escueto, como biológica realidad imperiosa, total. Ante ese hecho elemental del dolor, de la miseria y el hambre, carecen de sentido las flores de la vida y las construcciones artificiales o sublimes, "el Yo profundo, el arte, Sócrates, la Academia..." (PH 197).

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre, ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente [...]. *Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente* (PH 235).

Aceptación del dolor como dato ineludible, insobornable. Dando un paso más, se tranforma en verdadera vocación de dolor que le hace sentirse incómodo en la dicha y amar la crispatura y la intemperie.

Pero antes que se acabe
toda esta dicha, piérdela atacándola,
tómale la medida por si rebasa tu ademán; rebásala
. . . . . .
que la dicha es un hecho profundo cuando acaba,
pero al llegar asume
un caótico aroma de asta muerta (PH 163).

Esta aceptación plena del dolor, absolutamente ajena al ateo y aun al pagano; hecho, en cierto sentido, religioso, oscuramente sacrifical, cristiano en última instancia, se refugia a veces como tantos momentos de la poesía vallejiana, en una ironía benigna y absurda de contornos surrealistas y originalísimo uso del lenguaje:

Loco de mí, lobo de mí, cordero
de mí, sensato, caballísimo de mí (PH 173).

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos.
Y es muy grave sufrir, puede uno orar...
. . . . . .
Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo
de ver el pan, crucificado, al nabo
ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al gua, huyendo
. . . . . .
Señor Ministro de Salud, ¿qué hacer?
Ah, desgraciadamente, hombres hermanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer (PH 171).

Sólo un detalle estilístico que hace al caso. Nótese la eficacia de expresión de ese "triste hasta el tobillo", que delata el refinamiento logrado por Vallejo en la degustación y, por tanto, en la vivencia del dolor. Efectivamente, la palabra "tobillo", con su misma fonía agria y dolorida a pesar del final diminutivo, y su "gestalt" secular de cadenas, prisiones y galeras, evoca todo un mundo de encrucijada y cuesta.

Ah, desgraciadamente, hombres hermanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer.

¡Muchísimo que hacer! Esta es, junto al trascendentalismo para el deseo y la mente, la actitud señalada a sus manos ante el dolor: luchar por aliviar la vida de los hombres, luchar íntegramente, violentamente, a la altura de la injusticia y del hambre. "No volveré al Perú —le dice en París a César Miró en 1930— hasta que no quede piedra sobre piedra."

Ah, querer, éste, el mío, éste, el mundial,
interhumano, parroquial, proyecto!

Prescindo de su vida en este aspecto, recta en su intención, noble y tristemente equivocada en su realización. Me fijo sólo en su poesía.

El Hombre

Tratar de la poesía social de Vallejo nos alejaría del tema. Anotaré solamente lo que hay de dirección religiosa en su actitud social.

Toda la obra vallejiana está transida de cordialidad e interés humano hasta su último delirio en la clínica, sacudido no precisamente por el recuerdo de su familia, sus amigos o su Santiago natal, sino por la España ensangrentada que acababa de vivir.

Ya en sus primeros versos, junto a alguno de egoísmo más o menos retórico (HN 24), piensa en un teatro:

Cederte mi lugar!
Yo no debo estar tan bien (HN 33).

El interés de Vallejo por el hombre, como apuntábamos más arriba, de ningún modo es marxista. El marxista no se interesa por el hombre sino por el trabajador. Para su concepción, exclusivamente materialista y económica, no cuenta la hora de amor o de oración, la hora de "sentimiento oceánico" —como dice el Rubachof de *El Cero y el Infinito* y el mismo Vallejo en uno de sus poemas—, la hora, en fin, de vida humana, sino sólo y exclusivamente la hora de trabajo.

Vallejo, más allá del paganismo y del marxismo, ama al hombre por su pequeñez y su hambre, porque "es triste y tose", por "su fórmula famélica de masa", porque está "sujeto a tenderse como objeto", por "su desesperación", "porque nació muy pequeñito". Recuérdese la dulcemente irónica y conmovedora letanía de *Traspiés entre dos estrellas.* (PH 185).

He aquí unos versos explicables sólo en labios cristianos o cristianizados:

Amado sea el niño, que cae y aun llora
y el hombre que ha caído y ya no llora. (PH 185).

Y aquellos de nombre evangélico, *El Pan Nuestro*:

Todos mis huesos son ajenos.
Yo tal vez los robé!
Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!

Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar, a no sé quién, perdón,
y hacerles pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...! (HN 57).

No es filantropismo de baile de beneficencia ni erotismo barato esta infinita ternura violenta. Vallejo ha sufrido el egoísmo del hombre y conoce su pequeñez. La mujer es "hierro terroso" que embellece la ilusión en sus fraguas. (HN 63), y llega a describir sarcásticamente así al hombre, animal en el fondo:

No quiere estar en su alma
acostado, en la sien latidos de asta,
el bimano, el muy bruto, el muy filósofo. (PH 156).

Los ama en cuanto seres necesitados de amor, por su misma pequeñez. Este éxtasis humano pulveriza todas las torres de marfil, tan frecuentes por cierto en aquellos años de kermesse entrebélica y prosperidad económica.

Y olvido por mis lágrimas mis ojos (PH 163).

¿Qué hay de religioso en todo este altruísmo total? A pesar de que pocas veces aparece formulado el motivo técnico, llamémosle así, que eleva a caridad la filantropía: la paternidad común de Dios —*oh "nuestros" divinos* (T 140)— y su mandato de amor mutuo, podemos, en gran parte, hablar de cristianismo porque en el fondo de su violencia social hay un invencible evangélico:

Desgracia al que edifica con tesoros su lecho de
[muerte!
. . . . . .
Un sillón al que siembra en el cielo.

Y, todo lo desorbitadamente que queramos, pero con un íntimo impulso religioso:

Se quisiera.
. . . . . .
saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la cruz! (HN 157).

Su palabra llega a adquirir a veces inconscientes resonancias lejanas de comunión cristiana y cuerpo místico:

... ¡qué hacer!
Y qué dejar de hacer, que es lo peor!
Sino vivir, sino llegar
a ser lo que es uno entre millones
de panes, entre miles de vinos, entre cientos de bocas,
entre el sol y su rayo que es de luna
y entre la misa, el pan, el vino y mi alma (PH 168).
Ah "míos" australes. Oh "nuestros" divinos (T 140).

No, el ímpetu social de Vallejo no es marxista; es humano; es, casi siempre en su inspiración y muchas veces positivamente, cristiano.

La Muerte

Vallejo, a través del hombre, termina en Dios. Pero antes está el puerto de la muerte proyectado hacia alta sombra.

César Vallejo, poeta de muerte, tiene momentos, esos momentos desconcertantemente contradictorios de todo poeta, en que la teme:

Se atulmuta la sangre en el termómetro. No es grato morir,
Señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada
es posible... (PH 235).
Que la muerte es un ser sido a la fuerza (E 262).

Sin embargo predomina la aceptación, y aún la vocación de muerte. Este sentimiento, y el de temor, se fusionan en *Imagen española de la Muerte*:

Llamadla! ¡daos prisa! Va buscándome,
con su cognac, su pómulo moral,
sus pasos de acordeón, su palabrota.
¡Llamadla! No hay que perderla el hilo en que la
[lloro.
De su olor para arriba, ¡ay de mi polvo, camarada!
De su pus para arriba, ¡ay de mi férula, teniente!
De su imán para abajo, ¡ay de mi tumba! (E 262).

La aceptación escueta destaca en innumerables momentos que llegan a crear un verdadero clima de muerte: el camino alargado es un ataúd (HN 69) y toda la tierra un inmenso féretro cuyo borde está en la sombra del horizonte (HN 38).

La vocación positiva de muerte:

Hoy me palpo el mentón en retirada
y en estos momentáneos pantalones, yo me digo:
tanta vida y jamás!
me gusta la vida enormemente
pero, desde luego,
con mi muerte querida... (PH 166).

No poseo para expresar mi vida, sino mi muerte.
(PH 232).

Y, efectivamente, expresa la vida de los mineros desde un punto de vista originalísimo, como si toda la vida estuviese centrada en la catástrofe final:

Los mineros salieron de la mina
remontando sus ruinas venideras (PH 162).

Muertos [...] *os digo, pues, que la vida está en el espejo y que vosotros sois el original, la muerte.* (T 141).

Presencia de cordillera, ineludible, inexpugnable, la muerte, frente a la cual no puede nada el amor más íntimo:

¿Es su madre? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle?
¿Es su amada? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle?
¿Es su hermana? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle?
(PH 241).

Ni siquiera la apoteosis del amor multitudinario:

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: ¡Tanto amor, y no poder nada contra la
[muerte! (H 269).

Presencia de la muerte contra la cual sólo puede algo el amor ecuménico, es decir, un amor con raíz religiosa, la única que puede disolver los tabiques y muros de los pequeños hombres:

Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vió el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar (íd)

Acumulo las citas porque la muerte, ella de por sí, es un hecho religioso para el que cree en el más allá; el máximo momento religioso de la vida puesto que es el primer cara a cara con Dios.

Pero apuremos la voz expresamente religiosa de la muerte en la poesía vallejiana. Chocamos de pronto con algo desconcertante: la falta de trascendentalismo que hay en su encuentro habitual con la muerte. Son contadas las ocasiones en que supera, al menos explícitamente, el hecho biológico y concreto de la muerte, trascendiéndolo.

Véanse como raros ejemplos HN 27, T 133, y aquella conmovedora visión de la vida de su padre en el más allá, maravilloso apunte humano del cielo:

Día eterno es éste, día ingenuo, infante,
coral, oracional;
se corona el tiempo de palomas,
y el futuro se puebla
de caravanas de inmortales rosas.
Padre, aun sigue todo despertando;
es enero que canta, es tu amor
que resonando va en la Eternidad.
Aun reirás de tus pequeñuelos,
y habrá bulla triunfal en los Vacíos (HN 76).

El momento de más vibrante trascendentalismo, que se produce en su obra al cantar a los caídos de la guerra civil española, en un trascendentalismo de signo materialista, análogo, meramente hacia el tiempo siguiente, aunque su vigoroso sabor bíblico y sus promesas de corte religioso dan un aire de absoluto a esta página y nos hacen sospechar —lo mismo que su respetuoso recuerdo, desde el campo rojo, a los sacerdotes muertos en oración "con la altura tenaz de sus rodillas"— que Vallejo presintió oscuramente la cruzada como algo religioso y no mera guerra civil:

Constructores
agrícolas, civiles y guerreros
de la activa, omnipotente eternidad: estaba escrito
que vosotros haríais la luz entornando
con la muerte vuestros ojos;
que a la caída cruel de vuestras bocas,
vendrá en siete bandejas la abundancia, todo
en el mundo será de oro súbito
y el oro,
fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de
[sangre,
y el oro mismo será entonces de oro!.
Se amarán todos los hombres

y comerán tomados de las puntas de vuestros pañue-
[los tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!
. . . . . .
Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos an-
[darán!
Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
Serán dados los besos que no pudisteis dar!
Sólo la muerte morirá! (E 251).

Pero fuera de semejantes momentos excepcionales, como ha notado muy bien Valverde (*Estudios sobre la palabra poética.* Biblioteca del Pensamiento Actual. Rialp, Madrid 1952), atinando en el hecho aunque quizá no en su explicación, cuando Vallejo se acerca a cantar a la muerte, no da explícitamente el salto trascendental; se queda, con todas las velas desplegadas, anclado allí.

Este presentismo total, tan poco religioso a primera vista, esta ausencia de pretérito y futuro, se extiende a todos sus temas. Como si la justicia hubiese totalmente absorbido a la esperanza. Llega a usar el pasado y el futuro como presente, llega a confundirlos ("el traje que vestí mañana" T87); se admira de que no le respondan los que están muertos ("Ha de velar papá rezando... Llamo de nuevo, y nada... Todos están durmiendo para siempre". T 163); promete locamente, preso en la cárcel, portarse bien en su infancia ("Ya no reiré cuando mi madre rece en la infancia y en domingo... En el redil de niños ya no le asestaré puñetazos a ninguno de ellos". T127); oye callar en el teléfono al amigo muerto, a quien situaba unos momentos antes "en el plano implacable donde moran lineales los siempres, lineales los jamases" (PH 175). Parece que lo interesante

para él es el hecho en sí de estar muerto, prescindiendo de ultratumba:

Pero el cadáver, ¡ay! siguió muriendo. (E 269).

Recuerda los asesinatos en zona roja y no condena ni alaba; es la muerte, y basta.

Más aún, tiene absurdos momentos de un escatalogismo inverso, de humanización y planetarización de lo divino: la trinidad familiar, "yo tengo mucho gusto de ver así al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo" (PH 232).

Este es mi brazo
que por su cuenta rehusó ser ala;
estas son mis sagradas escrituras (PH 155).
Extremeño, dejásteme
verte desde este lobo padecer,
pelear por todos y pelear
. . . . . .
para que todo el mundo sea un hombre y para
que hasta los animales sean hombres
. . . . . .
y el mismo cielo todo un hombrecito (E 255).

Son duros e inadmisibles todos estos versos de un seudohumanismo exasperado, que encuentra quizá su razón de ser en una reacción momentánea frente a su amargura y su hambre y, sobre todo, frente a su habitual complejo kierkegaardiano de culpa —¿oscuro flagelo de su ascendencia?— que lo sacude desde las raíces ya en su primer verso. Son rarísimos en su obra estos antropocentrismos extremos, negaciones positivas —es más fácil encontrar la ausencia negativa de trascendencia— y se diluyen frente a otras muchas citas que pudieran hacerse y haremos en parte; pero su escasez no los salva en sí mismos aunque los sitúa en su verdadera categoría de rasgo poco acusado en el perfil vallejia-

no. El lector que busque pistas de arranque para su sentimiento religioso, tendrá que ir a otras páginas.

Dejando estos extremos, que no afectan precisamente al tema de la muerte, volvamo al hecho medio de su presentismo. Este presentismo, sobre todo en la muerte, es para mí el momento menos religioso de Vallejo. Más aún, si no irreligioso, ciertamente arreligioso. Nunca es tan marxista Vallejo como al tratar la muerte, detenido en su mensurabilidad y su óxido. Sus escasos versos irreverentes o blasfemos —no llegan a diez entre miles de versos y casi todos son de su libro juvenil, el más abundante precisamente en terminología sagrada y que ofrece, por tanto, más ocasión de imprecisión y torpeza—, y aun la única poesía totalmente blasfema, escrita en sus primeros años, tienen, no defensa, pero sí alguna explicación no por ateísmo ni antiateísmo, inimaginables para el que conozca un poco a Vallejo, sino por su endeble formación religiosa, y, por su unamunesca contextura apasionada y, precisamente, religiosa. Pero desde el punto de vista trascendental, no tiene justificación ni explicación su actitud habitual ante la muerte. Vallejo llegará a Dios, pero no a través de la muerte, como tantos poetas, sino a través de la vida.

Y, sin embargo, consultando otras páginas suyas, es claro, unas veces como duda, otras como afirmación, su afán de ulterioridad y trascendencia:

Si después de tantas palabras
no sobreviene la palabra!
. . . . . .
Haber nacido para vivir de nuestra muerte!
Y si después de tanta historia sucumbimos
no ya de eternidad
sino de estas cosas sencillas... (PH 216).
Para sólo morir

tenemos que morir a cada instante?
Aquello para lo cual nací...
. . . . . .

por este indecible, endemoniado cielo,
mi maquinaria da silbidos técnicos,
paso la tarde en la mañana triste
y me esfuerzo, palpito, tengo frío (PH 191).
Jumento que te paras en dos para abrazarme,
duda de tu excremento unos segundos,
observa cómo el aire empieza a ser el cielo levan-
[tándose,
hombrecillo,
hombrezuelo (PH 180).

¿Cómo explicar, entonces, esa contradicción que hace de un poeta positivamente religioso e incluso positivamente escatológico —en el sentido religioso del término—, a juzgar por algunos de sus versos, un presentista aparentemente sin esperanza? Ante todo, como punto de vista, notemos que Vallejo es poeta puro, sin mezcla de teólogo ni de filósofo reflejo, aunque objetivamente lo sea, y no es posible pedirle tesis exhaustivas. Es fundamentalmente dolor y violencia, poesía dramática y trágica, no de evasión o de serenidad propicia para las construcciones lógicas acabadas. "Cuatro conciencias simultáneas enrédanse en la mía" (PH 190).

Pero no es esto solución plena. Creo que, ulteriormente, hay que recurrir a un sondeo del alma americana, que aquí ha de ser necesariamente intuitivo y breve. La idea organizada, clara y distinta, tiene su patria en Europa, por obra, en concreto, de un hispanojudío y un francés que sistematizan la tendencia. Pero el hispanoamericano, más cerca en esto del asiático, tiene poca confianza en los silogismos escuetos. Siente hacia ellos un escepticismo comparable a la confianza que le inspiran las intuiciones o los hechos. Ciertamente hay en el sudamericano, todo lo asimilada que se

quiera, una dosis inmensa de Europa, de España en concreto y, en menor grado, de Francia. Pero la cercanía de Estados Unidos y, sobre todo, la realidad inaplazable de una atroz geografía por domar y todo un mundo por construir, que le hace sentirse padre de su país mientras el europeo generalmente se siente hijo del suyo, le dan una orientación marcada hacia lo señalable y concreto.

El Conde de Keyserling ha llegado a hablar de una "cultura estética" que aportaría Sudamérica, diversa de la teológica de España y de la filosófica de Francia, aunque radicalmente influída por ellas en su punto de partida, en contraste con EE. UU. Es discutible, pero señala algo que existe de hecho, entendiendo estrictamente la palabra "estética": una tendencia, más romana que helénica, hacia lo concreto y directo; hacia lo prudencial más que hacia lo abstracto; lo cual no quiere significar más coincidencia con el pragmatismo norteño que la de objeto material, pues su intencionalidad es completamente diversa. [2]

En resumen —dejando por un momento el tema religioso y la muerte y fijándome en lo característico noético que, desde luego, conforma y matiza las concepciones de esos temas—, para el europeo el hecho señalable y concreto ha de tener siempre valor de mera premisa, camino de un consecuente. (¿No arrancará de excesos por este maravilloso y humanísimo polo esa fatiga mental del occidente europeo —salvas limitadas zonas de mayor reciedumbre y dogmatismo— que, después de hacerle dudar de la razón, la lanza ulteriormente hacia concepciones filosóficas voluntarísticas

(2) Las diferencias entre Europa y Asia son ciertamente definitivas. En el paralelo América-Europa quizá no se trate más que de dos momentos evolutivos, juvenil-adulto y adulto senil, de la actitud cognoscitiva. Las colectividades realizan en algún modo el viaje de la vida individual. El joven tiene tanta imaginación como poco sentido del humor; por eso sufre tanto. Para él, que se vuelca en todo el objeto con todo el hombre, todo es más de lo que parece y puede detenerse en el presente. Al adulto, que tiene más sentido del humor y menos imaginación, todo le parece menos de lo que es; y piensa en el mañana y busca términos ulteriores y resultados lógicos; por eso, goza tan poco.

y casi somáticas?) El conocer sudamericano aun se detiene en el hecho en sí, como ante algo de suficiente volumen para ocupar la intención él solo. No hay en los Andes montañas de bolsillo de sabio, normalmente destinadas para sostener un observatorio o un albergue de esquiadores; son montañas y nada más que montañas, autónomas, ancladas en sí mismas.

No quiero con todo esto decir que la cultura hispanoamericana (incluyendo en este concepto lo brasileño) sea, como la estadounidense o la japonesa, aintelectual (quizá sí "aintelectualista"), pero sí que su conocer más original coincide más con Hegel que con Kant, es más platónico, agustiniano y pascaliano que aristotélico y cartesiano, más complexivo subjetiva y objetivamente y más cordial que analítico y lógico.

Vallejo se enfrenta con el hecho rotundo y presente, distraído de su sombra y sus reflejos. La existencia le ocupa casi todo el plano, y la esencia total de la muerte es contemplada sólo simultáneamente y de hecho, y pocas veces abstraída.

En el presentismo de Vallejo influye además, creo yo, su paisaje andino natal. Cuando las cosas son excesivas, pierden su categoría de signos y fácilmente se convierten en realidades terminales. El océano nos hace pensar en el infinito porque vemos sólo un retazo suyo, lo suficientemente pequeño para conservar sin esfuerzo su rango de punto de partida, de símbolo. La terroríficamente compacta soledad andina y su prehistórica arquitectura planetaria, si no está uno muy sobre sí, no hacen pensar en lo eterno, se imponen ellas como la eternidad misma hecha piedra y silencio. O, más bien, elevan tan repentina, directa y totalmente a Dios, que uno no cae en la cuenta de tal elevación y se olvida de sí mismo y del más allá, sumergido, absorbido por la sobrehumana geometría de las formas presentes.

La punta del hombre,
el ludibrio pequeño de encogerse

tras de fumar su universal ceniza (PH 165).

Cielos de puna descorazonada
por gran amor, los cielos de platino, torvos
de imposible.
Rumia la majada y se subraya
de un relincho andino.

Ante ese ruido que rasga la puna o meseta de los Andes:

Me acuerdo de mí mismo. Pero bastan
las astas del viento, los timones quietos hasta
hacerse uno... (T 132).

Es la vida, no más, sólo la vida.
Sólo la vida; así: cosa bravísima (PH 190).
Completamente. Además, ¡vida!
Completamente. Además, ¡muerte!
Completamente. Además, ¡todo!
Completamente. Además, ¡nada!
Completamente. Además ¡Dios!
Completamente. Además, ¡nadie! (PH 201).

Sentido instantáneo de la eternidad (PH 228).
sentimiento oceánico de todo (PH 187).

Todo esto son explicaciones. Pero la explicación, que no es justificación, creo yo que hay que buscarla, como anotaba al principio, sobre todo en su marxismo que, vivido siempre de un modo personalísimo, sólo asoma consecuente y nítido en el caso de la muerte tal como suele tratarla el poeta, fuera de ocasionales apariciones de perspectivas explícitamente trascendentales. Toda la anterior disgresión, que nos ha llevado un poco lejos, trata de explicar el nudo difícil e inexplicable con que se tropieza al estudiar la cosmovisión religiosa de este poeta religioso: su falta de religiosidad en uno de los máximos momentos religiosos.

Y desembocamos en el primordial y definitivo objeto religioso, Dios, punto de partida y término de todas las relaciones trascendentales del hombre. Este hombre, cuya última enfermedad se agrava en una guerra religiosa y que muere, como el buen ladrón, un Viernes Santo, siente a Dios desde su primer verso:

Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé...
golpes como del odio de Dios.

Dios está en su entraña desde este sentirse abandonado de Dios en la tierra desierta, sin caminos y sin agua, "adonde yo nunca dije que me trajeran" (HN 62), hasta aquel místico "siento a Dios que camina tan en mí con la tarde y con el mar" (HN 70).

Toda su poesía, más cerca del *Cántico Espiritual* de Juan de la Cruz que del *Mastín del Cielo* de Thompson, es nostalgia de Dios, búsqueda de Dios, hacia el cual la vida es sólo un "barranco interino".

Hemos a peso bruto caminado y, de un solo
desafío
blanqueó nuestra pureza de animales.
Y preguntamos por el eterno amor,
por el encuentro absoluto (T 136).

Por momentos, en un alma de endeble brújula religiosa y abandonada a sí misma, la búsqueda se hace duda, "cuando el espíritu que anima al cuerpo apenas, va sin coca y no atina a cabestrar su bruto hacia los Andes Occidentales de la eternidad" (HN 72). Pero retorna y aflora siempre lo cristiano profundo, "rotación de tardes modernas y finas madrugadas arqueológicas". Llega inclúso hasta la afirmación de fe cristiana:

En el árbol cristiano yo colgué mi nidal (HN 66).

Quiere buscar a Dios, aun viviendo toda la angustia de ese agustiniano buscar para encontrar, encontrar para buscar:

> *¿Cuánto tiempo ha durado la anestesia que llaman los hombres? Ciencia de Dios, Teodicea! si se me echa a vivir en tales condiciones, anestesiado totalmente, volteada mi sensibilidad para adentro! Ah, doctores de las salas! Pido se me deje con mi tumor de conciencia...* (PH 241).

Del marxismo puro toma la violencia a que a veces llega su inquietud social y, de hecho en casi toda su obra, el presentismo en la muerte; pero, más lógico que los comunistas lógicos, no renuncia a Dios, puesto que el comunismo, como todos los errores modernos, no es más que, en frase de Chesterton, una idea cristiana que ha perdido la cabeza. Y así, pone a sus héroes marxistas a los pies de Dios:

> *Los mendigos pelean por España.*
> . . . . . .
> *Los pordioseros luchan suplicando infernalmente*
> *a Dios por Santander* (E 260).
> *Han rezado a Dios,*
> *aquí!* (E 265).

La búsqueda, su vacío de Dios, que tiene raíces españolas y quechuas, dos razas religiosas, no va directamente a Dios, como en los místicos castellanos; tampoco va, como nota Eielson (*La Poesía Contemporánea del Perú*, Cultura Antártica, Lima 1946), a través de la propia soledad cartesiana, al modo de Rimbaud o Rilke. Va hacia Dios a través del dolor y del pueblo. Del dogma católico vive sobre todo, en cierto sentido y empíricamente, la comunión de los santos y el cuerpo místico, sin fronteras:

¡Oh unidad excelsa! ¡Oh lo que es uno para todos!
Amor contra el espacio y contra el tiempo.
Un latido único del corazón,
un sólo ritmo, Dios (H.N 58).

Pero no cae en el panteísmo. No hay en él fracaso alguno de la analogía, el pecado más fácil de los poetas puesto que la metáfora y el símbolo es un perenne afán de síntesis basado en la unidad de origen e imitabilidad, que puede acabar por llevar a playas de Parménides. El Dios de Vallejo, cristiano al fin y al cabo, es personal. Es también providente: "así es la vida delante de la sien legislativa" (PH 222).

Providencialismo que, a veces, baja a fatalismo inca o hispanoárabe.

...Yo me busco
en mi propio designio que debió ser obra
mía, en vano: nada alcanzó a ser libre.
Y sin embargo, quién me empuja (T 126).

¿Quién? La idea de un Dios personal resuelve la duda en providencialismo aun en el aparente azar:

El suertero que grita "la de a mil"
contiene no sé qué fondo de Dios.
. . . . . .
¡por qué se habrá vestido de suertero
la voluntad de Dios! (HN 57).

Dios, para Vallejo, no es el Lejano, el Silencioso. Está cerca, presente, sentimiento de la presencia de Dios, exquisito hallazgo religioso:

La primavera vuelve, vuelve y se irá. Y Dios,
curvado en tiempo, se repite, y pasa, pasa

a cuestas con la espina dorsal del universo (HN 68).
Siento a Dios que camina
tan en mí con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anochecemos. Orfandad.
Pero yo siento a Dios (HN 70).

Cree incluso en el misterio de la Eucaristía, donde "existe Dios en la Hostia ciega e impalpable" (HN 63), y este Dios es para Vallejo, supremo rasgo cristiano, ioanneo, amor:

Dios mío, eres piadoso.
Esperanza plañe entre algodones.
Cristiano, espero, espero siempre
. . . . . .
Y Dios, sobresaltado, nos oprime
el pulso, grave, mudo,
y como padre a su pequeña,
apenas,
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones
y entre sus dedos toma a la esperanza (T 106).
Hay un cariño que no nace nunca,
que nunca muere,
vuela otro gran pañuelo apocalíptico,
la mano azul, inédita, de Dios! (HN 36).

Llega con Dios a la ternura "porque ama tanto, porque jamás sonríe, porque siempre debe dolerle mucho el corazón" (HN 70).

Y en el *Redoble Fúnebre a los Escombros de Durango* llega a latir jadeante, quemada de lágrimas, un ansia infinita de resurrección y unión eterna con ese Dios con quien habló tantas veces desde su desesperación o su risa entre lágrimas:

Padre polvo, que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.
. . . . . .
Padre polvo que vas al futuro,
Dios te salve, te guíe y te dé alas,
padre polvo que vas al futuro (E 269).

* * *

Tal es, someramente contemplada, la obra. Obra profunda y obsesionadamente religiosa, es decir, ligada a Dios, a quien encuentra a través del dolor y, sobre todo, del amor y la justicia, mientras que, paradójicamente, a través de la muerte sólo se encuentra consigo mismo y con las cosas inmóviles. Obra cristiana y aun católica en su deseo y en incidentales explicitaciones, pero en medio de lamentables, y a veces graves, imprecisiones de términos y aun de ideas, que encuentran explicación, pero no justificación, su frágil formación religiosa y en su aventura vital.

El destino del hombre, ¿cuál habrá sido? Su vida es tan desorientadora y repentina como su obra. Inspiran, sin embargo, cierta terca tranquilidad ciega sus últimas palabras, hermoso acto de confianza entre el delirio de su agonía en la clínica Aragó:

Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte tengo un defensor: Dios.

José María de Romaña García

Granada, marzo 1953.

NOTAS

César Vallejo y lo absoluto

Es un hecho la vigencia de César Vallejo en la actual poesía española e hispanoamericana. Con una revolución mucho menos extensa pero más profunda que Rubén Darío, se ha adelantado en varios lustros a los nuevos equipos de poetas religiosos y sociales. Cada día se le lee y estudia más por su contextura tan americana y tan española, que repite la fusión de Garcilaso el Inca. Se habla de su *socialidad,* de su peruanidad, de su españolidad, de su humanidad, de su religiosidad. Trato aquí de poner algunos márgenes a este último aspecto.

César Vallejo, "este gran peruano, cuyo nombre parece un quicio en que gira la lengua lírica española abriéndose hacia nuevas llanuras de tiempo" (Valverde), de creador aliento social casi estrenados en letras castellanas, y de poesía religiosa no vivida con tal fervor desde hacía siglos: hombre y poeta sufriente, social y escatológico, está con más hondura quizá que Amado Nervo, en la línea de los poetas religiosos. Conservando, por cierto, en una orografía de

cumbres tan dominantes y tan dominadoras como Juan de la Cruz, Lope, Gertrude von le Fort, Peguy, Max Jacob, Gabriela Mistral y Tagore, por citar sólo nortes opuestos, un modo personalísimo fraguado en su propia tormenta interior y, a lo sumo en las fuentes mismas de la poesía religiosa: Job y los profetas hebreos.

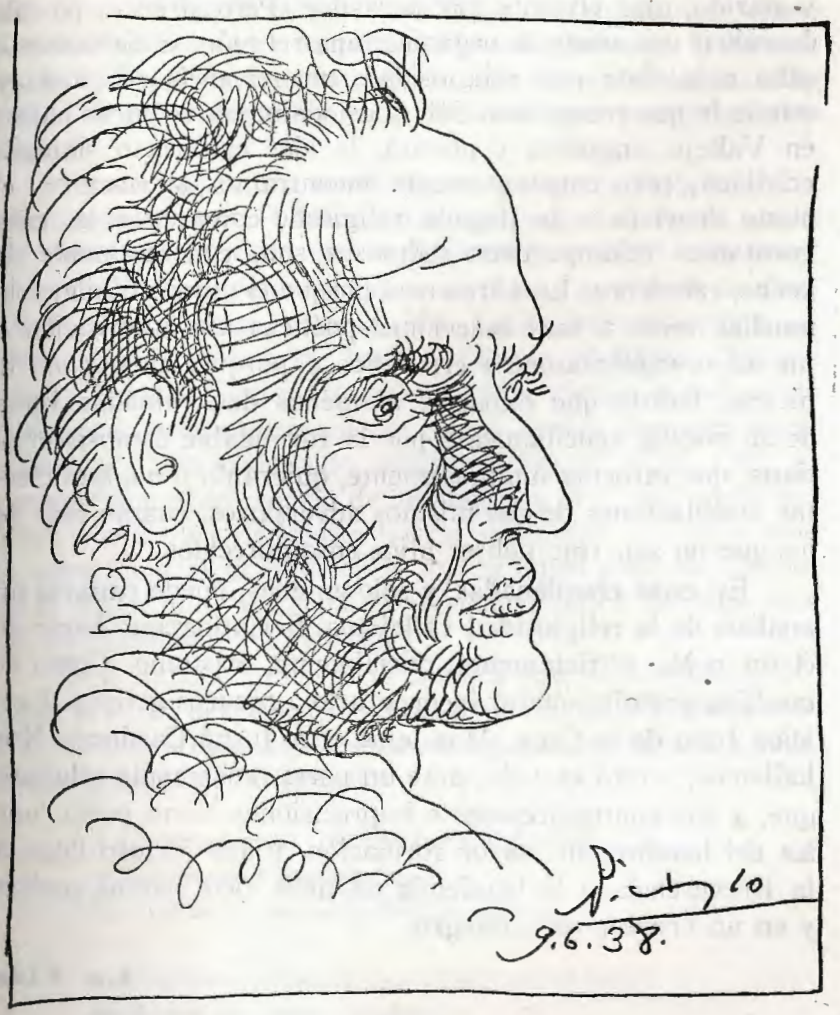
Tratándose de una materia tan amplia y cordial, propicia a la niebla, permítaseme trazar antes, aun a riesgo de desnaturalizarlo algo, el panorama religioso de Vallejo, en un sólo golpe de vista.

En la vertiente o, más bien, entraña religiosa del *hombre* Vallejo, anotamos una infancia cristiana y, en su vida, un clima propicio para lo religioso, el dolor, que lo hará pensar en Dios y, más ampliamente que Copée, en el dolor ajeno, poniéndolo en el camino de la hermandad cristiana. En este clima fructifican dos vivencias que, en sí, son fundamentalmente cristianas: la humildad y el amor. Todo esto en medio de una dogmática imprecisa y una moral, en muchos aspectos, bohemia.

En el *poeta* Vallejo se incorpora indiscutiblemente, a despecho de él mismo y de sus simpatías marxistas, que más que comunistas son sociales, un hondo y constante trascendentalismo, una fervorosa proa hacia el más allá: más allá de sí mismo —el prójimo, la vida de los hombres—, más allá de la vida —la muerte—, más allá de la muerte, aunque no por el camino de la muerte —Dios—. Tres objetos religiosos —prójimo, muerte, Dios— que polarizan intrínsecamente toda su obra. Extrínsecamente, en la piel de su poesía, encontramos una desconcertante abundancia de terminología religiosa e incluso ritual y un influjo marcadísimo de la Biblia, que no es mero tatuaje, sino resonancia y respuesta de exigencias íntimas.

Dos precisiones. Después de un ineludible breve apunte de su vida religiosa, me fijo sobre todo en la obra. Desaparecido el hombre, lo que cuenta para el lector es el poeta.

Prescindo, por tanto —en cuanto es posible, puesto que no puede comprenderse al poeta sin comprender al hombre—,



de lo que Vallejo pensase o hiciese. Me ciño a su obra que es lo que actúa sobre el lector.

En segundo lugar, no se puede hablar de catolicismo o

cristianismo, ni aun de religión, sistemática y totalmente expuestos por un poeta, y menos por un poeta de intemperie y alarido, más viviente que pensador. Pero si no es posible descubrir una doctrina orgánica, una religión, sí ciertamente salta a la vista una religiosidad, una vivencia religiosa, y esto es lo que recogemos. Sólo ocasionalmente se puede hallar en Vallejo, angulosa y precisa, la idea católica o siquiera cristiana, pero constantemente encontramos la reacción, el punto de vista o de llegada religioso; con esta nota, esos constantes relampagueos religiosos son, concretamente de hecho, cristianos. Lo afirmamos porque el mismo Vallejo da muchas veces a esas reacciones poéticas una motivación o un sabor explícitamente cristianos y porque, aunque no lo hiciese, habría que explicar, al menos determinadas vetas de su poesía, sencillamente por la formidable ósmosis cristiana, que informa luminosamente, quiéranlo o no, aun ciertas orientaciones de sus mismos adversarios, cuanto más de los que no son sino pobres hijos ensombrecidos.

En estas coordenadas, y sólo en ellas, puede situarse un análisis de la religiosidad vallejiana. Sería ingenuo hacer de él un poeta estrictamente, oficialmente, cristiano. Como es también gratuito querer incorporarlo a oscuros grupos. Está lejos Juan de la Cruz. Más lejos está Josué Carducci. Nos hallamos, y esto es todo, ante un poeta tenazmente religioso que, a sus contradicciones e imprecisiones como poeta, une las del hombre sin mayor formación, y que incluso llega a la irreverencia o la blasfemia en unos siete versos sueltos y en un breve poema íntegro.

La Vida

Destaquemos los elementos religiosos de la biografía temporal de Vallejo. El ambiente de su hogar, un hogar de doce hijos, es el rancio y cristiano ambiente patriarcal de las familias provincianas del Perú. "Hay soledad en el hogar,

se reza" (HN 74). [1] Nos habla de cuadros de santos en las paredes (HN 73), del rosario en familia por la tarde (HN 74). Pero no es sólo eso, que podría ser más o menos externo: *Los Heraldos Negros,* su primer libro de poemas y, lo mismo, aunque menos exteriormente, los otros tres publicados a lo largo de su vida, están saturados de motivos rituales y dogmáticos.

Cierto que es una moda de ese momento modernista la alusión religiosa y bíblica; pero no recuerdo, fuera quizá de Valencia, un poeta que la frecuente tanto en esos años, y este insistente retorno indica algo más que mera aquiescencia a una moda literaria. Nos habla frecuentemente de Dios, Jesús, comunión, Jordán, Olivos, Epifanía, Nochebuena, Viernes Santo, Hostia, Oración, incluso términos rituales, ascéticos o jerárquicos: clavos, cruces, bronces, leños cristianos, "día espléndido, solar, arzobispal" (PH 178); el verano "con gran rosario de amatistas y oro" es "un obispo triste que llegara de lejos a buscar y bendecir los rotos aros de unos muertos novios" (HN 35); y aquel gracioso apunte de la mujer que "agranda las pupilas como en las sanciones del confesionario" (PH 232).

Se le impone su herencia católica que, en uno de sus últimos poemas, después de todo su caminar por calles de París y campos de Rusia llega a esta alusión poética sugerida nada menos que por el Purgatorio:

Los cementerios fueron bombardeados
y los muertos inmortales,
de vigilantes huesos y hombro eterno...

. . . . . .

reanudaron entonces sus penas inconclusas,
acabaron de llorar, acabaron

(1) Hacemos las referencias a POESIAS COMPLETAS, recopilación y prólogo de César Miró. Losada, Bs. As. 1949.

Siglas: HN—*Los Heraldos Negros* (1918), T—*Trilce* (1922), PH—*Poemas Humanos* (1923-1938), E—*España, aparta de mí este cáliz* (1937-1938).

de esperar, acabaron de sufrir, acabaron de vivir,
acabaron, en fin, de ser mortales (E. 256).

Otro dato interesante. Vallejo es un espontáneo lector asiduo del Antiguo Testamento y el Evangelio. De ahí el hondo sabor bíblico, muy acorde con su carácter, que logran sus momentos más intensos en *Poemas Humanos* y en *España, aparta de mí este Cáliz,* precisamente los libros en que aparece menos la terminología externa religiosa. Este añejo y ardoroso regusto bíblico llega hasta su técnica: dísticos, paralelismos, letanías, contrabalanceos. Recuérdese *La Rueda del Hambriento, Altura y Palos, Traspiés entre dos estrellas, Redoble fúnebre a los escombros de Durango.* Y hasta los mismos títulos: *Epístola a los transeúntes, Sermón sobre la Muerte, Salutación angélica, Nómina de Huesos.* Escriturismo menos luminoso que el de Claudel; más próximo a Job, Ezequiel y Jeremías; más moderno que medieval.

Todo esto no denota, sin embargo, una gran formación religiosa, que se echará de menos en casi toda su obra. Esta falta de formación se traducirá en la falta de práctica religiosa en muchos aspectos, a pesar de su constante imprecisa vivencia interna. Su vida en Trujillo, Lima, París, Madrid, será una desgarrada bohemia, poco propicia para la coherencia de la obra con la idea. Aunque, desde luego, no es un disoluto y mantiene, excepto poquísimos versos, una dura nitidez en su obra, a bordo casi toda de lo sufriente y de lo combativo y , en su vida, cierta nobleza y altura. Baste el dato de su fidelidad hasta la muerte a Georgette, su compañera de hambre y de arte. Y he aquí unos versos emocionados en los que arde el vacío nostálgico de paz y orden en la vida, considerados como algo hermoso y difícil:

Pureza amada
... convite heroico de luceros.
Alejaos de mí, buenas maldades.
. . . . . .

Yo la recuerdo al veros, ¡oh mujeres!
pues de la vida en la perenne tarde,
nació muy poco, ¡pero mucho muere! (HN 39).

Respecto de su vida podrían darnos datos valiosos los amigos que lo acompañaron: Larrea, Huidobro, Gerardo Diego, Porras Barrenechea, Picasso, Bergamín, Alberti y, sobre todo, Georgette. Es de esperar una biografía suya antes que desaparezcan esas fuentes. En este sentido esperamos mucho del anunciado libro del francés Coyné.

De hecho se habla repetidamente de la caridad y humildad de Vallejo. ¿En qué sentido lo son su sencillez y su interés social? Creo que únicamente en esta tesitura gradual: estas dos actitudes, en la entrega, el extremo y la continuidad con que las vive Vallejo, son desconocidas fuera del cristianismo. De hecho podrían darse fuera de él, en un plano natural por supuesto, en un grado menor; pero si se llegan a dar de hecho, en determinado grado desinteresado y costoso, en hombres incluídos en un ambiente cristiano, sobre todo si han tenido su educación y desarrollo en esa religión, habrá que atribuirlas desde luego a filtraciones del Evangelio, que todo lo atrae hacia sí. Hay más; Vallejo se sitúa y sitúa esas actitudes suyas, formalmente, en algunas ocasiones, dentro del cristianismo. Encontramos una vez más un Vallejo religioso en muchos aspectos, y también explícitamente cristiano en muchos momentos de su obra. Sin embargo, todo eso no basta para hablar rigurosamente de virtudes cristianas, que suponen una entrega más compleja y absorbente a la sobrenaturaleza. Sí puede hablarse de actitudes de inspiración cristiana.

Georgette nos habla (*Caretas,* núm. 9, junio 1951. Lima) de su "piedad crística, no cristiana". ¿Qué quiere decir? ¿Una piedad que prescinde protestantemente del aspecto externo (Iglesia, sacramentos, jerarquía...) para quedarse, imposiblemente, con un cristianismo puramente interno,

con Cristo prescindiendo de lo cristiano?' Desde luego, más que a modernismo o a racionalismo religioso —Vallejo estaba lejos de esa problemática técnica—, habría que atribuirlo, como en Gabriela Mistral, a abulia respecto a lo religioso social, o quizás a confusión de lo externo temporal de la Iglesia (tal costumbre, tal hombre...) con lo externo perenne de la Iglesia (Sociedad, Sacramentos, sacerdocio...); confusión que le llevaría a prescindir de ambas cosas al querer prescindir de una.

A continuación nos dirá Georgette cómo, de hecho, Vallejo practicaba ascéticamente la justicia y el amor, no sólo en los grandes gestos que lo llevan a combatir, con toda su buena voluntad equivocada, en la ideología que él cree salvadora de los oprimidos, sino en la rueda cotidiana, y aun en un perfil tan avanzado y fino como es la prescindencia de sí mismo y la difícil ascesis de la lengua: "demasiado cargado de humanidad [...], de amor universal, en fin, en toda la acepción de la palabra, para dar libre curso a sus sentimientos íntimos[...]. A medida que avanzaba en la vida, pude comprobar, conforme crecía su obsesión de justicia social, cómo refrenaba sus sarcasmos que podían ser rotundos; cómo, detenido por un remordimiento fulgurante, acallaba su risa que yo había conocido azotando el aire como un latigazo. Cualquiera podía acercarse a Vallejo, a un Vallejo común, a quien decían "cholo" [término afectuoso y familiar, que puede usarse en sentido despectivo y que, objetivamente significa mestizo de sangre india y blanca] al primer apretón de manos, al primer vaso de cerveza tomado juntos".

Las últimas palabras apuntan otro fuerte rasgo de la cristianidad de Vallejo: la sencillez, la humildad, llamándola por su nombre cristiano cuando pasa al plano sobrenatural. César Vallejo no ha escrito vidas de santos como el recién fallecido Teixeira de Pascoais, pero nos resulta más profundamente cristiano. No hay en Vallejo esa ausencia de amor

y de humildad que nos produce una sensación tan vacía y acristiana en el vate portugués.

Y no se nos diga que ese amor es papanatismo humanitarista, como casi se ha insinuado. Vallejo estaba equipado precisamente en una ideología tan poco humanitarista y sensible como el comunismo —"Ande desnudo en pelo el millonario" (PH 193). Ni es tampoco, como veremos después, el interés masivo comunista; el comunista no se interesa por los mutilados y débiles, mal factor económico, ni por el individuo concreto. Ni se nos diga que esa humildad y sencillez, como parece indicar algún crítico, es apagamiento y renuncia india. Eso, o más bien un hermetismo y escepticismo hecho segunda naturaleza por siglos de coca y desilusión y horizontes infinitos de meseta, frío y silencio a tres mil metros, se dará en el inca del sureste peruano, pero no en las vérdes serranías norteñas, cüya rebeldía y alegría de vivir ha captado rudamente Ciro Alegría. Además de que Vallejo es mestizo, con toda la hirsutez arisca y violenta del mestizo que, bien logrado, hereda la audacia del blanco y el estoicismo del indio.

El motivo, más que de orden biológico, es espiritual. Quiera o no, consciente o inconscientemente, aflora en Vallejo la marea de veinte siglos de cristianismo. Sería infantil querer hallar perfección literalmente cristiana en ese hombre turbio y bueno, pero, en un sentido práctico y de hecho, sí podemos ver en sus virtudes naturales, heredadas o conquistadas, un reflejo sobrenatural qüe, en algunos versos, llega a hacerse buscado y consciente.

Otro dato cristiano en su raíz, aunque no siempre en su formulación refleja: la aceptación del dolor como clima de la vida.

Estas tres vivencias: amor —que lo hace ser uno de los más recios y alertas poetas sociales—, sencillez humilde —que lo hace cantar con rara delgadez la infancia y la debilidad humanas— y aceptación del dolor, son inimaginables

en un pagano o ateo; son religiosas, cristianas al menos en su inspiración, a despecho de los que quisieran, consecuentes con su ideología, inhumana a pesar de dirigirse a sólo el hombre amputado y vacío, un Vallejo materialista y ateo. Como son, caso análogo, Juan Ramón, Federico y Antonio, cristianos o, al menos, integralmente humanos, que ya es estar en camino de cristianismo, más cerca de nosotros que de la materia roja en que quedaron por casualidad trágicamente envueltos. Siendo inseparables español y católico, no está fuera de lugar una nota: la pasión española de Vallejo, que llega hasta poblar sus delirios últimos, sólo casualmente, geográficamente, por una relativa coincidencia de mentalidad social, se centra en la España roja; pero es evidente que su pasión va recta hacia la España auténtica y eterna.

El Dolor

Vallejo acepta el dolor como clima de la vida —y con esto entramos en el poeta sin salirnos del hombre—. Aceptar el dolor como el aire en que respira y de que se nutre y fabrica su eternidad la existencia humana, es en sí una actitud, al menos objetivamente religiosa. En Vallejo esta actitud no es propiamente cristiana porque, al menos reflejamente, no baja a los motivos profundos y reales que nos muestran el dolor como el camino trazado por la mano de Dios para la reconquista del Paraíso perdido; es cristiana en cuanto que provoca en él reacciones trascendentales hacia el más allá y lo urge al alivio del dolor ajeno por motivos, varias veces explicitados, aunque no siempre cristianos.

Ante todo, lo aceptase o no, el dolor fué derrochador con Vallejo. Vacío y desprecio en Lima, cuando irrumpe en el mundo crema del postmodernismo con la voz dislocada y sangrante de *Los Heraldos Negros*. Calumnia y cárcel en su pueblo natal, poco después de la muerte de su madre. Luego la ausencia, el peregrinaje y la extranjería hasta la muerte. El hambre en una ciudad cosmopolita. La visión de la

Rusia de 1929 y de la España roja de 1937. La enfermedad. La soledad. El apunte de Picasso hecho en junio del 38 nos ha dejado un rostro crispado como un puño.

Yo soy el coraquenque ciego
que mira por la lente de una llaga (HN 48).

Este hospital de nervios,
... el desfiladero de mis nervios (HN 53).

Madrugar, poeta nómada,
al crudísimo día de ser hombre (HN 59).

Fósforo y fósforo en la oscuridad,
lágrima y lágrima en la polvareda (T. 126).

Yo nací un día que Dios estuvo enfermo. (HN 77).

Que no hay nadie en mi tumba
y que me han confundido con mi llanto (PH 211).

Y la angustia y el hastío psicológicos:

Cesa el anhelo, rabo al aire. De súbito, la vida se amputa, en seco [...]. *En una sala del Louvre un niño llora de terror* [...]. *¿Qué ocurre aquí en este hijo de mujer?* [...]. *Cesa el anhelo a la altura de la mano enarbolada.* (PH 229).

Y la angustia metafísica:

Es para terminar,
mañana.
. . . . . .
en rostro geométrico, en difunto
. . . . . .
es para eso, qué morimos tanto?
Para sólo morir,
tenemos que morir a cada instante? (PH 173).

Esta es ya, al menos como duda, una reacción religiosa, trascendentalista. El estoico o el kantiano aceptarán en cierto modo, siquiera teóricamente, el dolor porque sí. Pero el cristiano, que vive en la religión más ensangrentada y exigente, vive, paradójicamente, en la religión más impetuosa y alegre, para la que todos los días son fiestas y el dolor tiene sólo valor de medio, instrumento de redención o expresión de amor.

aquello, para lo cual nací.

. . . . . .

por este indecible, endemoniado cielo,

. . . . . .

me esfuerzo, palpito, tengo frío (PH 191).

Antes de esta reacción trascendente, podríamos distinguir en Vallejo otros pasos previos que acaso se puedan considerar religiosos en el sentido que exponíamos más arriba. El primero es la aceptación tajante del dolor escueto, como biológica realidad imperiosa, total. Ante ese hecho elemental del dolor, de la miseria y el hambre, carecen de sentido las flores de la vida y las construcciones artificiales o sublimes, "el Yo profundo, el arte, Sócrates, la Academia..." (PH 197).

Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre, ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente [...]. *Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente* (PH 235).

Aceptación del dolor como dato ineludible, insobornable. Dando un paso más, se tranforma en verdadera vocación de dolor que le hace sentirse incómodo en la dicha y amar la crispatura y la intemperie.

Pero antes que se acabe
toda esta dicha, piérdela atacándola,
tómale la medida por si rebasa tu ademán; rebásala
. . . . . .
que la dicha es un hecho profundo cuando acaba,
pero al llegar asume
un caótico aroma de asta muerta (PH 163).

Esta aceptación plena del dolor, absolutamente ajena al ateo y aun al pagano; hecho, en cierto sentido, religioso, oscuramente sacrifical, cristiano en última instancia, se refugia a veces como tantos momentos de la poesía vallejiana, en una ironía benigna y absurda de contornos surrealistas y originalísimo uso del lenguaje:

Loco de mí, lobo de mí, cordero
de mí, sensato, caballísimo de mí (PH 173).

El dolor nos agarra, hermanos hombres,
por detrás, de perfil,
y nos aloca en los cinemas,
nos clava en los gramófonos.
Y es muy grave sufrir, puede uno orar...
. . . . . .
Y también de resultas
del sufrimiento, estoy triste
hasta la cabeza, y más triste hasta el tobillo
de ver el pan, crucificado, al nabo
ensangrentado,
llorando, a la cebolla,
al cereal, en general, harina,
a la sal, hecha polvo, al gua, huyendo
. . . . . .
Señor Ministro de Salud, ¿qué hacer?
Ah, desgraciadamente, hombres hermanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer (PH 171).

Sólo un detalle estilístico que hace al caso. Nótese la eficacia de expresión de ese "triste hasta el tobillo", que delata el refinamiento logrado por Vallejo en la degustación y, por tanto, en la vivencia del dolor. Efectivamente, la palabra "tobillo", con su misma fonía agria y dolorida a pesar del final diminutivo, y su "gestalt" secular de cadenas, prisiones y galeras, evoca todo un mundo de encrucijada y cuesta.

Ah, desgraciadamente, hombres hermanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer.

¡Muchísimo que hacer! Esta es, junto al trascendentalismo para el deseo y la mente, la actitud señalada a sus manos ante el dolor: luchar por aliviar la vida de los hombres, luchar íntegramente, violentamente, a la altura de la injusticia y del hambre. "No volveré al Perú —le dice en París a César Miró en 1930— hasta que no quede piedra sobre piedra."

Ah, querer, éste, el mío, éste, el mundial,
interhumano, parroquial, proyecto!

Prescindo de su vida en este aspecto, recta en su intención, noble y tristemente equivocada en su realización. Me fijo sólo en su poesía.

El Hombre

Tratar de la poesía social de Vallejo nos alejaría del tema. Anotaré solamente lo que hay de dirección religiosa en su actitud social.

Toda la obra vallejiana está transida de cordialidad e interés humano hasta su último delirio en la clínica, sacudido no precisamente por el recuerdo de su familia, sus amigos o su Santiago natal, sino por la España ensangrentada que acababa de vivir.

Ya en sus primeros versos, junto a alguno de egoísmo más o menos retórico (HN 24), piensa en un teatro:

Cederte mi lugar!
Yo no debo estar tan bien (HN 33).

El interés de Vallejo por el hombre, como apuntábamos más arriba, de ningún modo es marxista. El marxista no se interesa por el hombre sino por el trabajador. Para su concepción, exclusivamente materialista y económica, no cuenta la hora de amor o de oración, la hora de "sentimiento oceánico" —como dice el Rubachof de *El Cero y el Infinito* y el mismo Vallejo en uno de sus poemas—, la hora, en fin, de vida humana, sino sólo y exclusivamente la hora de trabajo.

Vallejo, más allá del paganismo y del marxismo, ama al hombre por su pequeñez y su hambre, porque "es triste y tose", por "su fórmula famélica de masa", porque está "sujeto a tenderse como objeto", por "su desesperación", "porque nació muy pequeñito". Recuérdese la dulcemente irónica y conmovedora letanía de *Traspiés entre dos estrellas.* (PH 185).

He aquí unos versos explicables sólo en labios cristianos o cristianizados:

Amado sea el niño, que cae y aun llora
y el hombre que ha caído y ya no llora. (PH 185).

Y aquellos de nombre evangélico, *El Pan Nuestro*:

Todos mis huesos son ajenos.
Yo tal vez los robé!
Yo vine a darme lo que acaso estuvo
asignado para otro;
y pienso que, si no hubiera nacido,
otro pobre tomara este café!
Yo soy un mal ladrón... A dónde iré!

Y en esta hora fría, en que la tierra
trasciende a polvo humano y es tan triste,
quisiera yo tocar todas las puertas,
y suplicar, a no sé quién, perdón,
y hacerles pedacitos de pan fresco
aquí, en el horno de mi corazón...! (HN 57).

No es filantropismo de baile de beneficencia ni erotismo barato esta infinita ternura violenta. Vallejo ha sufrido el egoísmo del hombre y conoce su pequeñez. La mujer es "hierro terroso" que embellece la ilusión en sus fraguas. (HN 63), y llega a describir sarcásticamente así al hombre, animal en el fondo:

No quiere estar en su alma
acostado, en la sien latidos de asta,
el bimano, el muy bruto, el muy filósofo. (PH 156).

Los ama en cuanto seres necesitados de amor, por su misma pequeñez. Este éxtasis humano pulveriza todas las torres de marfil, tan frecuentes por cierto en aquellos años de kermesse entrebélica y prosperidad económica.

Y olvido por mis lágrimas mis ojos (PH 163).

¿Qué hay de religioso en todo este altruísmo total? A pesar de que pocas veces aparece formulado el motivo técnico, llamémosle así, que eleva a caridad la filantropía: la paternidad común de Dios —*oh "nuestros" divinos* (T 140)— y su mandato de amor mutuo, podemos, en gran parte, hablar de cristianismo porque en el fondo de su violencia social hay un invencible evangélico:

Desgracia al que edifica con tesoros su lecho de
[muerte!
. . . . . .
Un sillón al que siembra en el cielo.

Y, todo lo desorbitadamente que queramos, pero con un íntimo impulso religioso:

Se quisiera.
. . . . . .
saquear a los ricos sus viñedos
con las dos manos santas
que a un golpe de luz
volaron desclavadas de la cruz! (HN 157).

Su palabra llega a adquirir a veces inconscientes resonancias lejanas de comunión cristiana y cuerpo místico:

... ¡qué hacer!
Y qué dejar de hacer, que es lo peor!
Sino vivir, sino llegar
a ser lo que es uno entre millones
de panes, entre miles de vinos, entre cientos de bocas,
entre el sol y su rayo que es de luna
y entre la misa, el pan, el vino y mi alma (PH 168).
Ah "míos" australes. Oh "nuestros" divinos (T 140).

No, el ímpetu social de Vallejo no es marxista; es humano; es, casi siempre en su inspiración y muchas veces positivamente, cristiano.

La Muerte

Vallejo, a través del hombre, termina en Dios. Pero antes está el puerto de la muerte proyectado hacia alta sombra.

César Vallejo, poeta de muerte, tiene momentos, esos momentos desconcertantemente contradictorios de todo poeta, en que la teme:

Se atulmuta la sangre en el termómetro. No es grato morir,
Señor, si en la vida nada se deja y si en la muerte nada
es posible... (PH 235).
Que la muerte es un ser sido a la fuerza (E 262).

Sin embargo predomina la aceptación, y aún la vocación de muerte. Este sentimiento, y el de temor, se fusionan en *Imagen española de la Muerte*:

Llamadla! ¡daos prisa! Va buscándome,
con su cognac, su pómulo moral,
sus pasos de acordeón, su palabrota.
¡Llamadla! No hay que perderla el hilo en que la
[lloro.
De su olor para arriba, ¡ay de mi polvo, camarada!
De su pus para arriba, ¡ay de mi férula, teniente!
De su imán para abajo, ¡ay de mi tumba! (E 262).

La aceptación escueta destaca en innumerables momentos que llegan a crear un verdadero clima de muerte: el camino alargado es un ataúd (HN 69) y toda la tierra un inmenso féretro cuyo borde está en la sombra del horizonte (HN 38).

La vocación positiva de muerte:

Hoy me palpo el mentón en retirada
y en estos momentáneos pantalones, yo me digo:
tanta vida y jamás!
me gusta la vida enormemente
pero, desde luego,
con mi muerte querida... (PH 166).

No poseo para expresar mi vida, sino mi muerte.
(PH 232).

Y, efectivamente, expresa la vida de los mineros desde un punto de vista originalísimo, como si toda la vida estuviese centrada en la catástrofe final:

Los mineros salieron de la mina
remontando sus ruinas venideras (PH 162).

Muertos [...] *os digo, pues, que la vida está en el espejo y que vosotros sois el original, la muerte.* (T 141).

Presencia de cordillera, ineludible, inexpugnable, la muerte, frente a la cual no puede nada el amor más íntimo:

¿Es su madre? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle?
¿Es su amada? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle?
¿Es su hermana? ¿Y cómo, pues, no puede sanarle?
(PH 241).

Ni siquiera la apoteosis del amor multitudinario:

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: ¡Tanto amor, y no poder nada contra la
[muerte! (H 269).

Presencia de la muerte contra la cual sólo puede algo el amor ecuménico, es decir, un amor con raíz religiosa, la única que puede disolver los tabiques y muros de los pequeños hombres:

Entonces todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vió el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazó al primer hombre; echóse a andar (íd)

Acumulo las citas porque la muerte, ella de por sí, es un hecho religioso para el que cree en el más allá; el máximo momento religioso de la vida puesto que es el primer cara a cara con Dios.

Pero apuremos la voz expresamente religiosa de la muerte en la poesía vallejiana. Chocamos de pronto con algo desconcertante: la falta de trascendentalismo que hay en su encuentro habitual con la muerte. Son contadas las ocasiones en que supera, al menos explícitamente, el hecho biológico y concreto de la muerte, trascendiéndolo.

Véanse como raros ejemplos HN 27, T 133, y aquella conmovedora visión de la vida de su padre en el más allá, maravilloso apunte humano del cielo:

Día eterno es éste, día ingenuo, infante,
coral, oracional;
se corona el tiempo de palomas,
y el futuro se puebla
de caravanas de inmortales rosas.
Padre, aun sigue todo despertando;
es enero que canta, es tu amor
que resonando va en la Eternidad.
Aun reirás de tus pequeñuelos,
y habrá bulla triunfal en los Vacíos (HN 76).

El momento de más vibrante trascendentalismo, que se produce en su obra al cantar a los caídos de la guerra civil española, en un trascendentalismo de signo materialista, análogo, meramente hacia el tiempo siguiente, aunque su vigoroso sabor bíblico y sus promesas de corte religioso dan un aire de absoluto a esta página y nos hacen sospechar —lo mismo que su respetuoso recuerdo, desde el campo rojo, a los sacerdotes muertos en oración "con la altura tenaz de sus rodillas"— que Vallejo presintió oscuramente la cruzada como algo religioso y no mera guerra civil:

Constructores
agrícolas, civiles y guerreros
de la activa, omnipotente eternidad: estaba escrito
que vosotros haríais la luz entornando
con la muerte vuestros ojos;
que a la caída cruel de vuestras bocas,
vendrá en siete bandejas la abundancia, todo
en el mundo será de oro súbito
y el oro,
fabulosos mendigos de vuestra propia secreción de
[sangre,
y el oro mismo será entonces de oro!.
Se amarán todos los hombres

y comerán tomados de las puntas de vuestros pañue-
[los tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!
. . . . . .
Entrelazándose hablarán los mudos, los tullidos an-
[darán!
Verán, ya de regreso, los ciegos
y palpitando escucharán los sordos!
Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios!
Serán dados los besos que no pudisteis dar!
Sólo la muerte morirá! (E 251).

Pero fuera de semejantes momentos excepcionales, como ha notado muy bien Valverde (*Estudios sobre la palabra poética.* Biblioteca del Pensamiento Actual. Rialp, Madrid 1952), atinando en el hecho aunque quizá no en su explicación, cuando Vallejo se acerca a cantar a la muerte, no da explícitamente el salto trascendental; se queda, con todas las velas desplegadas, anclado allí.

Este presentismo total, tan poco religioso a primera vista, esta ausencia de pretérito y futuro, se extiende a todos sus temas. Como si la justicia hubiese totalmente absorbido a la esperanza. Llega a usar el pasado y el futuro como presente, llega a confundirlos ("el traje que vestí mañana" T87); se admira de que no le respondan los que están muertos ("Ha de velar papá rezando... Llamo de nuevo, y nada... Todos están durmiendo para siempre". T 163); promete locamente, preso en la cárcel, portarse bien en su infancia ("Ya no reiré cuando mi madre rece en la infancia y en domingo... En el redil de niños ya no le asestaré puñetazos a ninguno de ellos". T127); oye callar en el teléfono al amigo muerto, a quien situaba unos momentos antes "en el plano implacable donde moran lineales los siempres, lineales los jamases" (PH 175). Parece que lo interesante

para él es el hecho en sí de estar muerto, prescindiendo de ultratumba:

Pero el cadáver, ¡ay! siguió muriendo. (E 269).

Recuerda los asesinatos en zona roja y no condena ni alaba; es la muerte, y basta.

Más aún, tiene absurdos momentos de un escatalogismo inverso, de humanización y planetarización de lo divino: la trinidad familiar, "yo tengo mucho gusto de ver así al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo" (PH 232).

Este es mi brazo
que por su cuenta rehusó ser ala;
estas son mis sagradas escrituras (PH 155).
Extremeño, dejásteme
verte desde este lobo padecer,
pelear por todos y pelear
. . . . . .
para que todo el mundo sea un hombre y para
que hasta los animales sean hombres
. . . . . .
y el mismo cielo todo un hombrecito (E 255).

Son duros e inadmisibles todos estos versos de un seudohumanismo exasperado, que encuentra quizá su razón de ser en una reacción momentánea frente a su amargura y su hambre y, sobre todo, frente a su habitual complejo kierkegaardiano de culpa —¿oscuro flagelo de su ascendencia?— que lo sacude desde las raíces ya en su primer verso. Son rarísimos en su obra estos antropocentrismos extremos, negaciones positivas —es más fácil encontrar la ausencia negativa de trascendencia— y se diluyen frente a otras muchas citas que pudieran hacerse y haremos en parte; pero su escasez no los salva en sí mismos aunque los sitúa en su verdadera categoría de rasgo poco acusado en el perfil vallejia-

no. El lector que busque pistas de arranque para su sentimiento religioso, tendrá que ir a otras páginas.

Dejando estos extremos, que no afectan precisamente al tema de la muerte, volvamo al hecho medio de su presentismo. Este presentismo, sobre todo en la muerte, es para mí el momento menos religioso de Vallejo. Más aún, si no irreligioso, ciertamente arreligioso. Nunca es tan marxista Vallejo como al tratar la muerte, detenido en su mensurabilidad y su óxido. Sus escasos versos irreverentes o blasfemos —no llegan a diez entre miles de versos y casi todos son de su libro juvenil, el más abundante precisamente en terminología sagrada y que ofrece, por tanto, más ocasión de imprecisión y torpeza—, y aun la única poesía totalmente blasfema, escrita en sus primeros años, tienen, no defensa, pero sí alguna explicación no por ateísmo ni antiateísmo, inimaginables para el que conozca un poco a Vallejo, sino por su endeble formación religiosa, y, por su unamunesca contextura apasionada y, precisamente, religiosa. Pero desde el punto de vista trascendental, no tiene justificación ni explicación su actitud habitual ante la muerte. Vallejo llegará a Dios, pero no a través de la muerte, como tantos poetas, sino a través de la vida.

Y, sin embargo, consultando otras páginas suyas, es claro, unas veces como duda, otras como afirmación, su afán de ulterioridad y trascendencia:

Si después de tantas palabras
no sobreviene la palabra!
. . . . . .
Haber nacido para vivir de nuestra muerte!
Y si después de tanta historia sucumbimos
no ya de eternidad
sino de estas cosas sencillas... (PH 216).
Para sólo morir

tenemos que morir a cada instante?
Aquello para lo cual nací...
. . . . . .

por este indecible, endemoniado cielo,
mi maquinaria da silbidos técnicos,
paso la tarde en la mañana triste
y me esfuerzo, palpito, tengo frío (PH 191).
Jumento que te paras en dos para abrazarme,
duda de tu excremento unos segundos,
observa cómo el aire empieza a ser el cielo levan-
[tándose,
hombrecillo,
hombrezuelo (PH 180).

¿Cómo explicar, entonces, esa contradicción que hace de un poeta positivamente religioso e incluso positivamente escatológico —en el sentido religioso del término—, a juzgar por algunos de sus versos, un presentista aparentemente sin esperanza? Ante todo, como punto de vista, notemos que Vallejo es poeta puro, sin mezcla de teólogo ni de filósofo reflejo, aunque objetivamente lo sea, y no es posible pedirle tesis exhaustivas. Es fundamentalmente dolor y violencia, poesía dramática y trágica, no de evasión o de serenidad propicia para las construcciones lógicas acabadas. "Cuatro conciencias simultáneas enrédanse en la mía" (PH 190).

Pero no es esto solución plena. Creo que, ulteriormente, hay que recurrir a un sondeo del alma americana, que aquí ha de ser necesariamente intuitivo y breve. La idea organizada, clara y distinta, tiene su patria en Europa, por obra, en concreto, de un hispanojudío y un francés que sistematizan la tendencia. Pero el hispanoamericano, más cerca en esto del asiático, tiene poca confianza en los silogismos escuetos. Siente hacia ellos un escepticismo comparable a la confianza que le inspiran las intuiciones o los hechos. Ciertamente hay en el sudamericano, todo lo asimilada que se

quiera, una dosis inmensa de Europa, de España en concreto y, en menor grado, de Francia. Pero la cercanía de Estados Unidos y, sobre todo, la realidad inaplazable de una atroz geografía por domar y todo un mundo por construir, que le hace sentirse padre de su país mientras el europeo generalmente se siente hijo del suyo, le dan una orientación marcada hacia lo señalable y concreto.

El Conde de Keyserling ha llegado a hablar de una "cultura estética" que aportaría Sudamérica, diversa de la teológica de España y de la filosófica de Francia, aunque radicalmente influída por ellas en su punto de partida, en contraste con EE. UU. Es discutible, pero señala algo que existe de hecho, entendiendo estrictamente la palabra "estética": una tendencia, más romana que helénica, hacia lo concreto y directo; hacia lo prudencial más que hacia lo abstracto; lo cual no quiere significar más coincidencia con el pragmatismo norteño que la de objeto material, pues su intencionalidad es completamente diversa. [2]

En resumen —dejando por un momento el tema religioso y la muerte y fijándome en lo característico noético que, desde luego, conforma y matiza las concepciones de esos temas—, para el europeo el hecho señalable y concreto ha de tener siempre valor de mera premisa, camino de un consecuente. (¿No arrancará de excesos por este maravilloso y humanísimo polo esa fatiga mental del occidente europeo —salvas limitadas zonas de mayor reciedumbre y dogmatismo— que, después de hacerle dudar de la razón, la lanza ulteriormente hacia concepciones filosóficas voluntarísticas

(2) Las diferencias entre Europa y Asia son ciertamente definitivas. En el paralelo América-Europa quizá no se trate más que de dos momentos evolutivos, juvenil-adulto y adulto senil, de la actitud cognoscitiva. Las colectividades realizan en algún modo el viaje de la vida individual. El joven tiene tanta imaginación como poco sentido del humor; por eso sufre tanto. Para él, que se vuelca en todo el objeto con todo el hombre, todo es más de lo que parece y puede detenerse en el presente. Al adulto, que tiene más sentido del humor y menos imaginación, todo le parece menos de lo que es; y piensa en el mañana y busca términos ulteriores y resultados lógicos; por eso, goza tan poco.

y casi somáticas?) El conocer sudamericano aun se detiene en el hecho en sí, como ante algo de suficiente volumen para ocupar la intención él solo. No hay en los Andes montañas de bolsillo de sabio, normalmente destinadas para sostener un observatorio o un albergue de esquiadores; son montañas y nada más que montañas, autónomas, ancladas en sí mismas.

No quiero con todo esto decir que la cultura hispanoamericana (incluyendo en este concepto lo brasileño) sea, como la estadounidense o la japonesa, aintelectual (quizá sí "aintelectualista"), pero sí que su conocer más original coincide más con Hegel que con Kant, es más platónico, agustiniano y pascaliano que aristotélico y cartesiano, más complexivo subjetiva y objetivamente y más cordial que analítico y lógico.

Vallejo se enfrenta con el hecho rotundo y presente, distraído de su sombra y sus reflejos. La existencia le ocupa casi todo el plano, y la esencia total de la muerte es contemplada sólo simultáneamente y de hecho, y pocas veces abstraída.

En el presentismo de Vallejo influye además, creo yo, su paisaje andino natal. Cuando las cosas son excesivas, pierden su categoría de signos y fácilmente se convierten en realidades terminales. El océano nos hace pensar en el infinito porque vemos sólo un retazo suyo, lo suficientemente pequeño para conservar sin esfuerzo su rango de punto de partida, de símbolo. La terroríficamente compacta soledad andina y su prehistórica arquitectura planetaria, si no está uno muy sobre sí, no hacen pensar en lo eterno, se imponen ellas como la eternidad misma hecha piedra y silencio. O, más bien, elevan tan repentina, directa y totalmente a Dios, que uno no cae en la cuenta de tal elevación y se olvida de sí mismo y del más allá, sumergido, absorbido por la sobrehumana geometría de las formas presentes.

La punta del hombre,
el ludibrio pequeño de encogerse

tras de fumar su universal ceniza (PH 165).

Cielos de puna descorazonada
por gran amor, los cielos de platino, torvos
de imposible.
Rumia la majada y se subraya
de un relincho andino.

Ante ese ruido que rasga la puna o meseta de los Andes:

Me acuerdo de mí mismo. Pero bastan
las astas del viento, los timones quietos hasta
hacerse uno... (T 132).

Es la vida, no más, sólo la vida.
Sólo la vida; así: cosa bravísima (PH 190).
Completamente. Además, ¡vida!
Completamente. Además, ¡muerte!
Completamente. Además, ¡todo!
Completamente. Además, ¡nada!
Completamente. Además ¡Dios!
Completamente. Además, ¡nadie! (PH 201).

Sentido instantáneo de la eternidad (PH 228).
sentimiento oceánico de todo (PH 187).

Todo esto son explicaciones. Pero la explicación, que no es justificación, creo yo que hay que buscarla, como anotaba al principio, sobre todo en su marxismo que, vivido siempre de un modo personalísimo, sólo asoma consecuente y nítido en el caso de la muerte tal como suele tratarla el poeta, fuera de ocasionales apariciones de perspectivas explícitamente trascendentales. Toda la anterior disgresión, que nos ha llevado un poco lejos, trata de explicar el nudo difícil e inexplicable con que se tropieza al estudiar la cosmovisión religiosa de este poeta religioso: su falta de religiosidad en uno de los máximos momentos religiosos.

Y desembocamos en el primordial y definitivo objeto religioso, Dios, punto de partida y término de todas las relaciones trascendentales del hombre. Este hombre, cuya última enfermedad se agrava en una guerra religiosa y que muere, como el buen ladrón, un Viernes Santo, siente a Dios desde su primer verso:

Hay golpes en la vida tan fuertes, yo no sé...
golpes como del odio de Dios.

Dios está en su entraña desde este sentirse abandonado de Dios en la tierra desierta, sin caminos y sin agua, "adonde yo nunca dije que me trajeran" (HN 62), hasta aquel místico "siento a Dios que camina tan en mí con la tarde y con el mar" (HN 70).

Toda su poesía, más cerca del *Cántico Espiritual* de Juan de la Cruz que del *Mastín del Cielo* de Thompson, es nostalgia de Dios, búsqueda de Dios, hacia el cual la vida es sólo un "barranco interino".

Hemos a peso bruto caminado y, de un solo
desafío
blanqueó nuestra pureza de animales.
Y preguntamos por el eterno amor,
por el encuentro absoluto (T 136).

Por momentos, en un alma de endeble brújula religiosa y abandonada a sí misma, la búsqueda se hace duda, "cuando el espíritu que anima al cuerpo apenas, va sin coca y no atina a cabestrar su bruto hacia los Andes Occidentales de la eternidad" (HN 72). Pero retorna y aflora siempre lo cristiano profundo, "rotación de tardes modernas y finas madrugadas arqueológicas". Llega inclúso hasta la afirmación de fe cristiana:

En el árbol cristiano yo colgué mi nidal (HN 66).

Quiere buscar a Dios, aun viviendo toda la angustia de ese agustiniano buscar para encontrar, encontrar para buscar:

> *¿Cuánto tiempo ha durado la anestesia que llaman los hombres? Ciencia de Dios, Teodicea! si se me echa a vivir en tales condiciones, anestesiado totalmente, volteada mi sensibilidad para adentro! Ah, doctores de las salas! Pido se me deje con mi tumor de conciencia...* (PH 241).

Del marxismo puro toma la violencia a que a veces llega su inquietud social y, de hecho en casi toda su obra, el presentismo en la muerte; pero, más lógico que los comunistas lógicos, no renuncia a Dios, puesto que el comunismo, como todos los errores modernos, no es más que, en frase de Chesterton, una idea cristiana que ha perdido la cabeza. Y así, pone a sus héroes marxistas a los pies de Dios:

> *Los mendigos pelean por España.*
> . . . . . .
> *Los pordioseros luchan suplicando infernalmente*
> *a Dios por Santander* (E 260).
> *Han rezado a Dios,*
> *aquí!* (E 265).

La búsqueda, su vacío de Dios, que tiene raíces españolas y quechuas, dos razas religiosas, no va directamente a Dios, como en los místicos castellanos; tampoco va, como nota Eielson (*La Poesía Contemporánea del Perú*, Cultura Antártica, Lima 1946), a través de la propia soledad cartesiana, al modo de Rimbaud o Rilke. Va hacia Dios a través del dolor y del pueblo. Del dogma católico vive sobre todo, en cierto sentido y empíricamente, la comunión de los santos y el cuerpo místico, sin fronteras:

¡Oh unidad excelsa! ¡Oh lo que es uno para todos!
Amor contra el espacio y contra el tiempo.
Un latido único del corazón,
un sólo ritmo, Dios (H.N 58).

Pero no cae en el panteísmo. No hay en él fracaso alguno de la analogía, el pecado más fácil de los poetas puesto que la metáfora y el símbolo es un perenne afán de síntesis basado en la unidad de origen e imitabilidad, que puede acabar por llevar a playas de Parménides. El Dios de Vallejo, cristiano al fin y al cabo, es personal. Es también providente: "así es la vida delante de la sien legislativa" (PH 222).

Providencialismo que, a veces, baja a fatalismo inca o hispanoárabe.

...Yo me busco
en mi propio designio que debió ser obra
mía, en vano: nada alcanzó a ser libre.
Y sin embargo, quién me empuja (T 126).

¿Quién? La idea de un Dios personal resuelve la duda en providencialismo aun en el aparente azar:

El suertero que grita "la de a mil"
contiene no sé qué fondo de Dios.
. . . . . .
¡por qué se habrá vestido de suertero
la voluntad de Dios! (HN 57).

Dios, para Vallejo, no es el Lejano, el Silencioso. Está cerca, presente, sentimiento de la presencia de Dios, exquisito hallazgo religioso:

La primavera vuelve, vuelve y se irá. Y Dios,
curvado en tiempo, se repite, y pasa, pasa

a cuestas con la espina dorsal del universo (HN 68).
Siento a Dios que camina
tan en mí con la tarde y con el mar.
Con él nos vamos juntos. Anochece.
Con él anochecemos. Orfandad.
Pero yo siento a Dios (HN 70).

Cree incluso en el misterio de la Eucaristía, donde "existe Dios en la Hostia ciega e impalpable" (HN 63), y este Dios es para Vallejo, supremo rasgo cristiano, ioanneo, amor:

Dios mío, eres piadoso.
Esperanza plañe entre algodones.
Cristiano, espero, espero siempre
. . . . . .
Y Dios, sobresaltado, nos oprime
el pulso, grave, mudo,
y como padre a su pequeña,
apenas,
pero apenas, entreabre los sangrientos algodones
y entre sus dedos toma a la esperanza (T 106).
Hay un cariño que no nace nunca,
que nunca muere,
vuela otro gran pañuelo apocalíptico,
la mano azul, inédita, de Dios! (HN 36).

Llega con Dios a la ternura "porque ama tanto, porque jamás sonríe, porque siempre debe dolerle mucho el corazón" (HN 70).

Y en el *Redoble Fúnebre a los Escombros de Durango* llega a latir jadeante, quemada de lágrimas, un ansia infinita de resurrección y unión eterna con ese Dios con quien habló tantas veces desde su desesperación o su risa entre lágrimas:

Padre polvo, que subes de España,
Dios te salve, libere y corone,
padre polvo que asciendes del alma.
. . . . . .
Padre polvo que vas al futuro,
Dios te salve, te guíe y te dé alas,
padre polvo que vas al futuro (E 269).

* * *

Tal es, someramente contemplada, la obra. Obra profunda y obsesionadamente religiosa, es decir, ligada a Dios, a quien encuentra a través del dolor y, sobre todo, del amor y la justicia, mientras que, paradójicamente, a través de la muerte sólo se encuentra consigo mismo y con las cosas inmóviles. Obra cristiana y aun católica en su deseo y en incidentales explicitaciones, pero en medio de lamentables, y a veces graves, imprecisiones de términos y aun de ideas, que encuentran explicación, pero no justificación, su frágil formación religiosa y en su aventura vital.

El destino del hombre, ¿cuál habrá sido? Su vida es tan desorientadora y repentina como su obra. Inspiran, sin embargo, cierta terca tranquilidad ciega sus últimas palabras, hermoso acto de confianza entre el delirio de su agonía en la clínica Aragó:

Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte tengo un defensor: Dios.

José María de Romaña García

Granada, marzo 1953.

NOTAS

Los estudios geográficos en América

DEL 8 al 15 de agosto de 1952 tuvieron lugar en Washington las sesiones correspondientes al XVII Congreso Internacional de Geografía. El haberse celebrado en U. S. A. le ha conferido unas determinadas características.

Si algún comentarista ha resaltado que el XVII Congreso ha mostrado como nota propia la de realizarse a escala americana, tanto por el número de inscripciones como por el número de participantes en las sesiones, realmente las comunicaciones leídas y presentadas en el Congreso no han excedido a las del anterior, celebrado en Lisboa en 1949.

Si comparamos este Congreso con el de Lisboa, y con el octavo, reunido también en U. S. A. en 1904, podríamos apreciar una evolución de los estudios geográficos muy interesante. Pero, ante todo, hemos de destacar el papel que América ha desempeñado en él.

U. S. A. presentó el 25'6 por ciento de las comunicaciones, Canadá el 3'4 por cien, e Hispanoamérica el 3'6 por cien. Ello nos indica que, a pesar de celebrarse en el Nuevo Continente, los líde-

res del movimiento geográfico actual siguen siendo los países europeos. En efecto, la participación de Hispanoamérica ha sido muy exigua. La de España también, aunque esto sea más explicable por las dificultades del traslado, ya que en el anterior Congreso de Lisboa, España contó con una importante representación de geógrafos. La de Norteamérica, importante, se explica por la sede del Congreso.

* * *

Vemos, pues, que los estudios geográficos en América son impulsados ante todo por U. S. A., por Canadá y Brasil, nación esta última donde se ha de reunir el próximo Congreso Internacional de 1956, en Río de Janeiro. De las demás repúblicas hispanoamericanas, ausencia casi total. Y eso que la Sociedad Mejicana de Geografía es ya una entidad centenaria y en otros países las investigaciones geográficas gozan de una tradición que se remonta a los tiempos de Humboldt, y que, como en Venezuela, son famosos los estudios de Codazzi.

Ya en Lisboa se esbozaba esta situación. Las cuestiones presentadas por los canadienses se ocupaban ante todo del poblamiento de su país, las de Brasil —escasas comunicaciones— trataban de la pesca y de los efectos de la erosión en este medio tropical de un país nuevo.

Pero al perfilar con estas breves palabras el estado de los estudios geográficos en Hispanoamérica hemos de tener en cuenta que, en puridad, las comunicaciones presentadas al Congreso de Washington no son totalmente un fiel reflejo de la preocupación por los temas geográficos en Hispanoamérica. Incluso, a través de las sesiones del mismo, advertimos la presencia de estos países en el quehacer científico internacional. En el transcurso de fechas recientes destaca el interés que el estudio de los suelos y la erosión ha adquirido en la república mejicana. Además, la labor de los Institutos argentinos, y el hecho de que un venezolano haya participado en las tareas de la Comisión para el estudio de la planificación regional. Todo ello nos permite entrever que la sucesión de dos Congresos internacionales de Geografía en la tierra

americana —el actual de Washington y el futuro de Río— ha de estimular los esfuerzos de los geógrafos hispanoamericanos hacia una labor de cooperación más eficaz en el campo de las investigaciones geográficas. Porque, si en líneas generales, puede afirmarse que la ciencia geográfica hispanoamericana se halla en mantillas por falta de tradición, los intentos aislados de poner los estudios geográficos en estos países a la altura de las circunstancias, son muy valiosos.

* * *

Dentro de estas sugerencias cabe añadir ahora una consideración de tipo general para el porvenir de la geografía en Hispanoamérica.

El ejemplo de U. S. A., donde la geomorfología es asunto de competencia de los geólogos y donde se siente en estos momentos la impresión de haberse redescubierto la geopolítica, puede ser nocivo para el futuro. Es de esperar que los estudios de geografía humana y económica que tanto desarrollo han tomado en U. S. A. no pierdan contenido geográfico en aras de una nueva especie de geopolítica. La geografía aplicada que también U. S. A. ha desarrollado, como lo prueba la planificación de la Tennesse Walley Authority, ha de considerarse como un espejuelo un tanto engañoso de lo que verdaderamente es la geografía.

Estos peligros nos resultan tanto más de actualidad, cuanto que, según los resultados del Congreso de Washington, hoy no atraen tanto los estudios de enseñanza y metodología de la Geografía.

No es este el caso del Brasil. Pero, en el resto de los países hispanoamericanos, sin un núcleo coordinado de geógrafos con tradición, el tema debe ser objeto de estudio.

De sobra sabemos, por las publicaciones que nos llegan de Hispanoamérica, que existe la preocupación de hacer geografía "pura". Pero si hacemos hincapié en este hecho es porque actualmente cada grupo nacional de geógrafos puede considerarse como una escuela. Hoy pesan en los estudios geográficos la escuela alemana, la francesa, la inglesa, la norteamericana... Todas ellas

muestran una tendencia determinada. Por ello, los países que persiguen actualizarse en la investigación moderna de los temas geográficos han de seleccionar sus modelos, con acierto, escogiendo de cada una de estas orientaciones de la geografía actual el espíritu esencialmente geográfico que ha llevado los estudios de tales escuelas a un alto grado de madurez.

Se nos ocurre todo esto porque el geógrafo no puede desconocer el peligro de una excesiva especialización que le privaría de su modo esencial de considerar los hechos del paisaje en conjunto. Hoy, en el Congreso de Washington se ha notado un particular interés por los temas —son palabras de los comentaristas de "The Geographical Journal"— de recursos económicos, de agricultura, de industria, de puertos industriales, de la planificación regional y en particular del "Symposium on world food supply". Han excitado la curiosidad temas como los de los graves problemas alimenticios de la India y la utilización de la Amazonia. Pues bien, se advierte una regresión por parte de los norteamericanos al tema de la geografía física, que en el Congreso de 1904 —época de Dawis— constituía casi la mitad de las comunicaciones presentadas, y en el de 1952 sólo el 32 por cien. Se descuida un tanto el aspecto de la Historia de la Geografía. En compensación, se estudian más los temas de índole práctica como la geografía médica.

Tal es la situación que evidencian los hechos registrados en el último Congreso. Ante ella debemos meditar, porque el bloque de pueblos hispanoamericanos —incluyendo naturalmente a España— tiene que ofrecer al mundo científico la colaboración adecuada en este campo de las investigaciones.

LADISLAO GIL MUNILLA

Madrid, enero 1953.

Un historiador argentino

NUESTRO país consiente, tal vez como caso único en el mundo de las letras contemporáneas, un tremendo extravío intelectual. En efecto: la historiografía nacional acerca de nuestro siglo XIX se ha constituído en un dogma sobremanera rígido, no obstante la diversa naturaleza y tendencia —al menos aparente— de los gobiernos a cuyo amparo se ha formulado. A su servicio obra una vasta empresa que comprende desde los escritores de historias hasta los impresores de libros. Y todo aquello que no se acomoda a las conclusiones dictadas *ex-catedra* por los *trusters* de la historiografía argentina no sólo está excluído de la merced publicística, sino que, además, corre la suerte de ni siquiera ser comentado desfavorablemente en las columnas de nuestras gacetillas.

El propósito de esta última actitud consiste sencillamente en impedir al público lector el conocimiento de escritores innovadores. Por consiguiente, el principio de la libre discusión histórica —signo de civilización en las sociedades cultas— beneficia exclusivamente a los autores que remedan la historiografía unitaria, y los *liberales* que conservan su tradición incurren en maniobras insospechadas para impedir la difusión de los disidentes.

Estudios Americanos

Entre otras, una consecuencia fatal para la cultura argentina es la falta de integración del país en el complejo de sus tradiciones, lo cual causa a su vez el desconocimiento por nuestros compatriotas no sólo del destino nacional sino, lo que es fundamental, políticamente hablando, de la trayectoria del interés público argentino.

La trama completa de este fenómeno nacional puede hallarla el lector espléndidamente reflexionada en la *Introducción* al reciente libro de *Ensayos históricos* que el señor Julio Irazusta acaba de editar. [1] Y en ese caso le aprovecharán dos cosas, intencional o estúpidamente desechadas en nuestro ambiente historiográfico, a saber: la una, la vívida expresión de un historiador a quien no rige más compromiso que su afán por la verdad; la otra, la narración de una experiencia intelectual del autor realizada en estilo clásico, de *línea recta brevísima,* es decir, en prosa sin incidentes que perturben la rigurosa adecuación de la palabra a la idea.

* * *

"Rosas es la clave de la historia argentina", declara el autor en la introducción. De ahí su propósito, mediante el volumen que nos ocupa, de iluminar la figura del Dictador por varios lados: ....el de sus rivales, el de sus adversarios, el de los descendientes de federales, y el de los descendientes de los unitarios...". Así, al lado de Rosas, desfilan López, Alberdi y Paz, Guido Spano, Saldías, respectivamente.

Como antiguo y atentísimo lector y auditor de Julio Irazusta, debo confesar que he encontrado singular dificultad en comentar sus libros en recensiones. Con alguna vanidad, de la que el lector sabrá excusarme, estimo que ello es debido más que a mi falta de hábito y condiciones al efecto, a la contextura misma de la obra de tan espléndido historiador. Por ejemplo, conservo entre mis papeles un comentario que inicié sobre su *Tomás de Anchorena,* destinado al extinto quincenario *Presencia,* el cual por la extensión alcanzada sin lograr concluirlo me vi forzado a desistir de

(1) Julio Irazusta.—*Ensayos históricos.*—Edic. La Voz del Plata. – Buenos Aires, 1952.

su publicación. Consideré entonces y considero ahora que lo mejor es aconsejar, sin más, la lectura de toda la producción de Irazusta; de lo contrario, el expediente más certero consiste en interesar oralmente de su valor a quienes preocupa la verdad histórica mediante una tarea de reflexión que, claro está, exige mayor tiempo que lo que requiere la lectura de un comentario bibliográfico. ¿Por qué este fenómeno? He aquí mi respuesta.

* * *

Desde hace quince años, aproximadamente, Irazusta viene constituyendo lo que él mismo denomina un *sistema histórico* "...con el afán de hallar un sentido a la empresa nacional iniciada en 1810, y a su (mi) modo de ver no lograda como habría sido posible..." (*Ensayos*, p. 14). Así apareció primeramente *La Argentina y el imperialismo británico*, compuesto con su hermano Rodolfo Irazusta, cuya tercera parte —*Historia de la oligarquía*— es el primer intento de reivindicación del gobierno de Rosas realizado en una obra maestra de nuestra historiografía. Luego, publicó Irazusta el *Ensayo sobre Rosas* —que se reedita en el volumen que celebramos—, en el que por vez primera se explica en forma racional no sólo la naturaleza del sistema de gobierno rosista, sino además el quebranto institucional que sufrió el país a raíz de la derrota del Dictador en 1852.

El examen sumario de los hechos como así las conjeturas adelantadas en aquel ensayo adquirieron inusitada prolijidad y detalle y profunda reflexión científica en *La vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, obra cuya riqueza documental se corresponde con la inmensa capacidad de reflexión política e histórica del autor, mediante las cuales éste ha dado una explicación inigualada sobre el Dictador y su época, en los cuatro tomos que hasta la fecha han aparecido. Ultimamente, el *Tomás de Anchorena*, editado por un grupo de amigos del autor, constituye una espléndida historia comparada de las revoluciones estadounidense y sudamericana, al cual el escritor español Antonio Tovar acaba de dedicar un vibrante comentario en la *Re-*

vista de Estudios Políticos de Madrid (núm. 64, tomo XLIV). En fin, el *Urquiza y su pronunciamiento*, aparecido hace unos meses, que tantas reflexiones críticas ha suscitado entre los discípulos y lectores de Irazusta y grande desconcierto ha provocado entre los adversarios del mismo, a juzgar por el silencio guardado por las gacetillas que ellos dominan.

Y bien; los libros de Irazusta constituyen piezas de un sistema histórico. Comentar aspectos parciales de su obra comportaría dar una visión que por fragmentaria quitaría la inmensa perspectiva de su cuadro histórico: tan ajustado en su trama y dominador de los sucesos acontecidos cuanto esclarecedor sobre las consecuencias de estos últimos; tan sobrecogedor en la narración de nuestros infortunios cuanto predispuesto a fundar una doctrina historiográfica susceptible de promover el arraigo definitivo en los argentinos del sentido verdadero del interés nacional y de la ambición política, valores absolutamente desenfocados en nuestra historia, y en nuestra política por tanto.

Sólo el talento minuciosamente reflexivo y comprensivo a la vez de los grandes trazos del acontecer histórico, conjuntamente con la prolija erudición y la despejada aptitud para proponer conjeturas sobre los desenlaces posibles que pudieron sobrevenir a los hechos de haberse producido de modo otro que el cumplido, es capaz de emprender con éxito una tarea de revisión historiográfica como la que se ha propuesto el historiador argentino acerca del pasado nacional arbitrariamente expuesto por la escuela liberal sobre la base de la literatura unitaria. Se trata, pues, de mudar radicalmente el enfoque liberal de nuestra historia, más que por liberal por arbitrario, irracional y necio.

Y entonces resulta imposible o inconveniente comentar estos *Ensayos históricos* desligándolos del resto de la obra de su autor. Quien de este juicio no se persuadiere necesitará para convencerse de lo contrario leer atentamente la última obra del más grande historiador argentino.

ARNALDO MUSICH

Buenos Aires, diciembre de 1952.

COMENTARIOS

COMENTARIOS

Jornadas internacionales católicas. Hoy más que nunca, el hombre parece estar necesitado de un aire general de compenetración que le ahuyente el frío de sus problemas viejos y particulares. La confraternidad internacional viene a ser hoy más urgente que ayer, y lo que es mejor, puede estar más próxima. Buen indicio son esas reuniones internacionales que, si a veces se congregan por fútiles motivos, tienen mucho de representativo y sintomático. En este sentido, la reciente "Conferencia de Presidentes de Organizaciones Internacionales Católicas", que ha celebrado en Roma su XVIII reunión, presenta un panorama alentador e interesante. Una vez más, los católicos de todos los países —a la zaga de la doctrina pontificia— han patentizado sus deseos de entendimiento y comprensión universales, dando de lado, con espíritu auténticamente cristiano, a todo resabio estrechamente nacionalista.

Su Santidad Pío XII ha señalado siempre este programa amplio, generoso y esperanzador. Ha manifestado en más de una ocasión "la necesidad en que nos hallamos de romper, o por lo menos de dulcificar, en la política y en la economía, la rigidez del viejo cuadro de las fronteras geográficas, de formar con los países grandes grupos de vida y de acción común". El cristiano, por serlo, está por encima de particularismos y patriotismos, estrechamente entendidos, y, como se ha dicho en la Conferencia de Roma, tiene

el deber de "concurrir a crear la atmósfera de comprensión mutua y de respeto recíproco, sin la cual ninguna acción internacional puede tener base profunda ni suceso duradero".

No se trata, en modo alguno, de crear una federación internacional informe, en la que hubieran de entrar los hombres todos, obligados a amalgamarse en una comunidad ininteligente de verdades y errores, de susceptibilidades contenidas pero no olvidadas, de peligroso y fácil eclecticismo. Se persigue la creación de un ensamblaje auténticamente cristiano, que, trascendiendo ecuménicamente en todos, proporcione a la gran familia humana la conciencia plena de su unidad, sobre la maravillosa multiplicidad de fisonomías y caracteres.

Todo esto ha sido la música de fondo de estas jornadas internacionales romanas, que cada año van adquiriendo una autoridad creciente, pues, y son palabras pontificias, "no existe ningún grupo humano que —como el católico— presente condiciones tan favorables, en amplitud y profundidad, para el entendimiento internacional". Cerca de 30 organismos integran ya este movimiento católico, y su acción eficaz se está dejando sentir en las más variadas facetas de la vida política, cultural y económica. Se han promovido tres comisiones para los problemas de Salud, Infancia y Familia, e Iglesia perseguida, cuyo aspecto más interesante es el de la coordinación y colaboración con organizaciones no específicamente católicas.

Merece destacarse, en este último sentido, que, después de la Conferencia de Roma, no es prematuro imaginar una más acabada relación con organismos internacionales oficiales, tales como la O.N.U. y la U.N.E.S.C.O. Para la primera, es buena prueba la relación de comisiones católicas con la Oficina Internacional del Trabajo y la Comisión Mundial para los Problemas de la Infancia y de la Mujer, entre otras; y para la segunda, el ya establecido Centro Católico Internacional de Coordinación para la U.N.E.S.C.O.

Desde el punto de vista hispanoamericano, la importancia de estas reuniones es aun mayor, si tenemos en cuenta que para los programas educacionales de la U.N.E.S.C.O., Hispanoamérica ocupa un lugar de extrema necesidad. En todo el mundo, pero sobre todo en el Nuevo Continente, los organismos católicos internacionales deberán extremar su atención y vigilancia en torno a estos planes educativos, pues debemos procurar que toda obra cultural esté inspirada por el espíritu cristiano.—A. B. J.

El empréstito a Brasil. Bajo la presidencia de Truman fué extraordinaria la ayuda prestada por Norteamérica al exterior, a título gratuito. Treinta y cinco billones de dólares concedió el Gobierno de los Estados Unidos durante los últimos siete años.

En cambio, cuando Eisenhower es nombrado Presidente, se concibe de forma distinta la política económica internacional, en el sentido de no patrocinar ni amparar propuesta alguna de mera ayuda, y sí fomentar, en lo posible, cuanto tienda a intensificar el intercambio comercial con los países libres. No a otra cosa se refería Foster Dulles cuando en un discurso decía que se habían acabado las "súplicas" y los "regalos gratuitos".

Expresión práctica de esta nueva política norteamericana la encontramos en el reciente crédito que, para la liquidación de las cuentas comerciales pendientes con los Estados Unidos, ha sido concedido al Brasil, por el Banco de Exportación e Importación, de 300 millones de dólares, a un interés del 3,5 por ciento anual, pagadero en tres años, a partir del próximo otoño.

Es interesante observar la repercusión que produce este hecho en el país receptor del crédito. En líneas generales, la eficacia de un crédito depende de la inversión que del mismo se hace. En el caso que nos ocupa se ha dedicado casi íntegramente a la construcción de carreteras y ferrocarriles y a la producción de energía eléctrica, atenciones éstas a las que de manera preferente presta su apoyo el Banco concesionario, y que provocan un gran impulso económico, plasmado en un aumento de la productividad, toda vez que se da una conveniente explotación a los abundantes elementos de que disponía y dispone el Brasil.

A la par, este nuevo plan de recuperación económica resuelve indirectamente, pero de forma efectiva, el problema de la concentración de la población en los centros urbanos, fenómeno que hasta ahora venía sucediéndose de manera sorprendente, sobre todo en la parte nororiental del país.

La superproducción tiene como consecuencia inmediata una mayor disponibilidad para la exportación y, por tanto, un mayor auge de ésta sobre la importación, lo que trae consigo la nivelación de la balanza de pagos. Hasta ahora ocurría al revés, y ello fué la causa de la deuda contraída, que asciende a 200 millones de dólares, aun cuando solamente limitaba la importación a artículos de primera necesidad, cuales eran el trigo y la gasolina.

Hasta la recepción del crédito, la insuficiente reserva de dó-

lares y el deficiente desenvolvimiento económico perjudicaban los cambios deprimiendo la cotización de la moneda nacional, el cruceiro, que ahora se espera obtenga una gran revalorización precisamente a causa de la existencia de esas divisas y del estímulo de las importaciones.

En resumen, para el Brasil, la concesión del crédito de referencia supone un gran impulso económico, el libre cambio y la nivelación de la balanza de pagos.—D. F. del P.

La educación del niño en El Salvador. Los temas de educación infantil ocupan más ampliamente que nunca los proyectos, planes y disposiciones de pedagogos y hombres de gobierno. Es en nuestro siglo cuando ha despertado más vivamente este sincero afán por conocer y estudiar científicamente al niño con vistas a una reorganización total de los sistemas educativos.

La República salvadoreña ha recogido briosamente esta preocupación, cristalizándola en formas nuevas, que, si en toda América son también objeto de la atención general, es en El Salvador donde han dado resultados más decisivos. Las obras gubernamentales en favor del futuro ciudadano, no han sido concebidas como obras de caridad y beneficencia, sino que se ha pretendido revestirlas de un interés de derecho y justicia y considerarlas como obras de defensa y progreso social. Cuidar y vigilar al niño en todo momento, cualquiera sea su edad y circunstancias, es una de las consignas del programa político salvadoreño. Por ello, las guarderías infantiles, los Centros de Alfabetización, la Ciudad del Niño, análoga a la del P. Flanagan en EE. UU., y otras organizaciones similares, pretenden alejar de la niñez todos los problemas que la miseria, el vicio o la incultura pueden plantear en una vida infantil.

Y como plasmación de esta política pro-infancia, la Asamblea Legislativa del Salvador ha decretado la Ley de educación cooperativa o de cooperativas escolares. Con ella, esta República queda incorporada a ese gran movimiento cooperativista que venía apreciándose en Hispanoamérica, especialmente en Colombia, y cuyos brotes esporádicos y sin plan determinado la O.E.A. ha intentado organizar y encauzar.

Las autoridades salvadoreñas, que acogieron favorablemente

esta tendencia por quedar asimilada perfectamente en su sistema político, han sabido despertar la conciencia nacional y conseguir la cooperación ciudadana a la renovación social-económica que se inicia con la revolución de diciembre del 48.

La mencionada Ley determina que las cooperativas estudiantiles se asimilen a cada uno de los grados de enseñanzas y con recta organización, estructura y disciplina se pretende conseguir no sólo una profunda colaboración para llevar a cabo la ardua labor pedagógica, sino obtener una decisiva ayuda económica para los padres de familia en el pago de matrículas y útiles escolares. El niño, por otro lado, mediante los Talleres cooperativos de vestuario y el Refrigerio escolar, tendrá en todo momento sus necesidades materiales cubiertas y, al equipararse a sus compañeros, ahuyentará una serie de complejos perjudiciales que, a la larga, podrían ocasionar choques violentos en su conciencia infantil.

Es decir, que a través de las diversas secciones cooperativas, la de consumo (que facilita a los socios artículos de enseñanza, vestuario, deporte e incluso comestible en las mejores condiciones de calidad y precio), la de crédito y ahorro (que establece una caja de ahorro y un servicio de préstamo) y la de previsión y servicios especiales (en los que están englobados la Cruz Roja infantil, la biblioteca cooperativa y servicios de solidaridad por razones de enfermedad, accidentes, muertes, etc.), dirigidas y administradas por los mismos alumnos, se conseguirá, además del utilísimo fin económico, un especial fin educativo, al inculcar en los escolares por medio de los principios cooperativos, la conciencia económica, la responsabilidad de acción, la confraternidad cristiana y el sentido de la mutua ayuda.—M.ª D. V.

También nosotros inventamos. Torres Quevedo es hoy una figura de actualidad; la prensa diaria, las revistas, las Academias y Centros de Investigación le dedican un merecido homenaje por sus aportaciones a la ciencia y a la técnica española. Pero esta actualidad no debe ser más o menos pasajera ni circunstancial, no debe ir envuelta en la niebla nihilista de los que le consideran ejemplar único y último de la tan discutida "ciencia española", de los que se afanan en seguir creyendo que nuestros hombres están "predestinados"

a vivir de espaldas al mundo de la vida práctica, de las grandes audacias de la inteligencia, de la paciencia y de la voluntad.

Es ya tiempo de que se abandone este tópico excesivamente cómodo, de que en la conciencia española se remueva la certeza de que esta postura entraña un sentimiento de cobardía egoísta y suicida.

Las pruebas están a la vista. Torres Quevedo es uno de esos hombres egregios —como Peral, La Cierva, Cajal— que en horas de miseria política, de carencia casi absoluta de medios de trabajo y de estímulos oficiales efectivos, supieron y quisieron romper marcha, demostrar con pruebas efectivas, y no con retórica más o menos artística, que el español —ese ente raro entre los perfectos y civilizados europeos, ese africano casi troglodita— es capaz de inventar, capaz de trabajar en las ciencias de la naturaleza con el mismo fervor y el mismo éxito que en las ciencias del espíritu. Ellos no sólo demostraron la posibilidad de un pensamiento y de una técnica científica española, sino que lo hicieron realidad, lo encarnaron en hechos que si no dieron más de sí es porque los gobernantes de entonces aún no habían tenido tiempo para remediar las miserias engendradas por su mal gobierno.

Por esto, hasta años amargamente muy recientes, revisar las aportaciones de la ciencia española era ver desfilar una serie de magníficos tanteos, de hallazgos más o menos en embrión, de promesas fecundas, que luego pasaban a manos extranjeras para perder toda huella de su concepción española. Hoy, los Centros de Investigación cuentan con la ayuda económica y los estímulos morales necesarios, hay continuidad y colaboración en el trabajo, hay vocaciones, y hay un Estado que impide con disciplina, con eficacia y austeridad que esas vocaciones se queden en la retaguardia, no den todo lo que pueden dar de sí, o tengan que expatriarse para que no se pudran en el olvido o en la penuria sus pequeños o grandes descubrimientos.

Esta es la actualidad inactual de Torres Quevedo, su servicio ejemplar, su labor afirmativa en una España de negaciones y desmayos, su preocupación por un mañana que es ya nuestro hoy.—G. S. P. D.

La Enseñanza y los católicos en Méjico. La destitución del subsecretario de Educación de Méjico, Dr. José Gómez Robleda, ha sido pedida con gran unanimidad por estudiantes, universitarios y padres de familia. La prensa se ha hecho eco de las causas que provocan dicha campaña, desde antes de producirse la misma. Y esas causas se refieren a la existencia como textos en las escuelas mejicanas, de libros de descarada filiación anticatólica y marxista. Las culpas recaen sobre el mencionado subsecretario de Educación, que es considerado como discípulo de Lombardo Toledano. Y tampoco debe escapar sin su parte de responsabilidad el titular del Ministerio, Licenciado José Angel Ceniceros.

Por cierto que el Sr. Ceniceros ha mostrado una actitud algo pintoresca. En el programa que como titular de su ramo entregó a la prensa mejicana en los primeros días del año, se decía en el punto 6: "Quedó integrada la comisión revisora de libros de texto y se buscará la forma de abaratarlos y mejorar su contenido y calidad". Pero como no quedaba claro en qué sentido entendía el señor Ceniceros la mejora de esos contenido y calidad, y el pensamiento marxista seguía ilustrando los libros de texto mejicanos, la protesta continuó. Entonces el Licenciado Ceniceros declaró que los libros no habían podido ser revisados por falta de tiempo y que, como persistía tal circunstancia, por este año los alumnos debían continuar utilizando los libros en cuestión.

La Confederación Nacional de Estudiantes lanzó un nuevo manifiesto rebatiendo la ilógica respuesta del Ministro de Educación. Y así está el problema.

Pero la cuestión no es posible reducirla a esos límites, aun comprendiendo su gravedad y trascendencia. Hay en todo ello un problema más hondo. ¿Qué pasa en Méjico? ¿Y las esperanzas que se habían concebido con relación al nuevo gobierno de Ruiz Cortines? ¿Cuál es la actitud del católico pueblo mejicano, para que una oligarquía hábil pueda imponer su capricho año tras año en lo relativo a religión y enseñanza?

La respuesta parece un tanto desconsoladora, sin que ello sea menoscabar la paciente labor de protesta realizada siempre por los católicos y renovada ahora con extraordinario brío con motivo de este gravísimo problema de los libros de texto. Pero la verdad es que los resultados no corresponden a las dimensiones de esa paciencia.

Y sin embargo, precisamente ahora, podemos vislumbrar la esperanza con motivo del Congreso de Cultura Católica celebrado en Guadalajara del 18 al 23 de enero del presente año. Todas las sesiones del mismo revistieron un gran interés, y con toda claridad y valentía se abordó el problema de cuáles sean los deberes de los católicos ante los asuntos del momento en Méjico; y se recordó la obligación de cumplir conscientemente sus deberes sociales; y la necesidad de que las instituciones católicas de enseñanza los capaciten para el mejor cumplimiento de su misión en la comunidad civil; etc. En efecto, sólo puede hacerse la anhelada reconquista procurando llenar de catolicismo auténtico toda la vida, las costumbres, la cultura y la acción de Méjico; pretender cargar esa labor solamente a manifiestos saturados de firmas y a vibrantes artículos de periódico (lo cual también es necesario, claro está, pero no exclusivo), es algo demasiado cómodo para ser eficaz.

Repitamos, por tanto, nuestra confianza en los frutos de ese Congreso de Cultura Católica. Como ha advertido Pardinas Illanes en "Excelsior", "los esfuerzos que han hecho posible este Congreso pueden originar una generación católica de fines de siglo que no solamente resuelva, de una vez para siempre, con acertada mesura y justicia, la penosa desarticulación interior de la vida católica en la vida pública mexicana; sino que cimiente y estructure la inaplazable postura de nuestra comunidad en la nueva convivencia internacional de los pueblos y de las culturas".—J. C. P.

Amistad peruano-brasileña. Correspondiendo a la visita que hiciera a Lima el Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, Dr. Joao Neves da Fontoura, ha viajado a Río de Janeiro el Canciller peruano Dr. Ricardo Rivera Schereiber. La visita, más de cortesía y estrechamiento de vínculos que de interés político o económico, reviste, no obstante este su carácter formal, una significación de trascendencia americana. Más ahora cuando se habla —tal vez con demasiada ligereza y precipitación— de grupos subregionales con pretensiones hegemónicas. Concretamente, mucho se ha especulado en torno a la visita del Presidente Perón a Chile, llegándose a considerar perfectamente viable la unión política argentinochilena; unión que preconizaba el presidente argentino, según la entrevista

que concedió en Santiago al director del diario "La Nación". Esta versión, como es sabido, fué posteriormente desautorizada por el Gobierno chileno. Conocidos son también los grupos grancolombiano, formado por Ecuador, Colombia, Venezuela y Panamá —cuyas miras principalmente económicas consideran los optimistas como iniciales para lograr una posterior unión política— y la ODECA, Organización de Estados Centroamericanos.

El sistema de agrupación regional tiene, pues, actualmente en América notoria actualidad. ¿Podría considerarse por ello este acercamiento brasileño-peruano, como el paso primero para la formación de un núcleo que trataría de jugar a la peligrosa política de equilibrio en América? ¿El eje Lima-Río de Janeiro, pensarán algunos, es el nuevo grupo que contrapesará las posibles influencias de los otros aparentemente formados o en vías de gestación? Estas suposiciones parece que no tienen mayor fundamento y han sido totalmente descalificadas tanto por los cancilleres Rivera y Neves da Fontoura, como por la prensa de ambas naciones.

El ministro peruano, después de reafirmar la vocación continental del Perú y su apego al derecho, ha declarado que su país es contrario a la formación de grupos subregionales en el hemisferio. "La unidad de los pueblos —ha dicho— está por encima de la creación de grupos regionales que siempre son artificiales y perjudican a la necesaria unidad del hemisferio", y ha puntualizado acertadamente que lo único que interesa en América es que se mantenga sin fragmentaciones la obra admirable y ejemplar que es la armonía continental. Neves da Fontoura —para quien "el sistema interamericano se ve recortado por bloques y regionalismos impulsados por consideraciones políticas"— ha declarado por su parte: "es esencial que nos comportemos en el plano internacional con el espíritu de concordia, de ayuda mutua y de respeto a las convenciones y tratados, así como evitando por todas formas la intervención en casa ajena..." El "Jornal" de Río, que, como los otros rotativos cariocas, destacó ampliamente la visita del canciller peruano, decía que ella "ha reafirmado la vinculación espiritual y política entre el Perú y Brasil, de suma importancia para la seguridad, la paz y el progreso del continente".

Es interesante consignar, por otra parte, que la prensa chilena ha sabido ponderar debidamente la política americanista peruanobrasileña. Así, el "Mercurio" de Santiago comentaba: "nuestro punto de vista nada nos alejará de otras naciones hermanas como Brasil y Perú, que en los últimos días han reiterado su fe en la unidad continental y de repudio a bloques o hegemonías regio-

nales". Es halagüeño constatar, pues, que Perú y Brasil —cuyo esfuerzo común para la ordenación jurídica del continente es ampliamente conocido— tengan coincidentes puntos de vista respecto de la misión que les toca cumplir en América.—C. D. P.

Problema universitario en Colombia. La Universidad colombiana está en crisis. En esto se ha venido insistiendo desde hace unos meses en casi toda la prensa colombiana, especialmente en la que representa la oposición al partido gubernamental. Cuando a finales del pasado mes de enero, el rector y decanos de la Universidad de Antioquía presentaron solemnemente la renuncia de sus cargos al gobernador del Departamento, el revuelo en la prensa liberal llegó a su punto culminante. El motivo de tal renuncia ha sido, según las rotundas declaracones de sus firmantes, la implantación en las Universidades, oficiales o privadas, del llamado año preparatorio.

La oposición a tal medida se ha sustentado en razones de tipo económico y político. Motivos pedagógicos adversos en realidad no han existido en cuanto ya en junio del pasado año, los rectores de todas las Universidades colombianas, reunidos en Bogotá, dieron su asentimiento en cuanto a la eficacia y necesidad del ya entonces discutido "año menos uno".

El principal argumento que se ha esgrimido en la actual campaña es de tipo económico. Se ha afirmado que las Universidades privadas no pueden hacer frente, sin gran quebranto, a los gastos inherentes a la implantación de un nuevo año universitario. Esta dificultad no es nueva, pues ya en la citada reunión de rectores de 1952 se le dió tan marcada importancia que el entonces Ministro de Educación hubo de consentir que en tales Universidades fuera sustituído el año preparatorio por unos exámenes escritos de admisión. Pero el nuevo ministro del ramo, considerando injusta tal medida, según la cual sólo en la Universidad Nacional se cursaría el referido año, ha exigido su establecimiento en todas las Universidades fueran o no oficiales, y para ello ha aumentado considerablemente la asignación que en concepto de ayuda económica reciben las Universidades autónomas; y así, la Universidad de Antioquía, cuyo rector y decanos adoptaron la posición más extrema al

renunciar a sus cargos, ha recibido en el presente curso 100.000 pesos más que en el pasado, en que percibió la nada despreciable cantidad de 800.000 pesos. El problema económico, pues, aunque real, no es de suyo insuperable, ya que el Estado parece dispuesto a vencerlo incrementando las partidas destinadas a las Universidades, en concepto de ayuda económica.

El problema político se ha centrado en la espinosa cuestión de si tal medida indica o no el primer paso de un incipiente centralismo del Gobierno en materia educativa. La prensa liberal, enemiga sistemática de todo lo que proviene del Gobierno, no ha dudado en afirmarlo así. A su vez el Gobierno ha negado tal sugerencia aireando conceptos expresados en la Constitución de 1886 como aquel que establece que "la Nación colombiana se reconstituye en forma de República unitaria", siendo por tanto legítimamente exigibles en todo el país, las medidas que por su carácter general atiendan a necesidades igualmente generales. Pero lo que nos parece indiscutible, es que si se considera al año preparatorio, necesario pedagógicamente e insustituíble en las presentes circunstancias, debe ser exigido a todos ya que al Gobierno incumbe la suprema vigilancia y estímulo en toda esta materia educativa.

El año preparatorio está destinado a llenar de la mejor manera posible, los vacíos dejados por seis años de bachillerato. Se ha afirmado que muchos bachilleres entraban en la Universidad sin saber siquiera ortografía. Esta triste realidad —no privativa de Colombia por cierto— se ha querido obviar intensificando los estudios universitarios con un curso preliminar, especie de bachillerato apresurado, pero oportuno en las presentes circunstancias, en tanto se lleva a cabo la reforma de la segunda enseñanza, único medio idóneo para subsanar de manera permanente, junto con unos exámenes de admisión en la Universidad, esas lamentables deficiencias en la cultura del estudiante universitario.—M. P. S.

Exilados y asilados en la O. E. A. Paso importante para una mayor comunidad entre los pueblos hispanoamericanos sería la regulación del derecho de asilo y situación jurídica de los exilados. Parece ser que ahora va a tener efecto mediante el proyecto de ley elaborado por la Organización de Estados Americanos, que está sometido el estudio de todas las naciones de dicho continente. Ya en el Congreso

hispano-luso-americano celebrado en Madrid en 1951, el profesor Barcia Trelles presentó una ponencia relativa al mismo; y, si se tiene en cuenta la aceptación que recibiera por los juristas hispanoamericanos, se comprenderá que es muy fácil arraigue en nuestros pueblos.

Con ello pueden conseguirse fines diversos, pero los más importantes son, de una parte, asegurar la tranquilidad pública de los Estados; y, por otra, atribuir un "status" jurídico a personas muchas veces desamparadas por el derecho.

El reconocimiento de un "status" jurídico a los exilados se hace absolutamente necesario para evitar las humillaciones inhumanas de que éstos son objeto en ocasiones. Así al pasaporte de los refugiados políticos polacos en el Occidente —cuando se concede— se escribe la cláusula "sin nacionalidad" viniéndoseles a tratar como verdaderos apátridas. En esto significa un avance considerable el proyecto de Río de Janeiro que — mediante una interpretación extensiva del artículo quinto— reconoce a los asilados todos los derechos de un extranjero, no acarreando su caso "consecuencias jurídicas distintas de las que se derivan de su condición de extranjero".

Además gozan de los distintos derechos individuales como el de libertad de prensa, residencia, reunión, etc. —art. 7—, conforme señalen las leyes respectivas de los países de asilo. Pero con la importante limitación de no servirse de ellos para actividades que causen daños a terceros Estados.

Por parte de los Estados se reconocen diversos derechos. Así, el derecho de admisión para el asilo de todas aquellas personas que crean conveniente; el de soberanía sobre sus asilados; el de calificación de los delitos, comunes o políticos, de los mismos, etc. Pero junto a estos derechos, se reconocen deberes de los gobiernos asilantes. Esta es otra innovación importante. Según ella, los Estados deben evitar que sus habitantes inicien o fomenten luchas civiles en otros Estados.

Se comprende fácilmente que esta última parte significa un gran paso para regular la intervención que muchos gobiernos tienen, bien directamente o bien por medio de sus asilados, sobre acontecimientos políticos internos de terceros Estados. Pero se llega a más: se concede el derecho de reclamación sobre los países de asilo cuando sus habitantes o sus asilados inciten, con el consentimiento oficial, por medio de la prensa, reuniones, etc., al empleo de violencia o fuerza contra algunos de los Estados americanos.

Sin embargo, no es enteramente satisfactorio que sólo se con-

ceda la extradición por delitos comunes, aunque en definitiva esto queda al criterio de los tratados respectivos. Pero hay delitos mixtos, por ejemplo, aquellos en los que la culpabilidad común es notablemente superior a la política, que deberían determinar la extradición del delincuente. Ahora bien, es notable que la calificación de los delitos pertenezca a los Estados asilantes, si bien con ello se agrava el peligro de que en la calificación intervengan motivos de ideología política.

Se estudia de nuevo el proyecto de convención durante estos días en el Consejo Interamericano de Jurisconsultos del 20 de abril en Buenos Aires pasando, más tarde, al Congreso de Caracas. Lo que se desea es su pronta aprobación por otra parte de los gobiernos de la O. E. A. y su puesta en práctica como convención internacional americana.—A. de A.

Ciudadanía cultural hispánica. Bajo este título, los estudiantes hispanoamericanos han presentado una ponencia en el I Congreso Nacional de Estudiantes que acaba de celebrarse en Madrid. Si sus conclusiones son aceptadas, las consecuencias que se desprenderán de ella, son lo suficientemente interesantes como para merecer que comentemos el espíritu de la ponencia

Lo primero que salta a la vista —y donde, además, se hace hincapié en todo momento— es el especial cuidado que se ha puesto en su elaboración para eludir todo cuanto pudiera rozar el terreno político. Se trata, única y exclusivamente, de crear una ciudadanía "cultural", concretada jurídicamente, que estreche e identifique las relaciones culturales de todos los países de habla hispánica, integrantes de ese mundo simbólico de la hispanidad, que necesita una plasmación más concreta de la que ha existido hasta ahora. El ponente pedía una concreción de la "vividura" hispánica. Y nada mejor para reflejarla que esta ciudadanía cultural.

Que no se iba a tratar de una especie de pasaporte extendido por un determinado Ministerio, es evidente. Tan sólo que de forma automática todos los nacionales que integrasen el acuerdo quedaran investidos de esa ciudadanía que les haría no ser considerados extranjeros "culturales" en ningún país de la comunidad his-

pánica. Pero, ¿la ciudadanía "cultural" y la cultura pueden quedar reducidas a esto?

Otra de las actitudes que se manejan con profusión a lo largo de la ponencia es la de la generosidad. Generosamente, alguien había de dar el primer paso en el reconocimiento de una serie de principios que actualmente sólo tienen efecto en los pactos bilaterales o plurilaterales. Y precisamente se pide generosidad para que no importe ser el primero en aceptar cietas medidas, aunque éstas no sean correspondidas, convencidos de que el buen ejemplo siempre debe cundir.

Y en efecto, entre las conclusiones, figura el reconocimiento del título académico sin necesidad de revalidarlo porque le admitimos idéntica categoría, provenga de cualquier Universidad de los países que gocen de esa "ciudadanía cultural". Quede bien claro que, para el ejercicio de la profesión en un determinado país, es indispensable la reciprocidad y que se hará excepción de aquellas profesiones que por su naturaleza intrínseca tienen que ser ejercidas por nacionales.

También se pedía que en los programas de enseñanza secundaria se incluyese la Geografía e Historia de los restantes países hispánicos, en un deseo de una total compenetración y vinculación cultural, así como una mayor facilidad a la circulación del material cultural (libros, revistas, etc.) producido en los demás países de la comunidad.

La ponencia terminaba haciendo un llamamiento "tanto al Gobierno español como a los de los países hispanoamericanos para que acojan esta iniciativa con espíritu nuevo, prescindiendo de prejuicios nacionalistas en bien de la cultura hispánica y de los propios pueblos individualmente considerados".

Hasta aquí la ponencia examinada lo más fríamente posible. Sin duda, no se pueden juzgar "a priori" las consecuencias que la aceptación de estas conclusiones puedan traer. No podemos opinar sobre los beneficios o inconvenientes que de ella se desprendan. Desde luego, es de esperar que se produzcan unas y otras, como en todo lo humano. Sin embargo, habrá que intentar lograr una línea de equilibrio que ofrezca un máximum de beneficios en un proyecto que parece haber sido inspirado por un gran altruísmo..—A. M. G.

La "JOC" y los movimientos obreros americanos. Mientras afloraba el incipiente proletariado hispanoamericano, después del novecientos, la Iglesia se veía abocada al grave problema de su recuperación, luego de un siglo de liberalismo y de los trastornos institucionales y políticos determinados por el surgimiento de las nuevas repúblicas. Es comprensible, pues, que en tales azarosas circunstancias los primeros grupos obreros pasaran del anarco-sidicalismo a encuadrarse en las filas de las tendencias marxistas y sus variantes. En esta forma el movimiento obrero ha sido desvirtuado y ha adquirido dimensiones sociológicas e ideológicas en cierta forma anticristianas y en general laicistas. Es así como el sindicalismo hispanoamericano ha oscilado entre el comunismo y un anticomunismo puramente político y no menos vago y confuso.

No es otra la trayectoria de las grandes centrales como la desprestigiada CTAL (Confederación de Trabajadores de América Latina) de los comunistas y la ORIT (Organización Regional Interamericana de Trabajadores) apoyada por los sindicatos yanquis. El año pasado los argentinos propiciaron la creación de la ATLAS (Asociación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalistas). Pero a nadie se oculta que todavía el movimiento obrero hispanoamericano está en la etapa de crecimiento, o en sus comienzos, debido a las economías poco desarrolladas, con un industrialismo incipiente, en muchos casos. Ante este hecho, se aprecia en los últimos años un hermoso despertar de los grupos católicos. Entre ellos la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos, con treinta mil miembros, la Federación Argentina de Círculos Obreros Católicos, la Acción Sindical Chilena, el Sindicalismo Cristiano del Uruguay, la Unión de Trabajadores de Colombia con ciento cincuenta mil obreros, la Confederación Nacional de los Círculos Obreros del Brasil con trescientos mil afiliados...

Junto a estos grupos el porvenir del movimiento obrero hispanoamericano depende en gran parte de la JOC. Aunque la Juventud Obrera Católica, es más bien una forma de apostolado que un sindicato, sus fórmulas vienen a poner el dedo en la llaga de la cuestión social. Lo cual explica el éxito e incremento que ha obtenido en estos años. Una prueba de ello es la reunión de los Congresos Internacionales Jocistas de Petrópolis (Suramericano) y La Habana (Centroamericano y del Caribe).

Los informes presentados dan una idea acerca de la gravísima

situación económica, social y religiosa, cultural y moral en que se encuentran los trabajadores jóvenes. Ante la indiferencia del Estado y de la sociedad, se encuentran prácticamente sin defensa para resistir a las desviaciones modernas que trae consigo el crecimiento de la vida urbana. Por esto se ha insistido en la elevación del nivel cultural mediante una adecuada educación de base. Es decir, una educación formativa, que capacite para la vida, sin descuidar las exigencias religiosas que ella implica necesariamente. En esta línea, se ha discutido una de las necesidades fundamentales de la Iglesia americana: la preparación de los dirigentes obreros, que debe ser un verdadero apostolado. Se han sentado las bases para un planteamiento integral del problema obrero y se ha visto la necesidad de una seria reforma que haga desaparecer "las injusticias de la explotación capitalista y de la opresión colectivista".

Todo esto viene, como una levadura, a promover mejores días para la Iglesia en Hispanoamérica, y a apuntalar la cuestión social que como se ha dicho es el fenómeno más importante de nuestro tiempo.—M. M. E.

La crisis guatemalteca. Guatemala atraviesa días sumamente luctuosos. Huelgas, detenciones, crímenes, envuelven la reforma agraria que propugna el Gobierno presidido por el Coronel Jacobo Arbenz Guzmán. La Ley agraria, promulgada con ánimo de favorecer al campesinado, se ha convertido en un instrumento de odio y en un arma poderosísima en manos de los agitadores comunistas. Los intentos pretendidos por vía legal de moderar la drasticidad del nuevo ordenamiento han sido menospreciados. Las súplicas de parte de diversos sectores del país, fueron arrojadas al cesto de los papeles por el Coronel Arbenz. El Congreso expulsó a 4 de los cinco Jueces de la Corte Suprema para evitar cualquier posible interferencia jurídica a la política del Presidente. El recurso de amparo (máxima garantía contra los abusos del poder soberano) resulta ineficaz. Las apelaciones a las Cortes regulares están prohibidas, se ha establecido un sistema judicial especial para ella, en el cual la Autoridad máxima es el propio Presidente. Las garantías constitucionales por las cuales el pueblo luchó en la revolución de 1944, se ven, en fin, seriamente comprometidas.

A nuestro juicio la reforma orientada hacia la expropiación

de las tierras agrícolas no cultivadas, encomiable como buena política social, se ha operado muy rápidamente y con olvido total de la seguridad jurídica, en aras de una mayor y mejor seguridad social. Los procedimientos para llevar a cabo la transformación del campo no han sido, pues, los más idóneos y la realidad de la situación de hecho, es bien distinta a los principios y móviles, elogiables, que inspiraron la pretendida reforma. Una vez más, bajo la falsa bandería de democracia auténtica, se ha dado paso a la masa incontrolable e irresponsable, y se ha pretendido echar abajo la Constitución calificada de "retrógrada".

Si la democracia auténtica es la que en Guatemala se está imponiendo parece preferible ser "retrógrados", porque la democracia que tiene como expresión la bala para el que se opone a ser lanzado de su propiedad legítima; la privación de justicia al que la reclama con derecho indisputable; la afrenta y la destitución a los Magistrados que en cumplimiento de su deber y de la ley, amparan al ofendido; la expulsión del territorio nacional, a los que en nombre de la ley misma piden que la arbitrariedad del Poder no se erija en sistema administrativo y político; el terror, en suma, contra todo el que aspira a la vida jurídica y al respeto al derecho ajeno, como regla de conveniencia civilizada, no es la "democracia auténtica", ni en Centro América ni en lugar alguno del mundo, sino la dictadura, la tiranía, el despotismo, conducidos a sus extremos más despreciables y degradantes.—J. O. D.

INFORMACION CULTURAL

INFORMACION CULTURAL

Situación política de Cuba

El panorama anterior

EN los meses inmediatamente anteriores al segundo pronunciamiento del General Batista, la situación política en Cuba era, en grandes líneas, la siguiente: El país se preparaba para las próximas elecciones, fijadas para el día 1 de junio de 1952, en las que el pueblo habría de escoger su nuevo Presidente y renovar sus Cámaras legislativas. Varios partidos políticos desarrollaban una intensa campaña electoral: 1) El Partido Revolucionario Cubano, también llamado "Auténtico", que había obtenido el mayor número de votos en las últimas elecciones y del que procedía el equipo gubernamental; 2) Ocupaba el segundo lugar el Partido del Pueblo Cubano u Ortodoxo. El senador Chibás, su fundador, se había suicidado en 1951 y su figura había sido convertida por el partido, desde entonces, en el símbolo de un ideal político. Aparentemente era éste el partido que más posibilidades tenía de alcanzar el Poder en 1952. 3) El Partido de Acción Unitaria, fundado por el propio General Batista al regresar de su destierro. 4) Las restantes agrupaciones políticas carecían de la fuerza suficiente para conseguir una votación mayoritaria, y se habían limitado, tras algunas vacilaciones y coqueteos preelectorales, a formar parte de una coalición integrada

por el partido en el Poder y los partidos Liberal, de vieja raigambre en la isla, Republicano, Democrático y Nacional Cubano. 5) El Partido Comunista, de considerable fuerza, constituía un grupo aparte, repudiado por todos, incluso por aquellos que anteriormente se habían apoyado en él.

El panorama político era bastante indeciso en los momentos en que el General Batista se alzó contra el Poder constituído; todos los principales contendientes afirmaban, con aparente convicción, su esperanza de ganar las cercanas elecciones. El partido del General parecía haber perdido la oportunidad de alcanzar el control de la Nación por la vía del sufragio al perder el apoyo del Partido Nacional Cubano, de reciente creación y que había pasado a integrar la alianza gubernamental.

El Partido Ortodoxo tropezaba con la importante desventaja de la desaparición de su jefe y creador, la figura de máximo prestigio en el mismo. Los directivos que le sucedieron en la jefatura se habían entregado a una misión noble pero peligrosa, la de constituirse en testamentarios de la voluntad política del fallecido, conducta muy leal pero sometida al riesgo incesante de un anquilosamiento incapaz de flexibilidades frente al cambiante escenario de un país sometido a una intensa campaña electoral.

En cuanto al Partido Auténtico, se enfrentaba con el lógico desgaste que sufre todo organismo político que ocupa el Poder. Especialmente había minado su prestigio la manifiesta incapacidad del Gobierno para mantener el orden público; el "gangsterismo" de partidas extremistas, cuyos componentes se cazaban a tiros en las calles de La Habana, constituía un lamentable espectáculo no infrecuente en la vida cubana y había producido en pocos años un considerable número de víctimas. Pesaban también sobre aquél, acusaciones de corrupción política y administrativa, así como protestas por su política de apoyo a las excesivas pretensiones obreras y por la lenidad usada frente a los comunistas, causa de una corriente de opinión bastante extendida, favorable a tildar de filocomunista al régimen imperante en Cuba. Además, la Prensa se había situado en una postura hostil al Gobierno, singularmente a raíz de algunos atentados cometidos contra redacciones y periodistas afectos a órganos publicitarios de la oposición.

La situación económico-social

Si el panorama político era inquietante, Cuba atravesaba, en cambio, un período de evidente prosperidad económica; aún no se

había hecho palpable la necesidad de una vuelta a la normalidad anterior a la segunda guerra mundial. La economía cubana vivía el dorado momento del "boom", aunque ya surgían voces prudentes que vaticinaban la inminencia de la crisis y denunciaban los peligros de la inflación; los obreros ganaban altos salarios, los artículos esenciales continuaban encareciéndose y existía la fundada esperanza de una zafra abundante, base de la economía cubana. Se iniciaba una intensa expansión industrial prometedora de un amplio desenvolvimiento posterior.

La actuación del Gobierno en estos aspectos no podía ser censurada. El año 1951 había sido fecundo en realizaciones, tales como la creación del Tribunal de Cuentas, que sustituía ventajosamente a la antigua Intervención General, el Banco de Fomento Agrícola e Industrial y la firma de tratados comerciales con Inglaterra y Alemania. Las obras públicas habían recibido un considerable incremento, y el régimen se proponía llegar a las elecciones con un elevado porcentaje de ellas terminadas, tal vez para atraerse así mayor número de electores.

Representaba, en cambio, una nota discordante en este optimista panorama la permanente agitación laboral. Las huelgas se multiplicaban en todos los sectores de la producción, y el Gobierno, quizá por no enajenarse la adhesión obrera, cedía ante la presión de los sindicatos más de lo aconsejable por razones políticas o económicas. De esta conducta, ciertamente nada imparcial, se quejaban con todo fundamento las clases patronales, alegando que con ella se retraía la inversión del ahorro nacional en la producción, con evidente merma del progreso económico, y además se fomentaba la fuga de capitales.

Tal era en síntesis la situación política y económica de la República de Cuba, al tiempo que un inesperado golpe de Estado organizado por el General Batista y un reducido grupo de adictos, entronizó en el Poder el Gobierno que desde entonces rige los destinos de aquella Nación.

El golpe de Estado

En la mañana del 10 de marzo el Presidente Prío comunicaba a la Nación que el General Batista se había apoderado del control de las fuerzas armadas del país. El pueblo cubano recibió así la confirmación oficial de rumores circulados poco antes; tal fué la rapidez y eficacia de la acción, desarrollada en gran parte durante la noche, que las primeras noticias se extendieron cuando todo

estaba ya consumado y el Poder había pasado al General Batista, prácticamente sin efusión de sangre.

El golpe de Estado se consolidó rápidamente mediante la adhesión de la mayor parte de las guarniciones del país. El elemento civil no se opuso al movimiento, como en principio había solicitado el Presidente Prío, y éste, prudentemente, optó por refugiarse en la Embajada de Méjico para evitar inútiles derramamientos de sangre, según después aclaró. El derrocado Presidente renunciaba así a poner por obra la espartana decisión, que sólo muy pocos meses antes parecía dominarle, de no abandonar sino muerto el Palacio Presidencial antes del fin de su mandato.

La reacción cubana ante el nuevo estado de cosas entrañó, al parecer, una compleja mezcla de: a) confusión por lo inesperado del alzamiento —aunque muchas personas sospecharan que algo tenía que ocurrir dada la crítica situación de la cosa pública—; b) resentimiento, por cuanto, en vísperas de elecciones, suponía un retroceso a sistemas revolucionarios que parecían ya definitivamente apartados —el propio Batista había de hacer alusión a ello en alguna ocasión—; y c) esperanza en que tan anómalo procedimiento político habría de durar tan sólo el tiempo indispensable y constituiría una garantía de mayor estabilidad económica y ciudadana. Los sectores financieros del país, aunque disconformes con el método empleado por el General Batista para apoderarse del Poder, lo consideraban justificado por la situación a que Cuba había llegado en sus últimos meses.

Por lo que toca a la actitud del equipo político desalojado fué la típica en tales casos: en los primeros momentos, pidió en un manifiesto la destitución del General y la vuelta a la Constitución de 1940. Esta ingenua actitud fué corroborada más tarde por un intento de reanudar las sesiones en el Congreso; unos cuantos disparos al aire de la fuerza pública encargada de vigilar el edificio, bastó para hacerles comprender la conveniencia de considerar la situación desde un punto de vista más realista. El Presidente Prío, que se negó a renunciar su cargo y, al fin, obtuvo un salvoconducto del General Batista mediante el cual, y bajo la protección del Embajador mejicano, marchó a Méjico, inició aquí una agotadora serie de viajes, declaraciones y manifiestos, coincidentes todos en justificar su propia conducta política, criticar acerbamente al General y pedir al país que realizase una constante resistencia civil al nuevo régimen, ya que otro sistema de oposición, dado el apoyo del Ejército a Batista, sería inoperante y de trágicas consecuencias para el pueblo cubano.

Tampoco anduvo remiso el nuevo Gobernante de Cuba en hacer declaraciones encaminadas a justificar su irregular acceso al Poder y anticipar la obra que desde éste pensaba realizar; a juzgar por estas declaraciones, Batista se limitó a adelantarse a un proyectado golpe de Estado fraguado por el Sr. Prío para continuar ocupando la Presidencia, en vista de que no iba a poder retenerla después de las próximas elecciones. En cuanto a los propósitos del General aparecían diáfanos: restablecer el orden público tan quebrantado últimamente, convocar elecciones para un futuro no lejano, realizar una auténtica política social, practicar un anticomunismo efectivo y, en definitiva, controlar las riendas del Gobierno durante el tiempo estrictamente necesario para asentar en el país una razonable seguridad pública, un próspero desarrollo económico y un decoroso nivel medio de vida.

La situación de interinidad política producida por el golpe de Estado cesó rápidamente. Batista, que se había instalado definitivamente en el Palacio Presidencial, era nombrado Presidente y juraba el cargo en los primeros días de abril. Acertaban así quienes le preconizaban primer mandatario, frente a quienes pensaron para tal puesto en el Sr. Saladrigas, destacada figura del Partido del General.

El nuevo Gobierno presidido por el propio jefe del Estado realizó en breve tiempo una importante labor encaminada a sustituir la antigua estructura política por una idónea al nuevo planteamiento institucional. Así fueron suspendidas por algunos meses las garantías constitucionales, se aplazaron indefinidamente las elecciones convocadas por el régimen anterior, cesaron sus actividades legislativas el Congreso y el Senado —aunque con derecho a seguir cobrando emolumentos— y, principalmente, la celebrada Constitución de 1940 dejó de estar en vigor siendo sustituída por una nueva de carácter provisional, válida hasta tanto que la situación del país permitiera unas nuevas elecciones. La Constitución recién promulgada establece un nuevo reparto de los poderes legislativo y ejecutivo, o mejor dicho una concentración de los mismos en la Presidencia del Gobierno ya que un Consejo de 80 miembros, que en la misma se crea, representativos de las actividades fundamentales de la vida nacional, tiene sólo carácter consultivo.

El nuevo régimen recibió su espaldarazo legal en el país al aceptar la nueva Carta Constitucional, la Corte Suprema de Cuba y el Tribunal Electoral Superior, máximos exponentes del poder judicial, y del control electoral respectivamente.

La política del Gobierno

La actividad política y legislativa del nuevo Gobierno fué muy intensa desde un principio. Muy elogiada ha sido la labor del Consejo Consultivo que ha trabajado asiduamente desde su creación, con riguroso carácter técnico. Cuerpo ajeno a las presiones políticas y representativo de todos los sectores nacionales, constituye el poder moderador, mecanismo de control impuesto a sí mismo por el poder ejecutivo. Lástima que sus recomendaciones sobre diversas materias legislativas no hayan sido atendidas en importantes ocasiones por el Consejo de Ministros.

Dentro del propio Consejo y también en el Gabinete, se han producido cambios de titulares que no han alterado su carácter y que frente a las suspicaces apreciaciones de algunos sólo han servido para demostrar la firmeza con que el General Batista conserva el dominio del poder.

Desde el punto de vista político presenta extraordinario interés en la obra del nuevo Gobierno cubano la promulgación del reciente Código Electoral que fija elecciones para el tercer domingo de Noviembre del año 1953 e introduce la interesante novedad técnica de crear suplentes para los puestos de senadores. El porcentaje de votos necesarios para que un partido político pueda organizarse ha sido elevado al 6% de los electores inscritos en el Censo, para evitar la excesiva fragmentación de Partidos.

Ha supuesto también una interesante innovación política la amplitud concedida a los Municipios para planear y ejecutar las obras urbanas que sean necesarias.

Cuenta asimismo el régimen en su haber con la restauración del orden público y la implacable y eficaz represión del gangsterismo, pesadilla de los últimos tiempos vividos en Cuba bajo el Presidente Prío.

Batista se ha dirigido a su pueblo en varias ocasiones para darle cuenta de los proyectos y de las realizaciones de su gestión política. Así anunció a los tres meses de su advenimiento al Poder que el régimen no se caracterizaría por improvisaciones ni extremismos. El Presidente se manifestaba contrario a todo totalitarismo y anunciaba una amplia política social en la que había de incluirse la construcción de viviendas económicas y una equitativa reforma agraria. El General prometía la reanudación parcial de las obras públicas acometidas por el anterior Gobierno y se mostraba satisfecho de la pulcritud administrativa de su equipo gubernamental

y del alza experimentada bajo su mandato por los recursos del Estado.

Cinco meses más tarde, y en dos ocasiones consecutivas, pasaba el General revista a su obra. La primera de ellas estuvo consagrada principalmente al estudio del problema del azúcar y de la solución ofrecida por el Gobierno al complicado planteamiento del mismo. El General afirmaba que su Gobierno había hecho cuanto le era posible por desprenderse de los excedentes de la campaña anterior, verdaderamente extraordinaria, así como por defender los precios y ordenar la producción con vistas a evitar en lo futuro el inquietante lastre de las zafras excesivas. El mensaje destacaba también la protección ejercida por el Gobierno sobre las producciones cafetera y tabacalera de tanta tradición e importancia en la Economía cubana.

Batista aprovechó la oportunidad brindada por ambos discursos para atacar la imprevisión del Gobierno de Prío y su desastrosa gestión en problemas tan interesantes como el de los transportes y el de las empresas nacionalizadas, así como el fraude electoral que constituía acometer en vísperas de abandonar el Poder un ingente plan de obras públicas que el presupuesto nacional no podía sufragar. El Presidente añadía a esta ingrata enumeración el anuncio de importantes irregularidades cometidas bajo la anterior Administración y se quejaba del terrible peso que suponía para la nueva Hacienda mantener el crédito del Estado supliendo todos los déficits acumulados por los Gobiernos anteriores.

En cambio, el Jefe del Estado cubano se felicitaba de la armonía existente entre el capital y el trabajo, del absoluto orden público reinante en todo el país y de la política conciliadora y tolerante desarrollada por su Gobierno y traducida en la total ausencia de presos políticos y de exilados forzosos. El General se mostró muy agradecido a la labor del Bloque de Prensa y renovó su promesa de honradas elecciones para 1953; a este respecto, Batista alabó la pulcritud del nuevo Código Electoral y, frente a los que le tildaban de destructor de la Constitución de 1940, se proclamó como restaurador de la misma y recordó la multitud de casos en que dicha Constitución había sido olvidada o violentada por el anterior Gobierno.

Entretanto, la actitud de la opinión pública era espectante y muchos observadores creían ver en ella una mezcla de recelo e incertidumbre ante el futuro de la República Cubana.

En general, la actuación de la dictadura de Batista no puede ser calificada de intolerante. Un régimen innegablemente instaurado por la fuerza, mas sin derramamiento de sangre, sin presos políticos, sin aparatos de fuerza coactiva, con amplia libertad de Prensa y promesa de próximas elecciones libres, será sin duda una dictadura; pero merece con razón el calificativo de benévola.

La posición de los Partidos cubanos se ha caracterizado por su intransigente repudio del nuevo régimen y la incapacidad para plegarse al cambio de la situación política, prefiriendo adoptar una actitud inhibicionista. De hecho, los dos principales oponentes al régimen del General, los Partidos Auténtico y Ortodoxo, se negaron a aceptar las garantías electorales ofrecidas por el Pesidente y anunciaron su abstención de los comicios. La conveniencia de tal actitud para el porvenir de Cuba sería muy discutible; lo indudable es que resultó desastrosa para la cohesión interna de ambas fuerzas políticas ya que se tradujo en un doble cisma. El Partido Ortodoxo se escindió en dos agrupaciones. En cuanto al Partido Auténtico, frente a la opinión de los exilados en Miami, se ha alzado la del ex-Presidente Grau San-Martín que ha inscrito el Partido ante el Tribunal Electoral Superior. De los restantes Partidos, el Liberal es el que se ha mostrado más conciliador.

Un esfuerzo muy interesante para tratar de aunar, en materia electoral, puntos de vista tan opuestos como los del Gobierno y los de los diferentes Partidos, fué el realizado por el Bloque de Prensa —entidad formada por representantes de los principales periódicos, revistas y radioemisoras de Cuba—. Como suele suceder cuando median pasiones políticas muy violentas, tal esfuerzo fué agradecido por todos y aprovechado por ninguno. Cada Partido se limitó a reiterar sus conocidos puntos de vista, generalmente tan quiméricos como pedir al Gobierno vigente que resignase el Poder y devolviera al País la legalidad constitucional del año 1952. El Gobierno, por su parte, se negó a adelantar un paso más de los ya dados, considerando suficientes las garantías ofrecidas por el Código Electoral y el recuerdo del meritorio ejemplo ofrecido por el General Batista en 1944 abandonando el Poder a sus adversarios triunfantes en las urnas.

Desgraciadamente la noble tentativa del Bloque de Prensa, que había despertado tantas esperanzas, no produjo resultado práctico alguno. Por el contrario, desde entonces las invectivas de los

relegados del Poder se han recrudecido, produciéndose incluso incitaciones abiertas a la violencia.

El General Batista, aun consciente de la dificultad de una contrarrevolución, ha juzgado preferible acudir a las elecciones presentando su Partido denominado ahora Progresista. Trece Partidos más habían solicitado su inscripción del Tribunal Superior, de ellos los más importantes: el Progresista, gubernamental; el Auténtico, del Sr. Grau; el Liberal; el Democrático y el Laborista, del Senador Mujal, jefe de la C. N. T.

A fines de febrero un importante acuerdo del Consejo de Ministros anunciaba una radical alteración en los planes electorales del Gobierno. La fecha de las elecciones era aplazada para el 1.º de junio de 1954, reducido el número de votos necesarios para la inscripción de partidos, suspendidos los plazos para la reorganización de éstos y modificadas ciertas particularidades de la mecánica electoral. Aparte del aplazamiento, la novedad fundamental en el acuerdo consiste en que el General Batista no será candidato a la Presidencia de la República y que habrá de ser el nuevo Congreso, que en tal fecha se elija, quien señalará la duración del mandato del actual Presidente y la fecha de las próximas elecciones presidenciales.

La decisión del Gobernador cubano, alentada por quienes la consideraban favorable a una más amplia participación de los Partidos políticos en las futuras elecciones, parece haber suscitado una reacción totalmente contraria a las esperanzas invocadas oficialmente. Todos los Partidos, los abstencionistas y los no abstencionistas, la han criticado con dureza; los primeros, felicitándose de no haber caído en lo que consideraban un fraude electoral del General Batista para perpetuarse en el Poder, y los segundos, quejándose de haber sido engañados.

Frente a la opinión de la mayoría de los comentaristas de Prensa, más bien favorable al nuevo planteamiento electoral, las posibilidades de que concurran los Partidos a estos nuevos comicios son más dudosas que nunca. Hoy, desgraciadamente, el panorama electoral parece ser todavía más sombrío que antes.

La oposición desde el exterior

Las personalidades políticas que voluntariamente se exilaron de Cuba al advenimiento del nuevo régimen, han desarrollado desde entoces las actividades acostumbradas en gobernantes que abandonan el Poder a la fuerza. Singularmente notoria ha sido la del

Presidente Prío, pródiga en viajes y declaraciones. De cierta importancia, por representar la opinión de numerosos dirigentes del antiguo Partido gubernamental, es el manifiesto lanzado en Miami por el Auténticismo, caracterizado, principalmente, por la ausencia de soluciones positivas a los muchos males que enumera. El manifiesto considera fracasada la gestión del Bloque de Prensa y combate al mismo tiempo la violencia, con lo que simultáneamente descarta la oportunidad de hacerse de nuevo con el Poder, tanto por métodos violentos como pacíficos.

Fuera de estas incitaciones retóricas a la resistencia civil, se han producido determinadas actuaciones reveladoras de esfuerzos subterráneos confiados en la eficacia de la intriga y de la violencia. En tres ocasiones, cuando menos, han aparecido noticias relativas a complots descubiertos y abortados. Uno de ellos —agosto 1952— reveló la existencia de ramificaciones entre la Policía y algunos exilados de naciones del Caribe residentes en Cuba. La iniciación de otro —octubre 1952— se descubrió casualmente en U. S. A. y parecía financiado por el propio ex-Presidente Prío Socarrás. Finalmente, el 6 de abril, era sofocado un tercer intento, incubado —según el Ministro de Información— por políticos de la oposición, incluídos dos comunistas, y por numerosos estudiantes.

En relación con el primero, el General desmintió los rumores acerca de una posible participación de las fuerzas armadas en la conspiración y anunció que asumiría personalmente el mando de las mismas en el caso de una contrarrevolución.

La actitud universitaria y la Prensa

La actitud de los profesores y estudiantes universitarios cubanos frente al nuevo Gobierno ha sido desde un principio de franca repulsa. Ya en los primeros días del alzamiento y, aparte algunas parodias y símbolos burlescos utilizados por los estudiantes para atestiguar su adhesión a la Constitución del año 40, el Consejo de la Universidad de La Habana publicó una importante declaración repudiando el nuevo orden implantado, declarando su anticonstitucionalidad y pidiendo el retorno a la normalidad anterior al 10 de marzo. Más adelante ha continuado la fricción, en ocasiones soterrada, a veces violenta, traducida en hechos tales como la reaparición de "Alma Mater", esta vez con carácter anti-Batista, huelgas estudiantiles, exaltada oratoria, incursiones de la Policía en el edificio de la Universidad, e incluso, choques violentos.. Desde el Gobierno se ha reprochado la infiltración de extremistas

y agitadores entre el estudiantado universitario y la pasividad demostrada por el Consejo de la Universidad en la represión de tales algaradas.

El propio General Batista, a raíz de una de éstas que ocasionó numerosos heridos, acusó al ex-Presidente Prío y a otros políticos de la oposición como instigadores de tales desórdenes y encareció de los organismos universitarios un mayor sentido de responsabilidad e independencia frente a instigaciones interesadas en fomentar disturbios. El Consejo Universitario, por su parte, ha publicado un segundo Manifiesto en el que justifica su actitud, declara su apoliticismo, destaca la ejecutoria de la Universidad cubana y pide apoyo a las entidades culturales de todo el mundo.

Más morigerada ha resultado la actitud de la Prensa. Esta actúa en régimen de amplia libertad de expresión, critica al Gobierno siempre que lo desea y reproduce notas de todos los Partidos, a veces muy agresivas. El tono que predomina en la actuación periodística es sensato y la labor de crítica constructiva y razonable, alternando la censura y el elogio según lo requiera la actividad del Gobierno en cada caso. La prueba más elocuente de esta meritoria actitud la ha constituído la gestión, no por inútil menos encomiable, realizada por el llamado Bloque de Prensa para arbitrar una fórmula de compromiso electoral entre la oposición y el Gobierno. Muy contadas excepciones se han producido en este ambiente tan ecuánime.

La Prensa más hostil al Presidente Batista y su Gobierno es, probablemente, la mejicana, muy opuesta desde el primer momento al nuevo régimen y portavoz del pensamiento político de los exilados cubanos.

Problemas económicos

Las batallas fundamentales que Batista ha tenido que resolver han sido económicas más bien que políticas. Recién impuesto el nuevo régimen tropezó con una triple dificultad; a) la necesidad de adaptar una economía de prosperidad e inflación provocada por la guerra mundial a una coyuntura económica normal no contemplada por Cuba desde hacía años. b) La precisión de cargar con un lamentable saldo financiero dejado tras sí por el anterior Gobierno. c) La urgencia de acometer una brillante obra económico-social que compensara a los cubanos del retroceso experimentado en su vida democrática y cuyos resultados pudieran apreciarse antes de las nuevas elecciones. Si a estas dificultades se une la inherente al deseo del Gobierno de satisfacer simultáneamente los

deseos de todos los sectores sociales del país, halagando a los obreros sin esquilmar en exceso a los propietarios y apoyando a éstos frente a las demasías de aquéllos, pueden fácilmente comprenderse las preocupaciones de Batista y sus colaboradores.

En general cabe afirmar que la política de pie forzado del régimen ha sido activa y bienintencionada aunque no siempre los resultados hayan correspondido a la bondad de los deseos. De hecho las clases adineradas han resultado más perjudicadas y los impuestos han crecido extraordinariamente, tributo pagado en aras de un régimen mantenedor del orden público. Lógicamente, las protestas en el campo económico han sido incesantes y en general justificadas. No parece inexacto afirmar que el Gobierno parece haberse dejado llevar en bastantes ocasiones por el deseo de halagar a las clases más numerosas, tal vez con la intención de atraerse un electorado indeciso. Ejemplo típico de esta actitud quizá demagógica lo constituye la vituperada Ley de Alquileres.

Pasando de estas generalizaciones a hechos concretos, el primero y máximo problema que la llegada al Poder ofreció al General lo constituyó la liquidación de una imponente zafra azucarera y la ordenación de la próxima. El nuevo Gobierno acometió la tarea resuelta y eficazmente. En primer lugar procuró desprenderse del exceso de producción de la última zafra, calculada en más de 7 millones de toneladas y defendió el precio del azúcar que no pudo ser colocada. Conviene no olvidar a este respecto que Cuba exporta casi el 95% de su producción azucarera y que aunque los Estados Unidos constituyen un cliente fijo que obsorbe a buen precio una gran parte de la misma, hay sin embargo un problema constante de conservación y atracción de mercados mundiales donde encajar los sobrantes de azúcar. En segundo lugar el Gobierno fijó un tope de 5 millones de toneladas métricas para la nueva zafra. Esta política azucarera ha sido elogiada por todos los sectores interesados. Hay que tener en cuenta, además, que los problemas azucareros de Cuba, la necesidad de armonizar los intereses muchas veces opuestos de hacendados, colonos y obreros, la urgencia de aunar la tecnología azucarera con los rápidos progresos técnicos de nuestros días, y el constante apremio de hacer frente a los peligros derivados de un monocultivo tan importante, no constituyen dificultades que puedan ser imputadas exclusivamente al Gobierno actual; son problemas de Cuba que se han planteado siempre y seguirán preocupando a cualquier Gobierno, sea cual sea, su matiz político.

La situación del mercado azucarero mundial sitúa hoy la pro-

ducción cubana ante el incitable dilema de producir más y más barato o reducir las zafras y congelar o atemperar los salarios. El Gobierno parece ser que estudia atentamente la situación y que procura darle una solución que satisfaga a todos, por difícil que esto parezca.

También han merecido cuidadosa atención del nuevo régimen las cuestiones derivadas de los cultivos del café, el tabaco, y el henequén, así como el incremento de una decadente ganadería.

Donde la actuación gubernamental ha levantado una oleada de críticas ha sido en materia impositiva; los cubanos estaban acostumbrados por raro don de la Providencia, a pagar pocos impuestos. El Gobierno de Batista tropezó desde la primera hora con la apremiante necesidad de saldar deudas estatales pendientes y, al mismo tiempo, se mostró muy ansioso de acometer una ambiciosa política nacional y social. Para llevar todo esto a buen fin no halló mejor medio que ampliar las recaudaciones de la Tesorería, principalmente por medio de nuevos impuestos y también de empréstitos. Las consecuencias de esta política aún no se han apreciado y, probablemente, tardarán tiempo en hacerse patentes. En cambio sí que es evidente y general la irritación producida, que se ha manifestado incluso dentro del Consejo Consultivo y del Senado.

Es de justicia destacar que todas estas protestas se han producido en un tono moderado y animadas, al parecer, del deseo de ofrecer al Gobierno una acertada visión del panorama económico nacional y de la inconveniencia de persistir en una abusiva política fiscal.

Muy interesantes han sido las exposiciones hechas en diversas ocasiones por la Cámara de Comercio, los Hacendados e Industriales y por los comentaristas políticos; en general se desprende de ellas la oposición a establecer más impuestos en momentos en que la recaudación de la Hacienda es máxima, así como el escepticismo acerca de la eficacia de una política impositiva dedicada en buena parte a financiar una legislación social, no reproductiva, y que a la larga repercutirá desfavorablemente en el nivel de vida a través de la elevación de los costos de producción y de los salarios. Muchos temen, posiblemente con bastante razón, que el actual momento de reajuste por que pasa la economía cubana no sea el más propicio para iniciar aventuras económicas y que en definitiva, sería mucho más productivo para el Estado fomentar las inversiones del ahorro nacional que no ahuyentarlo mediante fuertes cargas fiscales que desaniman al capital y le incitan, bien a mantenerse a la expectativa o bien a procurar inversiones fuera de Cuba.

El Gobierno, aunque alguna vez no ha dejado de reconocer la justicia de tales opiniones, no parece haberlas tenido muy en cuenta alegando que el tiempo apremia y las necesidades no admiten espera por lo que no pueden admitirse plazos tan largos para acometer reformas imprescindibles en la estructura económica cubana. Ultimamente el Ministro de Hacienda ha anunciado el propósito de revisar la ley tributaria.

La preocupación social

Una dominante preocupación del nuevo régimen de Cuba ha sido la de garantizar a las clases modestas un clima laboral favorable, comprensivo de jornales suficientes, seguros y mejoras de todo orden.

Pocos días después del golpe de Estado el nuevo Ministro del Trabajo anunciaba el propósito de garantizar todos los derechos adquiridos por los trabajadores cubanos así como la firme decisión del nuevo Gobierno de no tolerar infiltraciones comunistas. Esta declaración, que acarreó la adhesión al régimen de la Confederación del Trabajo Cubana ha sido mantenida y se ha traducido en la práctica en una copiosa labor legislativa y en abundantes obras sociales. Destacan entre estas últimas los esfuerzos realizados para construir viviendas económicas y promover en el capital privado el interés por estas construcciones concediendo, a las que de este tipo se levanten, determinadas exenciones fiscales.

De las leyes dictadas con intención de favorecer a las clases menos pudientes, ninguna ha originado mayores controversias y trastornos que la promulgada en octubre del pasado año congelando las rentas de determinadas viviendas y rebajando los alquileres de otras, incluso con efecto retroactivo. La trascendental influencia de esta ley ha suscitado apasionadas censuras en todo el país. No parece necesario aquí ofrecer una crítica de dicha norma legal cuyas causas, planteamiento y posibles efectos ofrecen grandes semejanzas con la condiciones que el problema de la vivienda presenta en numerosas naciones.

El Gobierno cubano ha desoído cuantas advertencias, algunas de ellas sumamente razonables, se le han dirigido desde amplios sectores de la Nación sobre la improcedencia de la Ley de alquileres destacando tanto la injusticia de la medida desde un punto de vista estrictamente legal y aun humano, como los perniciosos resultados que habrían de derivarse de la ley, especialmente la paralización de las construcciones por retraimiento del capital propenso antes a invertirse en ellas; esta paralización afectaría en primer lugar

al ramo de la construcción y más tarde gravitaría penosamente sobre las mismas clases que se trataba de beneficiar, las cuales notarían gradualmente la creciente dificultad de ocupar las nuevas viviendas que el incesante incremento de la población cubana demanda. Muchos califican esta ley de pura demagogia, otros de argucia electoral; lo cierto es que los propietarios han sido verdaderamente perjudicados por ella y, lo que es más notable, muchos inquilinos se consideran también agraviados porque la reducción de alquileres, en su opinión, no es aún suficientemente amplia.

En los últimos días de enero el Consejo de Ministros acordó trasladar al titular de Justicia, para su estudio e información pública, un proyecto de ley reformando la reciente desdichada Ley de Alquileres que tan grandes protestas había levantado y que había originado ya un descenso de más del 50% en el ritmo de las construcciones.

Ha causado también evidente malestar la congelación temporal de salarios ordenada por el Gobierno en los comienzos de la nueva zafra. Los Hacendados y colonos piden imparcialidad al Ministerio del Trabajo y afirman que no son las reivindicaciones sociales las que les asustan sino las injusticias. Con razón opinan las clases patronales que por encima del interés de cualquier grupo se encuentra el interés de la Nación y que este interés consiste sobre todo en la defensa de la economía del país la cual no puede resistir gravámenes sociales desproporcionados a sus fuerzas ni olvidar la inflexibilidad de las leyes económicas que rigen el mercado mundial.

A pesar de este trato de favor, las fuerzas obreras no siempre han permanecido fieles a las consignas de orden y trabajo emanadas del Gobierno. Varias huelgas se han declarado y en algún caso han surgido choques entre obreros y fuerzas del Gobierno que trataban de restablecer la normalidad laboral.

Síntoma muy significativo del actual momento cubano es la reciente formación en Cuba de una asociación peronista.

Las tentativas del Gobierno para implantar o ampliar ciertos seguros sociales han encontrado, en general, viva oposición, especialmente el Seguro Médico, criticado por todas las esferas que resultarían afectadas por su implantación: médicos, farmacéuticos y beneficiarios.

El Comunismo

Desde los primeros momentos ha sido muy clara la política del nuevo Gobierno en este importante aspecto. Ya el 14 de marzo

del 52, el General afirmaba que su Administración nada tendría que ver con los comunistas y días más tarde declaraba su esperanza de exterminar el Comunismo cubano por la extensión de la democracia y la justicia social.

El General no se ha mostrado vacilante en cumplir estas promesas; así, el 1 de mayo la Policía deshacía un intento de manifestación comunista, detenía a los líderes del partido a fines de junio como consecuencia de unos desórdenes callejeros, y, finalmente, se constituía en agosto un Comité encargado de investigar las actividades comunistas en el país.

Sin embargo, no en todos los sectores del país ha sido considerada suficientemente enérgica la postura anticomunista del Gobierno. Muchos dan la voz de alarma denunciando la infiltración solapada y efectiva de agitadores comunistas en varios sectores cubanos. El propio Gobierno ha denunciado actividades de ese tipo en la Universidad, en la obstaculización de la zafra y en la Administración pública y se propone promulgar una ley que impida tales manejos. La extraordinaria virulencia de la campaña electoral acarrea un manifiesto peligo de expansión del partido que tras haber recibido la repulsa de Batista busca ahora la oportunidad de introducirse y aliarse con los partidos oposicionistas.

Las relaciones internacionales

El reconocimiento internacional de la nueva situación política planteada en Cuba no ofreció dificultades apreciables. Varios países, entre ellos las repúblicas de Santo Domingo, Venezuela, y Nicaragua, algunas de las cuales guardaban amargos recuerdos de la Presidencia del Sr. Prío Socarrás, se apresuraron a reconocer al nuevo Gobierno aun sin establecer las acostumbradas consultas con el resto de los países americanos.

El reconocimiento por parte del Gobierno de los EE. UU. no se hizo esperar mucho e incluso Gobiernos como los de Méjico y Guatemala cuyas tendencias políticas presentan tan pocas afinidades con las del nuevo régimen cubano reconocieron sin gran retraso el hecho consumado.

La subida al poder del General Batista ha entrañado una considerable mejoría en las relaciones diplomáticas hispano-cubanas. El Gobierno Español reconoció sin demora el nuevo orden instaurado en Cuba y poco después se normalizaban por completo las relaciones entre los dos Estados que durante bastante tiempo habían sido, desgraciadamente, poco cordiales.

Quizá la nota más sensacional en la actuación internacional del régimen del General Batista, haya sido la ruptura de relaciones entre Rusia y Cuba decidida por la primera a consecuencia de la negativa opuesta en las Aduanas cubanas a la libre entrada de dos valijas diplomáticas soviéticas. Rusia dió cuenta de la ruptura mediante una áspera nota entregada en 3 de abril del 52 que fué cortésmente refutada por Cuba, al tiempo que se aceptaba el rompimiento al parecer sin gran sentimiento por parte del Ministerio de Estado Cubano. Por una curiosa ironía del destino era el propio General Batista quien marcaba el fin de unas relaciones que él mismo había establecido por primera vez durante la II Guerra mundial, tal vez a instancias de los EE. UU.

Actualmente los esfuerzos más interesados que los cubanos realizan en el exterior se encaminan a asegurar su contingente azucarero en Norteamérica frente a la competencia de otros países antillanos —en lo cual parecen haber triunfado— y a lograr un acuerdo mundial relativo al volumen y precio que han de prevalecer en los años próximos en el mercado del azúcar, cuestión vital para Cuba cuya economía tanto interior como exterior gira obsesivamente sobre la producción y colocación de sus zafras.

Manuel Romero Gómez

Sevilla, abril 1953

La colonización menonita en Chihuahua

CIRCUNSTANCIAS especiales, nacidas de su singular personalidad más que de otros imperativos históricos, han hecho de la recta religiosa Menonita una agrupación humana en emigración casi constante. Pese a sus varias instalaciones en distintas épocas y países, la organización social y económica ha permanecido inalterable, en su primitiva configuración, al margen de la evolución de los pueblos con quienes han convivido. Tan sólo han aceptado los progresos técnicos aprovechables para el mejoramento de sus métodos de trabajo e higiene de sus habitaciones.

La clave de tan acusada particularidad reside en los caracteres de su religión, que impregna, con su austeridad, todos los aspectos de la vida Menonita. Unidos principalmente por los lazos religiosos comunes, poseen también una misma procedencia étnica europea, aunque puedan diferenciarse entre ellos varios grupos según las nacionalidades de origen. Estas, en rasgos generales, pueden resumirse así: alemanes del Norte, incluyendo a Países Bajos, y alemanes del Sur, con Suiza.

Antecedentes históricos

La religión Menonita tiene su origen en 1117, en el que un

grupo de reformadores religiosos se reunieron en Lyon bajo la dirección de Petrus Waldus; dicho grupo tenía las mismas bases que actualmente norman la vida de los Menonitas. Posteriormente fueron excomulgados en 1184, aunque siguieron existiendo secretamente. Entonces empezaron a conocerse como Waldenses o Waldensos, por derivación del apellido de su fundador.

A principios del siglo XVI existe un pequeño foco waldense en el pueblo de Witsmarsum, Frisia, donde vivía el sacerdote católico Simons Menno o Simonis Menon, al que los waldenses piden asuma la jefatura de la pequeña comunidad. De tal forma surge la secta religiosa conocida como Menonita o Menonitismo, aproximadamente en el año 1537.

Esta secta, al igual que otras protestantes, sufrió persecuciones que motivaron su emigración a Prusia puesto que se encontraban incapacitados para defenderse, por considerar el uso de las armas como indigno o ilegítimo. Se cree que este grupo llegó a Prusia de 1556 a 1570, estableciéndose en la región circundante a la ciudad de Danzig. Años después, en 1772, Agustín II aprobó la petición de los Menonitas que solicitaban se les garantizara libertad en sus costumbres, religión, régimen interior de sus colonias e idioma.

Pese a esta concesión, atraídos por las ventajosas condiciones que les ofrecía la emperatriz Catalina II, pasaron a las vastas regiones vírgenes del imperio ruso para colonizarlas. Allí se distribuyeron en dos grandes e importantes colonias: la primera, fundada en 1789 en el valle del río Chortitza; y la segunda, en la región de la Molotoschna. Aquella se llamó Colonia Antigua, y de ella provienen la gran mayoría de los colonos Menonitas establecidos en Méjico. Gozaron de grandes privilegios, pues desde el primer momento contaron con el apoyo de los zares, correspondido ampliamente con los grandes progresos en la industria y población de tan desérticas regiones, donde fueron constituyéndose ciudades y pueblos bastantes florecientes. Este ritmo laborioso se truncó cuando el Gobierno de Rusia decidió alterar las concesiones favorables que disfrutaban los colonos Menonitas durante el año 1870, impulsando a muchos a tomar la determinación de emigrar a otros países, por considerar que algunas de estas modificaciones estaban en contra de sus preceptos religiosos.

Menonitas en América

Hacia 1873 llegaron referencias a Inglaterra de las dificultades que Rusia planteaba a los Menonitas, y el Gobierno Británico, sa-

biendo los beneficios que en la economía del Dominio del Canadá podían reportar, envió un emisario a los colonos, ofreciéndoles tierras y garantías iguales y aún más amplias que las que habían obtenido de Rusia. Los Menonitas, especialmente los de la Colonia Antigua, aceptaron las condiciones e iniciaron de nuevo el éxodo, arribando a Canadá, durante los años 1874 a 1880, alrededor de cien mil sectarios. Se establecieron principalmente al sur de Winipeg, dando lugar en un principio a la colonia de Manitoba, para extenderse lentamente después, hacia Saskatchewan y Alberta, creando las colonias de Swift, Current y Hogue.

Pero el constante motivo que hace peregrinar a esta secta se presenta también con el Gobierno Canadiense, quien, después de la primera guerra mundial, trató de abolir su idioma alemán, obligarles a la asistencia en las escuelas públicas y al cumplimiento del servicio militar como ciudadanos canadienses. Las dificultades empezaron, pues el cumplimiento de estas normas implicaba infringir violentamente sus preceptos religiosos. De nuevo, un numeroso grupo intransigente decidió buscar nuevos horizontes en otra nación que les quisiera respetar permanentemente los privilegios por los que tanto habían luchado.

Resueltos a una nueva emigración, enviaron delegados para tratar con los gobiernos de las ansiadas tierras suramericanas, principalmente a Argentina; pero su misión fué desafortunada, no logrando llegar a un acuerdo satisfactorio con ningún gobierno de los países visitados. Pusieron entonces los ojos en Méjico y enviaron de nuevo emisarios, en diciembre de 1920, con el objeto de conocer el ambiente y explorar un lugar con tierra suficiente para todos. El dictamen debió ser favorable pues, al año siguiente, una segunda delegación obtuvo magníficas concesiones del Presidente General Alvaro Obregón, gracias a los deseos del gobierno mejicano de fomentar la colonización con elementos de orden, moralidad y trabajo. Las franquicias consistían esencialmente en la exención del servicio militar y del juramento, reconocimiento del ejercicio de sus principios religiosos sin restricción alguna, fundación de escuelas propias sin intromisión estatal y libertad para la organización económica en la forma que la secta estableciese.

Las colonias mejicanas

Entre los colonos que llegaron a Méjico merced a este acuerdo, pueden distinguirse dos grupos hasta cierto punto diferentes. Una parte, constituída por los que huyeron de la Rusia soviética y

vinieron directamente a Méjico, que no traían consigo medios de trabajo ni bienes que los pudieran sostener sin trabajar el tiempo necesario para orientarse, conocer el medio y poder empezar un trabajo de colonización. En 1924, unas cien familias fracasaron en sus intentos de establecimiento, debido quizás, además de las causas apuntadas, a la falta de homogeneidad profesional, pues había entre ellos industriales y comerciantes que habían logrado acumular grandes fortunas, perdidas súbitamente en los azares de la revolución. Esta circunstancia les hacía pesimistas, impidiendo su eficaz cooperación al esfuerzo colectivo y lento de la colonización, única forma, por otra parte, en que podían prosperar. Terminaron por aclimatarse ejerciendo profesiones variadas sin contacto con la agricultura, hasta concluir adoptando las costumbres mejicanas, y aún la fusión racial.

Desde el punto de vista de la colonización reviste mucha más importancia el segundo grupo, venido directamente de Canadá, como consecuencia del acuerdo gestionado con Méjico. Fueron llegando entre 1922 y 1927, en número aproximado de 17.000 personas. Después de visitar algunos estados de la República, escogieron, mediante venta, la región de Cuauthémoc, adquiriendo unas cien mil hectáreas localizadas en la antigua Hacienda de Bustillos, de la Casa Zuloaga. Este contingente, aunque numeroso, se caracterizó por la homogeneidad y, a diferencia del primer grupo, contaban con reservas económicas, habiendo traído consigo sus animales excelentes y modernas maquinarias agrícolas. Las circunstancias favorables aunadas con el esfuerzo denodado, no podían dejar de producir resultados positivos; y así lograron a un tiempo sostener su "independencia" y atender a los fines del acuerdo con Méjico.

Estructura de las Colonias

Los colonos Menonitas del Estado de Chihuahua han formado hasta la fecha, cinco colonias. La más importante es la de Manitoba que llega a confundirse con la de Ojo de la Yegua considerada esta última, como relativamente nueva, aunque en creciente progreso. Las otras tres, en orden descendente de categoría, son las de Swift, Current —que tiene ciertas diferencias religiosas con el resto de los Menonitas de Méjico, por proceder de la secta llamada Sommerfealder— y la colonia de los Jagüeyes, fundada en 1948.

La organización estructural de las colonias menonitas, en sus distintos aspectos, puede decirse que está basada en su fe religiosa de origen protestante, aunque esta secta posee diferencias en al-

gunos puntos interesantes que marcan su autonomía. En este sentido es característica, por ejemplo, la prohibición del uso de las armas, hasta en el caso de defensa propia. Tal prohibición motivó que en un principio, los menonitas fueran objeto de los ataques continuos de los forajidos de la región mejicana, hasta el punto que el Gobierno hubo de poner fin al problema con energía. Existe únicamente la atenuante del uso de las armas en la cacería como medio de proveerse de carne comestible, no como deporte. Otras restricciones, que atañen al uso de instrumentos musicales, radio, cine, teatro, deportes y toda clase de espectáculos, totalmente anatematizados, hacen de esta religión una de las más prohibitivas del mundo.

La máxima autoridad eclesiástica son los Obispos, cada uno de los cuales dirige a doce sacerdotes o ministros, encargados a su vez de transmitir las órdenes a los predicadores y feligreses. Los servicios religiosos se practican todos los domingos y festividades en las Iglesias Menonitas, desprovistas en absoluto de imágenes y adornos. La función religiosa consiste, esencialmente, en la entonación de salmos sin ningún acompañamiento musical.

Los Obispos y Jefes de Colonia se reunen semanalmente para discutir los asuntos de gobierno y juzgar la conducta de los colonos a quienes pueden aplicar sanciones en caso de que hayan desperdiciado la oportunidad que se les da para la enmienda. Todas las autoridades religiosas son elegidas por votación, seleccionando los más idóneos por su cultura, conducta y aptitud; los Obispos están obligados, por ello, a un régimen de vida mucho más estrecho que los exime de toda ocupación que no sea la agricultura.

En definitiva, puede decirse que el gobierno de las Colonias recae en el elemento religioso, siendo la autoridad principal el Obispo, aunque cada Colonia tenga un Jefe civil, representante ante el Gobierno mejicano y encargado del pago de los impuestos. También son elegidos por sufragio, pero el sueldo que perciben no les redime del trabajo.

Educación rudimentaria

La organización, según lo expuesto, es muy simple, influyendo mucho la falta de cultura general de los Menonitas, que no es más que otro resultado de las limitaciones religiosas. La deficiencia de la educación es intencional, absteniéndose de la cultura superior en cualquier aspecto, por el posible peligro de atracción que los medios intelectuales representarían para el joven estudiante menonita que

no debe abandonar el amor a la tierra y el cultivo de la agricultura, considerada entre ellos como función primordial.

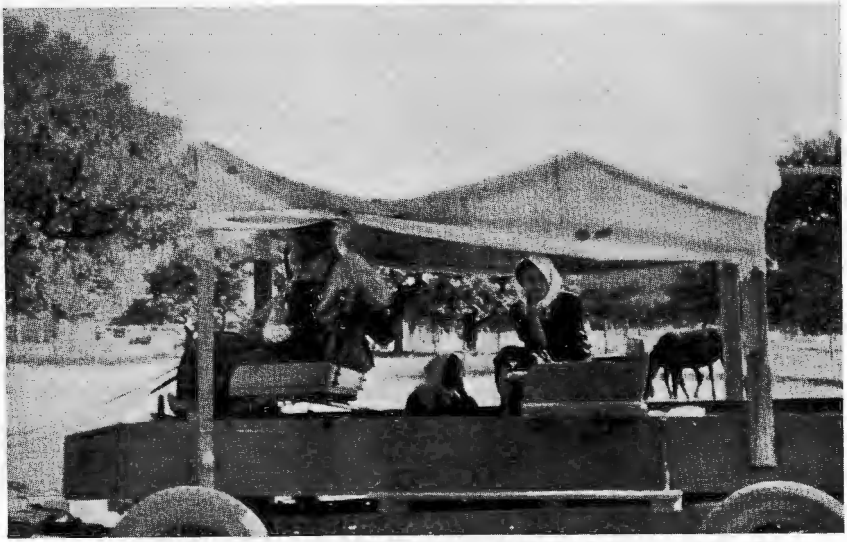
Las escuelas primarias son abundantes y sostenidas económicamente entre todos los colonos con relación a sus posibilidades. La asistencia a ellas es obligatoria desde los siete a los catorce años, en que termina toda instrucción. Sin embargo, la asistencia, ni aun siendo tan breve, es continuada, pues durante seis meses los escolares han de ayudar a sus padres en las faenas del campo.

La instrucción es casi rudimentaria, con lectura y escritura en su idioma, que es una combinación hasta ahora de alemán, holandés y ruso. El personal docente es elegido, como toda autoridad, por votación.

Régimen patriarcal

La falta de aspiraciones intelectuales y las restricciones en los espectáculos y vida de sociedad han afianzado las costumbres hasta hacerlas inalterables. El único objetivo de la vida material y cultural de las Colonias, es la creación de una familia, por lo que son muy pocos los que a los veinte años no han contraído matrimonio, aunque son considerados como "menores" hasta el bautizo que tiene lugar a los 18 ó 20 años. Es la familia una ayuda también en el trabajo, pues auxilia al padre en las faenas agrícolas, ahorrando para la economía doméstica el capital que se invertiría en el pago de los peones. Probablemente esta es una de las razones del alto nivel de vida que poseen, comparado con el del campesino mejicano, que generalmente es muy bajo. Aparte de las faenas del campo, la esposa e hijos cultivan un pequeño huerto inmediato a la casa que atiende a la alimentación de la familia. La máxima autoridad dentro de la familia es el padre, que goza de un gran respeto entre los parientes. La fidelidad conyugal es absoluta.

Teniendo como único esparcimiento la familia, concentran todas sus inacabables energías en las tareas campesinas. Son tan tenaces en el cultivo de la tierra y tienen tanta fe en su trabajo, que pueden presentarse como modelos de laboriosidad. Guardan descanso dominical y festivo, celebrando corrientemente reuniones tranquilas como pretexto para un cambio de impresiones; otros, prefieren pasear reposadamente en sus carros de tracción animal. Gozan generalmente de pocas comodidades y de menos lujos personales. Las casas cuentan con excelentes condiciones higiénicas, por su amplitud, ventilación y temperatura; por el contrario es inferior el nivel medio de higiene personal dominado por el desaseo y el uso de trajes inadecuados al extremado clima de Chihuahua. A pesar



de esto, y de la carencia de médicos profesionales, los índices de natalidad y mortalidad son relativamente bajos, comparados con los de Méjico.

Organización económica

Con este régimen, casi patriarcal, los Menonitas viven absortos en las faenas agrícolas, concediendo escasa atención a la industria y el comercio. Tal preocupación agrícola les lleva incluso a ensayar repetidas veces algunos tipos de cultivo en las nuevas tierras mejicanas, a trueque de grandes desventajas económicas, hasta conseguir buenas cosechas superando la hostilidad del clima y de la tierra. Los cultivos principales son el trigo, maíz, fríjol y avena, cuyas labores de siembra y recolección se verifican por una mecanización casi completa. Se considera que únicamente un 10% carece de maquinaria moderna, aunque un 8% poseen arados y otros implementos con tiros de caballos; de modo que sólo un 2% no tienen medios y han de trabajar como peones para los demás colonos. Los mercados para colocar los productos suelen ser Chihuahua, Ciudad Juárez y Torreón.

La ganadería es explotada para la producción de leche, pues para el cultivo del ganado de abasto se necesitaría una gran extensión de terrenos que ellos no poseen. Existe una combinación de pastoreo y estabulación con organización colectiva. La principal industria derivada de la leche son las queserías, con una producción media de 3.000 kgs.; los centros compradores suelen ser los mismos que toman las cosechas, incluyendo a Méjico. La producción de carnes frías que en otro tiempo tuvo alguna prosperidad, se reduce hoy a la fabricación casera sin fines comerciales debido a los fuertes impuestos estatales.

La Organización de créditos cuenta con dos instituciones llamadas Cajas. La Caja de Viudas y Huérfanos funciona con fines benéficos para administrar los bienes de los herederos. Al morir el esposo la mitad de la herencia se entrega a la viuda y el resto es administrado por la institución, a menos que la viuda tenga bienes propios con que responder, caso en que se le facilita la otra mitad como tutor de sus hijos. Los fondos que tiene la institución los presta con un interés del 4%, y la administración general corre a cargo de dos miembros de la colonia por un período de tres años. Los libros de estas instituciones son revisados una vez al año por el jefe de la colonia, en funciones de inspección. La Caja General, es una especie de Banco, con préstamos a corto y largo plazo, pero su importancia es pequeña, pues casi todos los fondos meno-

nitas son depositados en Bancos mejicanos y otras instituciones. Funciona también una Caja de Seguros contra incendio que paga el 75% del valor perdido.

Resultados conseguidos

Nos parece, en resumen, que la colonización Menonita en el Estado de Chihuahua, desde el punto de vista económico ha constituído un indudable éxito, que se aprecia en el alto nivel de prosperidad alcanzado en la región. Gracias a ellos, Cuauthémoc es hoy un centro comercial de gran importancia en el Estado, con francas mejoras urbanas debidas en parte a las vías de comunicación que el actual Gobierno mejicano está construyendo, mientras que hace apenas treinta años era un pueblo atrasado.

Esto ya sería bastante satisfactorio por sí solo; pero es que además hay que valorar el ejemplo que los Menonitas han dado a los agricultores mejicanos de la región, emulándolos con su pericia y perseverancia en el cultivo de la tierra. Han logrado, tras constantes sacrificios, conseguir la selección de los cultivos más apropiados a esta región desértica, que podrían ser ensayados en regiones análogas no explotadas aún eficazmente. Si los ejidatarios mejicanos secundasen este ejemplo, lograrían superar su lastimoso nivel de vida y Méjico podría lograr la independencia económica. Hay que admitir, que los campesinos colindantes con los Menonitas han mejorado ya bastante.

Los propósitos del Presidente Obregón, al acogerlos como elementos trabajadores y pacíficos no han sido defraudados, pues difícilmente podrían hallarse otros que poseyeran estas cualidades en tan alto grado; pero en cuanto al aspecto social que aspiraba al aumento de la población, puede considerarse la colonización Menonita como un fracaso, pues hasta el momento se han abstenido de toda asimilación social y técnica con los mejicanos.

El problema de la colonización que el Gobierno tiene planteado convendría resolverlo con un impulso de mejoramiento, totalmente nacional —ya fuese procurando abrir más vías de comunicación en la región de la sierra, irrigando las tierras improductivas y mejorando el nivel cultural de sus habitantes campesinos— de manera que no tuviesen que ser utilizados colonizadores extranjeros, con franquicias tan excepcionales, para el cultivo de unas tierras que en justicia debían pertenecer a los mejicanos.

Carlos Barney Almeida

Méjico, diciembre 1952

CRONICA

NOTICIAS

EL ilustre americanista español R. P. Constantino Bayle, S. J., ha fallecido en Madrid recientemente. Deja con sus obras una importantísima herencia historiográfica, producto de su perseverante y fructífera dedicación a las tareas americanistas.

* * *

Por el Seminario del Pensamiento Hispanoamericano, de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, se publicará en breve "Modernidad tradicional en el pensamiento de Jovellanos", de nuestro Secretario de Redacción Dr. D. Patricio Peñalver Simó. Este será el primer libro de la Colección "Mar adentro", que dará a conocer sucesivamente obras de pensadores españoles e hispanoamericanos.

* * *

El Consejo Nacional Universitario Argentino ha dispuesto la creación de cátedras de Física y Química Atómica y Nuclear. La medida está comprendida en las previsiones del segundo Plan Quinquenal.

* * *

Organizada por ESTUDIOS AMERICANOS ha tenido lugar

una conferencia-coloquio en la que el Profesor Mr. Kubler, historiador de Arte, sometió a la consideración de todos interesantes temas relacionados con la arquitectura moderna. Aportaron sugestivos puntos de vista al debate, numerosos artistas, historiadores del Arte y arquitectos, que concurrieron a la reunión. Asistieron igualmente el Director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos,Sr. Rodríguez Casado; así como el Redactor-Jefe, Secretario de Redacción y Redactores de ESTUDIOS AMERICANOS.

* * *

Acaba de fundarse en Costa Rica la Federación Nacional de Colegios Católicos. Afiliado ya a la Confederación Interamericana de Educación Católica, el organismo costarricense tiene por meta establecer una mayor coordinación con las autoridades de educación del país.

* * *

Del día 1 al 7 de mayo próximo tendrá lugar en Sevilla el I Congreso Hispano-Americano de Odontología. Las sesiones se celebrarán en el Pabellón del Perú, donde se expondrán, con participación de la industria de varios países, productos y maquinarias relacionadas con la odontología.

* * *

A la Semana Bíblica, celebrada en Bogotá, en la que se ha seguido un plan intensivo de difusión de las Sagradas Escrituras, por medio de exposiciones y conferencias, han asistido numerosos protestantes, que formularon diversas preguntas que serán contestadas por la Radio Nacional de Colombia. Como fruto de la Semana se ha establecido la Asociación Bíblica Católica Colombiana, que publicará una revista de Estudios Bíblicos.

* * *

Del seis al once del mes de abril ha tenido lugar en Madrid la celebración del I Congreso Nacional de Estudiantes, al que han asistido representantes de algunos países hispanoamericanos, que ofrecieron una interesante ponencia sobre "Ciudadanía cultural hispánica". En dicho Congreso se han presentado importantes proyectos de reforma universitaria así como la creación de programas de asistencia social y seguros a los estudiantes.

En Cochabamba, Bolivia, y con el fin de infundir un espíritu auténticamente cristiano en los programas de reforma social del país, los obispos bolivianos han fundado una escuela para dirigentes campesinos y otra para obreros. Celebrarán cursos sucesivos para formar a los asistentes en los métodos y principios fundamentales del apostolado social.

* * *

Del 1.º al 30 de septiembre del año actual, tendrá lugar en Sevilla el IV Curso de Otoño para extranjeros, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Hispalense. Integran el programa de enseñanzas, clases de Lengua, Fonética y Literatura españolas, Arte español, Historia de España y de Sevilla y Música española. Completarán el Curso visitas a monumentos artísticos y barrios típicos sevillanos y a las principales ciudades y lugares histórico-artísticos de Andalucía.

* * *

El Gobierno del Ecuador ha conferido recientemente a su Embajador en España, Doctor Alarcón Falconí, la Gran Cruz de la Orden Nacional al Mérito, por su labor fecunda en la Embajada de Madrid.

* * *

Con motivo del IV Centenario de la ciudad de Sao Paulo (Brasil), se celebrará en aquella capital, del dos al trece del próximo mes de octubre, el II Congreso Hispano-luso-americano de Derecho Internacional.

* * *

Ha pronunciado una conferencia sobre "Gerald Manley Hopkins S. J.", en el Club La Rábida de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, el agregado cultural y delegado del British Council en Chile, Mr. Derek Traversi. El conferenciante hizo un análisis biográfico del jesuíta inglés, marcando los puntos fundamentales de la evolución artística y espiritual del P. Hopkins.

* * *

El Congreso de Páztcuaro, que celebrará la Unión Panamericana de la UNESCO el próximo verano, en el que se tratarán importantes problemas de la educación, ha despertado gran interés

entre los estudiantes norteamericanos, especializados en temas hispanoamericanos, que se proponen asistir en gran número.

* * *

Ultimamente han visitado la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, el Embajador de Costa Rica en Madrid, Dr. D. Marcial Rodríguez, y el ex Ministro de Astuntos Exteriores argentino e ilustre investigador Dr. D. Enrique Ruiz Guiñazú.

* * *

El Decano de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Santiago de Chile, Dr. D. Juan Gómez Millas, ha sido nombrado por el Presidente Ibáñez, Ministro de Educación de su país. Recordamos que el prestigioso profesor, al que nos unen muchos afectos, fué una de las primeras personalidades que honraron la tribuna del Club La Rábida.

* * *

El XI Curso de Verano de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, y que tendrá lugar del 10 de agosto al 21 de septiembre próximos, abarca en sus enseñanzas un curso completo de Historia de América, un ciclo de conferencias sobre los problemas de la América contemporánea y un programa de veinte seminarios sobre temas históricos, jurídicos, artísticos y filosóficos, en tono de diálogos.

* * *

El Embajador del Ecuador, D. Ruperto Alarcón Falconí, ha organizado en la Embajada una biblioteca de autores españoles y ecuatorianos, para contribuir al mutuo conocimiento entre Ecuador y España, a fin de que se fortalezcan cada vez más los lazos espirituales que los unen.

* * *

En el Salón de Exposiciones del Club La Rábida, de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, se ha inaugurado una exposición de escultura y pintura, en la que se presentan obras de los más prestigiosos maestros del Arte sevillano, tales como Gustavo Bacarisas, Santiago Martínez, Juan Miguel Sánchez, Martínez

Díaz, Labrador, Grosso, García Vázquez y Rodríguez Jaldón. Se ofrecen esculturas de Carmen Giménez, Juan Luis Vasallo, Sánchez Cid y José Lafita.

* * *

Ha sido elegido Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima, el Dr. Mariano Iberico Rodríguez. Esta designación del ilustre profesor y filósofo peruano ha merecido los mejores comentarios.

* * *

En el Instituto Americano de Prensa de la Universidad de Columbia, se han celebrado, a fines de marzo, dos semanas de estudio, en las que se han examinado interesantes problemas de la prensa, con la asistencia de editores y administradores de periódicos, procedentes de veinte estados de la Unión.

* * *

Sobre "La pintura del cartujo Sánchez Cotán y su significación artística y espiritual", ha disertado en el Club La Rábida el Dr. D. Emilio Orozco Díaz, catedrático de la Universidad de Granada. En el mismo centro pronunció una conferencia sobre "Supuestos para una Historia de la Cultura", el Dr. Sánchez Montes, igualmente catedrático de la Universidad granadina.

* * *

En el mes de junio se celebrarán en El Salvador el IV Congreso de Medicina Social Panamericana y la III Asamblea de la Sociedad Médica Panamericana.

Una labor científica

EL modo más fundamental de calibrar el valor de la función cultural de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos es ir a su labor de publicaciones.

No soy de los que creen que en el plano científico es la obra escrita la que con exclusividad refleja la tónica de una misión; en el fondo de la labor de contacto personal, en el alma de los intercambios y las conversaciones, late una forma esencial e ineludible de unión y continuidad. Y precisamente la forma más viva de continuidad, la única capaz de salvar la artificiosidad de ese hiperculturalismo que amenaza a ciertas zonas del saber contemporáneo. La Escuela no ha dejado de aprovechar estos medios, en las Asambleas Americanistas de 1943 y 1947, en la acogida familiar e íntima que se dispensa a cuantos estudiosos hispanoamericanos han llegado a nuestra tierra, y en esa peculiarísima Universidad de La Rábida, fórmula única de convivencia universitaria. En esta línea, la Escuela está ahora en trance de ampliar su contacto directo con América, por el camino iniciado por el reciente viaje de nuestro director, por tierras de Chile, Argentina y Perú, cuyos frutos inmediatos han empezado ya a hacerse patentes.

Sin embargo, si quiere superarse la imprecisión que lleva consigo la estimación de valores personales colectivos, es necesario acudir a algo más objetivo: las obras.

Estudios Americanos

En los diez años de vida, la Escuela ha ido dejando tras de sí un conjunto de obras que constituyen ya una pequeña biblioteca.

Aquella memorable Asamblea de 1943 fué, puede decirse, el punto de partida. En ella se reunieron las aportaciones iniciales que pronto dieron lugar a las primeras obras de envergadura. En aquella rápida fructificación tuvo buena parte el sentido que a la Asamblea se la había dado. Se tuvo desde el principio la intención de superar la mera relación social, para llegar a un auténtico intercambio intelectual, a una comunidad de problemas y preocupaciones.

La Escuela, que en 1942 aparece como institución principalmente docente y complementariamente investigadora, abandona dos años más tarde las tareas de enseñanza (que pasan a la nueva sección de Historia de América de la Facultad de Letras), volcando íntegramente su actividad en la investigación.

Pero nuestro Centro se mantuvo siempre lejos de esa concepción demasiado unilateral y pequeña de las ciencias históricas, según la cual éstas tendrían por misión simplemente elaborar una reconstrucción del pasado. El verdadero sentido de la historia, como inteligencia de un pasado que permanece en la realidad presente de un horizonte de posibilidades, estuvo siempre en la mente de quienes hicieron dar a la Escuela los primeros pasos. Entonces la historia se convierte en el trabajo intelectual básico de toda la construcción cultural. Entonces la historia es, ontológica y aun cronológicamente, el principio de un desarrollo que alcanzará los elementos culturales aparentemente más alejados de la preocupación histórica.

Esta concepción es la causa de esa especial flexibilidad que siempre se ha querido dar a la ordenación jurídica de la Escuela, abierta siempre a transformaciones innovadoras. Gracias a ella, la institución da en todo momento una impresión de crecimiento. Hoy mismo, más que el proceso de la evolución que ha llevado a la situación actual —con ser muy interesante—, llama la atención la serie de posibilidades abiertas que se ofrecen como caminos inmediatos a seguir.

El desarrollo comprende desde el momento de la investigación histórica monográfica y preferentemente analítica, hasta el de interpretación y síntesis primero, y el de contacto con temas no históricos después. El primer paso ya se ha dado. La investigación científica no termina con el trabajo directo sobre temas y fuentes

concretos y determinados sino que se continúa en la posterior elaboración sintética e interpretativa. La Revista ESTUDIOS AMERICANOS es el instrumento de esta etapa ulterior de la investigación. El éxito de la Revista sólo se explica porque ella surge como una exigencia de aquella investigación de primera mano.

El segundo paso está ahora en trance de darse. También la Revista es el vehículo. La preocupación cultural por el mundo americano se enriquece y amplía con la entrada en nuestro horizonte de problemas —no estrictamente históricos— de derecho, arte, pensamiento, sociología, economía, etc. Esto pone en la mano los temas más vivos de la cultura actual española y americana, que es ahora el objetivo de un Seminario de problemas actuales, iniciado hace dos años, cuyos frutos constituyen el segundo elemento básico de ESTUDIOS AMERICANOS. El Seminario ha ido exigiendo la constitución de grupos de colaboradores juristas, filósofos, economistas, pedagogos, sociólogos, críticos de arte, etc., que aportan los elementos culturales de sus respectivas especialidades.

En este camino está la "Colección Mar Adentro", que al ritmo de un libro por mes, pretende presentar, en breves monografías rigurosamente científicas, el núcleo de pensamientos que forma el nervio de las manifestaciones filosóficas, artísticas, jurídicas, sociológicas, etc. de la cultura española y americana. Ocho originales preparados —dos de ellos en prensa en estos momentos— hacen de la nueva colección una realidad.

Pero esta crónica quiere hablar hoy especialmente, solo de la labor historiográfica de primera investigación. Esa función tiene un cauce colectivo, el Anuario, del que un día nos ocuparemos —él representa en sus ocho grandes tomos uno de los pilares científicos de la Escuela—, pero su expresión más completa son las publicaciones no periódicas. A ellas debemos referirnos.

Desarrollo cronológico

En el año 1944 aparecen las primeras obras. Ya entonces el tono, el sentido y la realización aparecen seguros de un camino por el que no han dejado de avanzar. Surgen los trabajos sobre el Almirantazgo, sobre Colón y sobre las Bulas Alejandrinas, por un lado. Por otro, el libro sobre Belice. Y por otra parte, se editan y estudian las Memorias de Abascal.

Dos cosas están, pues, claras desde el principio. En primer lugar, el interés extraordinario que presenta la publicación de fuentes a la que se va a prestar atención preferente. En segundo lugar,

la pretensión de abarcar íntegramente el horizonte histórico americano, desde los Descubrimientos hasta la época contemporánea.

Ambas ideas se mantienen como esenciales en años posteriores. En 1946-47, se publican otras Memorias de Gobierno, además de las Leyes Nuevas y la antigua obra de Lázaro de Arregui, mientras que los estudios abarcan temas del siglo XVI (Pérez Embid, Getino, Alvaro del Portillo, Rumazo, etc.), del XVII (Lohmann, Ayala, Herráez) y del XVIII-XIX (Rodríguez Casado, Gutiérrez de Arce, Palacio Atard, Céspedes, Giménez Fernández, etc.).

En 1948-50, las ediciones continúan con las crónicas de Borregan, Trujillo y Santa Cruz; y los estudios monográficos van desde Hawkins, Hernán Cortés y Lope de Aguirre hasta Abascal, las Malvinas y la encíclica de Pío VI.

En los últimos años, en fin, se publican las "Fiestas de Lima" y las "Fuentes para la Historia del Arte Americano"; y aparecen los libros sobre Ordás, sobre Las Casas, Jamaica y el Virreinato de La Plata, aparte de otros referentes a instituciones concretas.

Si alguna consideración cabe hacer en torno a este desarrollo cronológico, es la permanencia de las líneas directrices iniciales y la menor cantidad de ediciones de fuentes que en los últimos años se observa, disminución meramente circunstancial que varios trabajos ya preparados se disponen a salvar.

Los colaboradores

Una obra de esta envergadura sólo podía hacerse a base de una extensa colaboración y no es lo interesante el número de coboradores, sino la naturaleza de la colaboración. Se trata de aportaciones que tienen un evidente carácter de continuidad. Lo importante es que los trabajos se hacen con una orientación.

Por lo pronto es patente la continuidad en los autores mismos, que en la mayor parte de los casos han colaborado más de una vez. Por otro lado, la obra conjunta tiene unidad objetiva.

Rodríguez Casado, Pérez Embid, Calderón, Giménez Fernández, Muro, Céspedes, Palacio Atard, Lohmann, Gil Munilla, Marco, Morales, Ayala, Jos, Pulido, Armas, etc., son nombres definitivamente unidos al de la Escuela.

Otros muchos completan la lista, no pocos de ellos americanos: Rumeu, Carro, Getino, Bayle, Gutiérrez de Arce, Matilla, Muzquiz, Chevalier, Schäfer, Angulo, Díaz Venteo, Cascajo, Loredo, Molina, Carriazo, López Estrada, Mariluz, Porras, Bermúdez, etc.

Las fuentes

Pero nada es tan revelador a la hora de valorar la empresa científica de la Escuela como observar la obra total, considerándola en sus temas.

El resumen es impresionante. No queda apenas época, lugar o aspecto de relieve en la historia de América que no haya sido enriquecido con alguna aportación. En menos de once años la Escuela ha conseguido un puesto privilegiado en la historiografía americana.

La edición de fuentes ocupa una parte considerable de las publicaciones. Primero, la Crónica de Sta. Cruz, el ingrávido e intuitivo andaluz —tan distinto de aquel macizo y concienzudo Zurita, el aragonés—, prologada y anotada extensamente por Carriazo; y las Relaciones de Trujillo y Borregán, sobre el descubrimiento del Perú, editadas por Porras y Loredo, respectivamente.

Del siglo XVII, la importante obra de Agía, franciscano de Valencia, que estudia en 1604 la situación de los trabajadores indígenas; la Descripción de Nueva Galicia, de Lázaro de Arregui, y la reedición de las Fiestas de Lima, de Rodrigo Carvajal, una de las piezas más raras de la bibliografía americana del XVIII.

Por último, las Memorias de los virreyes Abascal, Amat y Pezuela, editadas por Rodríguez Casado, Pérez Embid, Calderón y Lohmann, y precedidas de interesantísimos estudios.

Aquí también habría que citar el importante Catálogo de Pasajeros a Indias, de Bermúdez Plata y las Fuentes para la Historia del Arte Hispano-americano, de Marco Dorta.

La época de los descubrimientos

El hecho de los descubrimientos y la conquista, y los múltiples problemas que plantean, son estudiados en diversas obras, algunas de ellas de interés extraordinario.

En torno a Colón, Rumeu estudia la estancia del Almirante en Barcelona, Jos la vida y obras de su hijo Fernando, Muro Orejón las Capitulaciones de Santa Fe.

Sobre la Historia de los Descubrimientos destacan los trabajos de Pérez Embid, que estudia el Almirantazgo de Castilla (planteando el problema colombino en el aspecto del alcance del título de Almirante de la Mar Océana), los descubrimientos en el Atlántico hasta el tratado de Tordesillas (con ideas fundamentales para la metodología de la historia de los descubrimientos), y aquel tipo de explorador español resignado y audaz, que mostrará cómo "los

empeños oscuros servirán más que las hazañas brillantes", en la figura de Ordás. Junto a éstos hay que colocar los estudios sobre descubrimientos en California y el Ecuador, de Alvaro del Portillo y Rumazo, respectivamente; así como los trabajos sobre Hawkins y sobre Lope de Aguirre.

Son atendidos también los aspectos teológico (P. Carro), jurídico (Muro, Getino), artístico (Angulo) y político y social (con los trabajos de Giménez Fernández sobre las Bulas Alejandrinas, sobre Hernán Cortés y especialmente su monumental obra sobre Las Casas, cuyo primer tomo acaba de aparecer).

A instituciones, en fin, como el Gobernador de Nicaragua, el Piloto Mayor y el Protector de Indios, les dedican estudios exhaustivos los Dres. Molina, Pulido y Bayle.

Los Austrias

En la época de los Austrias se inicia el tema que ocupa el estudio de Calderón sobre Belice. Y del mismo período pueden citarse: el trabajo de Múzquiz sobre el virrey Chinchón, el de la señorita Herráez sobre Zapata, gobernador de Cartagena; el interesante estudio de historia económica hecho por Lohmann en torno a las minas de Huancavelica, y la importante obra de Morales sobre Jamaica española.

En el mismo período se centran otras obras sobre el "Arte dramático en Lima", de Lohmann, y "La avería en el comercio de Indias", de Céspedes.

Por último, Ayala analiza las ideas políticas de Solórzano.

Los Borbones

En el panorama interpretativo del XVIII ocupan lugar preferente las aportaciones de Rodríguez Casado en sus estudios sobre los virreyes del siglo. Palacio Atard trabaja sobre el Tercer Pacto de Familia y sobre el visitador Areche. Céspedes y Gil Munilla aclaran definitivamente aspectos esenciales en torno al Virreinato de La Plata con sus obras "Lima y Buenos Aires", "Malvinas" y "El Río de la Plata en la política internacional".

La historia de la Medicina está presente con dos trabajos de Díaz de Iraola y Cascajo, sobre la vacuna y la lepra, respectivamente.

Sobre el problema de la Emancipación, en torno al cual un grupo de colaboradores de la Escuela ha cónstruído una perspectiva de interpretación, plasmada en un artículo aparecido en el nú-

mero siete de ESTUDIOS AMERICANOS, Giménez Fernández había publicado ya un trabajo sobre el aspecto ideológico, y el Padre Leturia había hecho un estudio en torno a la encíclica de Pío VI.

Aún hay que mencionar una reciente monografía de Mariluz Urquijo sobre los Juicios de Residencia, y la obra de síntesis de Porras Troconis "Historia de la Cultura en el Nuevo Reino de Granada".

Fundamentales aportaciones para la historia de la Arquitectura son las obras "Cartagena de Indias", de Marco Dorta, y "Fortificaciones en Nueva España", de Calderón, esta última a punto de aparecer.

* * *

Se ha hecho excesivamente larga esta enumeración, por rápida que ha querido ser. Ella y la serie numerosa de trabajos hoy en prensa o dispuestos para la publicación, revelan el valor auténtico de una labor científica de primer orden.

La ampliación del campo cultural de actividades de la Escuela no sólo no es obstáculo, sino que exige precisamente ese callado y menos brillante trabajo de las monografías históricas, sin cuya solera todo el resto de la misión cultural de la Escuela quedaría sin base.

P. P. S.

Ejemplar: 17 ptas.
Suscripción anual: 150 ptas.